



MORIR
POR
DEFENDERTE



MORIR POR DEFENDERTE

MORIR POR DEFENDERTE

CURSO DE OFICIALES CENTENARIO DEL HIMNO NACIONAL (1987)

Autores

María José Molano Turriago
Mateo Rubiano Giraldo

Coordinación Editorial

Carlos Julio Estupiñán del Castillo
Sergio Mauricio Páez Arenas

Comité Editorial

Javier Antonio Parada Contreras
Lorenzo Antonio Medina López
Carlos Arturo Rueda Vásquez
Juan Manuel Padilla Cepeda
Germán López Guerrero

Colaboradores

Luis Mauricio Ospina Gutiérrez
Oswaldo Peña Bermeo
Robinson Ramírez Cedeño
Wilson Díaz Ortiz

Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”
Bogotá D.C., 2022

Morir por defenderte

Primera edición, 2022

Autores:

María José Molano Turriago
Mateo Rubiano Giraldo

Coordinación Editorial

Carlos Julio Estupiñán del
Castillo
Sergio Mauricio Páez Arenas

Comité Editorial:

Javier Antonio Parada Contreras
Lorenzo Antonio Medina López
Carlos Arturo Rueda Vásquez
Juan Manuel Padilla Cepeda
Germán López Guerrero

Colaboradores:

Luis Mauricio Ospina Gutiérrez
Oswaldo Peña Bermeo
Robinson Ramírez Cedeño
Wilson Díaz Ortiz

Colección Derechos Humanos y DICA

ISBN impreso: 978-628-95304-9-0

ISBN digital: 978-628-7602-00-7

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602007>

Libro electrónico publicado a través de la plataforma Open Monograph Press

Tiraje de 100 ejemplares

Impreso en Colombia

El contenido de este libro corresponde exclusivamente al pensamiento de los autores y es de su absoluta responsabilidad. Las posturas y aseveraciones aquí presentadas son resultado de un ejercicio académico e investigativo que no representa necesariamente la posición oficial ni institucional de las instituciones participantes, la Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”, las Fuerzas Militares de Colombia o el Ministerio de Defensa Nacional



Los libros publicados por el Sello Editorial ESDEG son de acceso abierto bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Dedicado a los miembros del Curso de oficiales Centenario del Himno Nacional
víctimas del conflicto armado y sus familias,
quienes han demostrado una tenacidad, valentía y resiliencia extraordinaria;
sus testimonios y ejemplo son fuente de orgullo, admiración
e inspiración para todos los colombianos.

Se brinda un especial agradecimiento a todos los Centenarios,
a los miembros de CODEHIN, familiares y amigos
que aportaron y apoyaron esta iniciativa,
sin su compromiso este proyecto no sería posible.

En honor a



Jorge Iván
Delgado



Carlos Enrique
Martínez Mesa



Rafael Antonio
Vanegas Mendieta



Alejandro
Álvarez Botero



Álvaro Hernán
Bolaños Bonilla



Juan Alberto
Palacio Quintero



Alex Iván
Zornosa



Oswaldo William
Mora Guevara



Manuel María
Restrepo Barros



Carlos Alberto
Pinzón Nieto



Jaime Quintero
Cardona



Rafael Gonzalo
Leguizamón Bernal



Mario Édgar
Ortiz Atuesta



Gustavo Adolfo
Calderón Monsalve



Efraín Caro
López



José Gabriel Ruiz
Salgado



Hernán Ricardo
Escobar Tovar



Luis Alfredo
Fonseca Salamanca



José Iván
Hernández García



Carlos Enrique
Vidal Aponte



Pedro Elías Solaque
Chitiva



Wilson Enrique
Beltrán Sánchez

“

“En la mente, Dios; en el corazón, patria; en el cuerpo, sacrificio; en la sangre, milicia”.

Teniente (RA) Lorenzo Medina López – Curso Centenario del Himno Nacional

“El verdadero soldado no lucha porque odia lo que hay delante de él, sino porque ama lo que hay detrás”.

G. K. Chesterton

“Ella se había sentido enormemente orgullosa de su decisión de servir al país, y su corazón se llenó de amor y de admiración la primera vez que lo vio ataviado con el uniforme militar”.

Nicholas Sparks

“El soldado, por encima de todas las demás personas, reza por la paz, porque debe sufrir y soportar las heridas y cicatrices más profundas de la guerra”.

General Douglas MacArthur

”

Tabla de contenido

Agradecimientos.....	13
Presentación.....	15
Prólogo - Un héroe es alguien que ha dado su vida por algo más grande que sí mismo	17
Capítulo 1 - Lazos inquebrantables.....	21
Capítulo 2 - Todos dimos algo, algunos dieron todo.....	41
I. Contexto histórico – I – II – III – IV - V	42
Jorge Iván Delgado González	48
II. Contexto histórico VI	54
Carlos Enrique Martínez Mesa	55
Rafael Antonio Vanegas Mendieta	61
Alejandro Álvarez Botero	65
III. Contexto histórico VII	71
Álvaro Hernán Bolaños Bonilla	72
Juan Alberto Palacio Quintero	79
Jaime Quintero Cardona	75
Oswaldo William Mora Guevara	90
IV. Contexto histórico VIII	95
Manuel María Restrepo Barros	97
Carlos Alberto Pinzón Nieto	102
V. Contexto histórico IX	106
Alex Iván Zornosa Carranza	108
Rafael Gonzalo Leguizamón Bernal	114
VI. Contexto histórico X	117

Mario Édgar Ortiz Atuesta	120
Gustavo Adolfo Calderón Monsalve	126
VII. Contexto histórico XI	132
Efraín Caro López	134
José Gabriel Ruiz Salgado	140
Hernán Ricardo Escobar Tovar	147
Luis Alfredo Fonseca Salamanca	154
José Iván Hernández García	161
Carlos Enrique Vidal Aponte	165
Pedro Elías Solaque Chitiva	172
VIII. Contexto histórico XII	180
Wilson Enrique Beltrán Sánchez	183
Apéndice 1 - Homenaje a Centenarios muertos fuera de combate	189
Aymer Alonso Atehortúa Echeverry	190
Listado de Centenarios fallecidos	193
Apéndice 2 - Homenaje a Centenarios Heridos	195
Epílogo	199
Contribuciones <i>Alumni</i>	202
Referencias	206

Agradecimientos

Este proyecto surge por iniciativa de los miembros del curso de oficiales Centenario del Himno Nacional del Ejército Nacional, quienes, en el marco de la conmemoración de los 35 años de haberse egresado de la Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova (ESMIC), quisieron rendir un homenaje a sus *lanzas* que en el desarrollo de sus labores profesionales fallecieron por el accionar directo de los grupos armados ilegales en el marco del conflicto armado en el país.

Esta obra pretende visibilizar y dignificar las historias de vida de 22 soldados de la patria que entregaron su vida por la defensa de todos los colombianos, así como resaltar a los 15 uniformados que sufrieron heridas físicas producto de su compromiso con la patria. Al rendir un homenaje a los integrantes del curso de oficiales Centenario del Himno Nacional a través de los relatos de sus familiares y amigos, a quienes indudablemente se brinda un agradecimiento sincero por su colaboración, se busca evitar que su legado quede en el olvido y que su sacrificio sea en vano.

La ejecución de este proyecto contó con la participación y aporte de algunos miembros del curso de oficiales Centenario del Himno Nacional quienes facilitaron la consecución de esta obra a través de su contribución económica bajo las tres categorías existentes: *Brigadier Mayor, Alférez, Cadete*. Adicionalmente, se resalta que Sergio Mauricio Páez Arenas, Javier Antonio Parada Contreras, Carlos Julio Estupiñán del Castillo, Lorenzo Antonio Medina López, Carlos Arturo Rueda Vásquez y Germán López Guerrero conformaron el comité editorial que se encargó de brindar los lineamientos, así como la validación final de este insumo.

Presentación

Para la elaboración de este sentido homenaje, se planteó la construcción de un libro que cuenta con cinco bloques principales, en donde se abordan diferentes temáticas alusivas al contexto histórico del país, a la formación como oficiales de los integrantes del curso Centenario del Himno Nacional, a las historias de vida de sus compañeros que ofrendaron su vida, así como a quienes llevan en sus cuerpos las secuelas de la violencia y, finalmente, a quienes brindaron su colaboración para la consolidación de este proyecto.

El capítulo inicial de esta obra pretende ser un recorrido a profundidad por esos años de formación en la Escuela Militar del curso Centenario del Himno Nacional, resaltando aquellas experiencias que causaron un gran impacto en la formación de estos hombres que tendrían la responsabilidad de garantizar la seguridad de los colombianos. Adicionalmente, se menciona aquellos principales hitos del conflicto armado que este grupo de oficiales al servicio de la patria tuvo que enfrentar y contener.

La ejecución de este apartado contó con el apoyo de Sergio Mauricio Páez Arenas, Javier Antonio Parada Contreras, Juan Manuel Padilla Cepeda, Carlos Julio Estupiñán del Castillo, Carlos Arturo Rueda Vásquez, Juan Carlos Méndez Rodríguez, Oswaldo Peña Bermeo y Helder Fernán Giraldo Bonilla, con quienes se efectuaron una serie de entrevistas a profundidad para conocer de primera mano los principales momentos que vivieron entre 1984 y 1987 en la ESMIC.

El segundo capítulo se centra en la dignificación de los 22 miembros del curso Centenario del Himno Nacional mediante la reconstrucción de sus historias de vida por medio de entrevistas a sus familiares y *lanzas*, así como una revisión histórica de los hechos con el propósito de evitar que queden en el olvido sus aportes a la construcción de un mejor país. Dichos relatos se encuentran inmersos en medio de una serie de hitos históricos que marcaron el devenir del conflicto armado interno colombiano.

Es evidente que al haber transcurrido más de 35 años del primer deceso de este grupo de uniformados, el acceso a la información, así como contactar a los familiares de cada uno de ellos fue un reto que, en mayor o menor medida, pudo sortearse; por ende, el desarrollo de las historias es heterogéneo e infortunadamente, en algunos casos, no se cuenta con un archivo fotográfico de la calidad deseada.

Posteriormente, se plantea un pequeño acápite que presenta de forma concisa los hechos relacionados con las afectaciones físicas y psicológicas causadas a los 15 uniformados del curso Centenario del Himno Nacional que resultaron heridos en el desarrollo de sus funciones profesionales. El epílogo de esta obra esboza no solo una exaltación al heroísmo de los uniformados, sino que brinda una perspectiva contundente frente al rol de los militares en el desarrollo del conflicto armado.

Este relato está lleno de nostalgia por los cambios en la vida de todos estos hombres y de los sacrificios que, como en pocas carreras, se hacen para mantener la paz y la soberanía del país; un país que se ha visto abatido por un conflicto que ha causado miles de muertes y ha generado más de 9 millones de colombianos víctimas en los últimos 60 años. Ninguno de estos jóvenes se imaginaba, durante su periodo de formación en la Escuela, lo que ocurriría en los próximos 35 años de sus vidas. Todos han dado algo por nuestra querida patria, pero algunos lo dieron todo. Este grupo de héroes anónimos dio su vida por defender el país.

Prólogo

Un héroe es alguien que ha dado su vida por algo más grande que sí mismo

En una típica fría mañana capitalina, cientos de jóvenes, recién aceptados, cruzaban el imponente arco de la Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova. Unas horas antes y desde cada esquina del país, cada familia ayudaba a sus hijos a colocar todos los elementos requeridos en dos bolsas azules de ropería. Estos preparativos estaban llenos de muchas expectativas, emoción, nostalgia y tristeza, mezcladas con lágrimas de madres, padres y hermanos que no sabían qué destino depararía esta salida permanente del amor incondicional de su hogar. Cada familia se sentía orgullosa de esta decisión que estaba llena de patriotismo y esperanza para mantener la paz y la seguridad en Colombia. Para 22 de estos jóvenes, está partida, en unos pocos años, no tendría retorno.

El único propósito de este libro es honrar a cada uno de estos oficiales del Ejército, que lucharon valientemente hasta el último día. Al mismo tiempo, dejarle saber a sus familias que esta ofrenda póstuma no fue en vano. Gracias a ellos y a este sacrificio, se pudo proteger al país durante todos estos años. Cada uno de ellos, de una forma heroica, pagó con su vida el precio más alto que cada soldado puede pagar. Es tan grande el heroísmo de estos oficiales, que cinco unidades militares llevan sus nombres. Cada día en la Escuela Militar, se repetía la oración patria que la “ambición más grande es la de llevar con honor el título de colombiano y, llegado el caso, morir por defenderte”. Se decía con un fervor patriótico y con convicción, pero sin saber realmente quién de ellos daría su vida por defender a nuestro país.

Para cada uno de estos cadetes estar en la Escuela Militar fue una experiencia que en tan solo 3 o 4 años cambió física e intelectualmente por siempre. Llegaron como desconocidos, pero salieron como hermanos, unidos por un lazo inquebrantable que hoy es más fuerte que nunca. Mientras finalizaban el primer año de Escuela, en noviembre 6 de 1985, sucedió uno de los hechos más significativos del conflicto armado, la toma del Palacio de Justicia; con este trágico hecho, se marca el comienzo de uno de los periodos más sanguinarios de la historia del país.

El curso Centenario del Himno Nacional se ha distinguido por enfrentar con todos sus héroes una agresiva e inconcebible guerra con grupos subversivos que han cometido los delitos más atroces para tomar el poder por la fuerza. Luego de 35 años de haber ingresa-

do a la Escuela Militar, se ve con mucha tristeza cómo esta guerra ha afectado a más de 9 millones de colombianos.

El conflicto ha forzado a millones de personas a ser desplazadas de sus hogares, huyendo de la violencia creada por estos grupos subversivos. La violencia en Colombia ha sido tan extrema y por tantos años que se ha convertido en parte del diario vivir. Las muertes diarias, los asaltos a poblaciones, los secuestros, el reclutamiento de niños, miles de minas antipersonales, así como un estado de inseguridad y emergencia, de una extraña forma, han forzado al país a pensar que se necesita un cambio de las manos de los mismos grupos subversivos que han doblegado a una entera nación.

La nación ha vivido tanta violencia y por tantos años que ya esas mismas muertes parecen tener menos valor. Es triste reconocer que la vida en Colombia es menos importante. La vida de los colombianos tiene menos valor, el crimen es aceptado y la justicia no existe. Todos los crímenes atroces cometidos en todos estos años se reemplazaron por una paz ilógica que ignora a todas sus víctimas y más irónico aún, ha logrado condenar a las organizaciones que buscaron a toda costa proteger la ley, el orden y al pueblo colombiano. A nivel mundial es difícil encontrar algún lugar donde los crímenes de lesa humanidad sean ignorados y en cierta forma compensados, como ha sido en Colombia. Muchos de estos criminales pasaron a tener puestos de influencia política y han logrado convertirse en una de las clases políticas con más poder en el país. Esto transmite un mensaje claro de que los crímenes cometidos quedan impunes, demostrando que los millones de víctimas carecen de valor. Colombia es un país con una belleza sorprendente y una riqueza extraordinaria, pero ciega a la realidad de los crímenes de estos grupos subversivos. De alguna forma todos estos crímenes se convirtieron en algo normalizado y peor aún, desafiando toda lógica, en algo justificable.

Esta realidad trae miles de memorias, vivencias, y se recuerda y honra a cada uno de los hermanos en armas, a estos héroes anónimos que, como centinelas de la justicia y la libertad de nuestra nación, lo dieron todo por defenderla.

Tal vez de alguna forma, a lo mejor ingenua, se les quiere dejar saber que su sacrificio y el de sus familias no fue en vano. Este año, el curso de oficiales Centenario del Himno Nacional celebra sus 35 años. Esta celebración se realizará con la ausencia de estos héroes, que se fueron a una corta edad, y que dedicaron todos los días de su vida a defender al país. Muchos han dado algo, pero ellos lo dieron todo. Veintidós jóvenes oficiales convir-

tieron este sacrificio en la mayor de sus glorias: el morir por defender la patria. Este libro es un tributo a sus sacrificios y a sus familias que ofrendaron a sus hijos por Colombia. Muy pocos colombianos conocen ese sacrificio, pero que está presente todos los días para las madres, los hermanos y los seres queridos que viven con su ausencia y con un vacío que nadie ni nada puede llenar.

¡Queremos que este libro inmortalice sus nombres y que futuras generaciones sepan que ellos sacrificaron sus vidas por cada colombiano y por mantener a Colombia grande, respetada y libre!

CAP.

1

LAZOS INQUEBRANTABLES

Diciembre de 1984 – Ese es el mes en que la vida de 520 jóvenes de diferentes regiones, culturas y realidades de toda Colombia cambiaría por completo. El destino había hecho de las suyas para que sus historias de vida se entrelazaran, en un solo escenario que crearía un lazo inquebrantable entre ellos.

En medio de un tradicional y emblemático sector del noroccidente de Bogotá, donde se cruza la carrera 30 con la calle 80, se encuentra un lugar que difícilmente puede pasar desapercibido para propios y extraños. Es inevitable tratar de mirar lo que esconde en su interior; escudriñar entre los arbustos que lo rodean es casi una necesidad para los transeúntes que se ven obnubilados por las imponentes banderas que ondean a merced del viento y resaltan en medio del paisaje urbano. Se trata de la Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova, que, no solo es la institución encargada de formar integralmente a los futuros oficiales del Ejército, sino que será el escenario donde se transformará la vida de los protagonistas de esta historia.

Mientras que, en ese diciembre, unos habían recibido su grado de bachiller y ya tenían la clara convicción de ingresar a la escuela, incluso en medio de muchas adversidades, paralelamente, más de 335 jóvenes que ya habían iniciado su proceso de formación militar en enero de 1984, al estar terminando sus estudios de educación básica secundaria en medio de la vida militar, se planteaban la idea de convertirse en oficiales; evaluaban una a una las posibilidades y la manera en que podía cambiar sus vidas.

Cada uno decidió ingresar a la escuela por diferentes razones: algunos de ellos llegaron allí por un arranque impulsivo, tal vez propio de la juventud; otros motivados por iniciar una aventura sin tener certeza sobre lo que vendría después; otros lo hicieron por querer seguir los pasos de sus familiares, que durante décadas se sintieron orgullosos de ser militares; pero la mayoría de ellos, sin duda alguna, tomaron la trascendental decisión de portar el uniforme camuflado impulsados por un deseo de servir a millones de colombianos.

Poco a poco, el entusiasmo con el que los aspirantes que ya eran bachilleres afrontaron el arduo y largo proceso de selección, en el que los requisitos médicos, el rigor físico y un interminable papeleo eran constantes, se fue transformando. Con el paso de los días la emoción se convirtió en una incertidumbre que se empezó a apoderar de ellos; eran muchas ilusiones las que tenían depositadas en medio de este proceso, pero la tan anhelada noticia aún no llegaba. En medio de esta agobiante espera, sus principales aliados fueron la prensa nacional y las cuñas radiales en las regiones más periféricas, pues a través de estos medios, se publicaba la lista de quienes habían sido aceptados.

La familia suele ser la principal fuente de apoyo para todas las personas; no obstante, algunos de los protagonistas de esta historia tuvieron que nadar contra la corriente para poder alcanzar sus sueños. Algunos iniciaron este proceso a escondidas de sus padres, otros lo hicieron en contra de la voluntad de ellos, pero, lo que es un hecho, a todos los invadió un profundo sentimiento de orgullo cuando llegó el momento de saber qué pasaría con sus vidas ese domingo.

Es difícil sintetizar las innumerables sensaciones que recorrían el cuerpo de estos jóvenes cuando se levantaron ese día. Salieron corriendo a comprar el periódico El Tiempo; buscaron de forma desesperada aquella página en la cual aparecían los códigos de registro de los aspirantes aceptados para ingresar a la Escuela Militar de Cadetes. Tras una revisión minuciosa en medio de un sinfín de números y después de corroborar varias veces, una profunda alegría invadió a aquellos que fueron seleccionados para formarse como futuros oficiales del Ejército colombiano.

Una situación distinta y muy particular vivieron aquellos aspirantes que se enteraron de su aceptación a través de cuñas radiales emitidas por el mismo Ejército. En dichos casos, se trataba principalmente de regiones apartadas, donde todo el municipio se terminaba enterando de quiénes habían sido admitidos, pues se daban los nombres de los aceptados de forma constante durante el día. Incluso, era muy probable que muchas veces se enteraran

primero familiares y amigos antes que los mismos implicados. Esta situación generaba diversos tipos de reacciones en el núcleo cercano de los aspirantes, al ser los portadores de tan importante noticia.

**Escuela Militar de Cadetes
General José María Córdova**
Aspirantes aceptados para ingresar en 1985

BOGOTÁ:	0000213	0000729	0000852	2000009	4270443	5300099	MANIZALES:
0000003	0000248	0000783	0000889	2000050	4270443	5300100	0000073
0000060	0000279	0000819	0001025		4270443	5300123	0000073
0000079	0000787	0000820	0001072	CUCUTA:	4270502		BARRANQUILLA:
0000085	0000803	0000840	0001080	2100003	4270502	5000010	0000023
0000113	0000803	0000860	0001081	2100053	4270503	5000073	0000185
0000218	0000808	0000813	0001082		4270503	5000129	0000205
0000251	0000803	0000821	0001083	STA. MARTA:	4270503	5000159	0000212
0000283	0000823	0000913	0001083	2400019			
0000323	0000823	0000923	0001083	2400043	SINCELEJO:	5000202	
0000363	0000823	0000923	0001083	2400043	2400023	5000203	
0000403	0000843	0000923	0001083	2400138	BAHIA:	5000203	
0000443	0000843	0000923	0001083		5000203	5000203	
0000483	0000843	0000923	0001083	VALPARAISO:	5000203	5000203	
0000523	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000563	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000603	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000643	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000683	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000723	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000763	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000803	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000843	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000883	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000923	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0000963	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001003	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001043	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001083	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001123	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001163	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001203	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001243	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001283	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001323	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001363	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001403	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001443	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001483	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001523	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001563	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001603	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001643	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001683	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001723	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001763	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001803	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001843	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001883	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001923	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0001963	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002003	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002043	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002083	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002123	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002163	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002203	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002243	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002283	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002323	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002363	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002403	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002443	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002483	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002523	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002563	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002603	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002643	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002683	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002723	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002763	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002803	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002843	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002883	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002923	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0002963	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003003	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003043	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003083	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003123	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003163	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003203	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003243	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003283	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003323	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003363	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003403	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003443	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003483	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003523	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003563	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003603	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003643	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003683	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003723	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003763	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003803	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003843	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003883	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003923	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0003963	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004003	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004043	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004083	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004123	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004163	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004203	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004243	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004283	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004323	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004363	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004403	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004443	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004483	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004523	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004563	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004603	0000843	0000923	0001083	2500013	5000203	5000203	
0004643	0000843	0000923	0001083	250001			

mayoría de ellos no sabía que se iban a enfrentar a un sinfín de experiencias inesperadas y desconocidas, que los iban a llevar realmente a conocer e incluso rebasar sus límites y a medir la fuerza de sus sueños.

El paso siguiente era la compra de todas las prendas militares y elementos de uso personal necesarios para su día a día en la escuela. Tuvieron que adquirir una amplia variedad de prendas para los diferentes uniformes, entre ellos tenis, camisillas blancas, medias, sudaderas, pantalonetas, guantes, pijamas, tulas y hasta calzoncillos que debían ser marcados con su número de registro para evitar que se confundieran cuando iban a la lavandería. Así mismo, debieron conseguir varios escudos de la escuela que debían portar en las solapas de los uniformes, en el gorro de clases, y en la gorra del llamativo uniforme de salida.

El 25 de enero de 1985 fue el gran día. Cada uno de estos 520 jóvenes reclutas llegó a la guardia principal de la Escuela Militar de Cadetes con sus dos tulas llenas no solo de ropa, sino de ilusiones, junto a algún familiar y una que otra novia que venía a despedirlos. Al llegar, la imponente Puerta de Muralla, indudable símbolo del campus militar y académico, junto a las tres banderas que se encuentran siempre izadas, engalanan el ingreso al templo de la milicia y las ciencias militares. La bandera de Colombia, la bandera del Ejército Nacional, y la bandera de la escuela son los inconfundibles símbolos y pilares principales del alma mater, pues reflejan la importancia de la formación militar integral, la formación académica y la preparación social y cultural de los cadetes, los cuales deben cumplir con el compromiso no solo de honrar y preservar las tradiciones militares, sino, sobre todo, defender y proteger a millones de compatriotas, que viven en medio de la violencia.

Los minutos siguientes al ingreso son de mucha confusión para estos futuros oficiales, rápidamente se ven inmersos en una lógica militar hasta ahora desconocida para ellos, en donde palabras y expresiones como “diana, formar, joche, voltear, atalajar, lanza, recluta, como ordene y 22 de pecho” poco a poco empezarán a cobrar sentido. Ese primer día, en el campo de paradas Batalla de Boyacá, se efectúa una ceremonia de ingreso para los nuevos cadetes, así que éstos deben aprender velozmente a formar por compañías y a marchar de forma relativamente consecuente frente al resto de miembros de la Escuela.

Mientras tanto, los muchachos que iniciaban su último año de bachillerato en la Escuela Militar continuaban su proceso de discernimiento sobre si elegir o no ser oficiales del Ejército Nacional; pero ello no les impedía divertirse y curiosear un poco acerca del ingreso de los reclutas. Les llevaban un año de ventaja en formación militar, por ende, había cierto

grado de superioridad frente a los recién llegados con respecto a las cosas básicas de la cotidianidad de la vida en la ESMIC.

Por esa razón, ellos fueron los cabezas de escuadra en esa formación del primer día, siendo unos de los primeros referentes que tuvieron estos jóvenes que hacían su ingreso a la escuela. Vestidos de civil, encorbatados, y siguiendo las primeras instrucciones de los alféreces, hacen su primer recorrido por una escuela que luce impecable; retumban las timbas y redoblantes de la banda de guerra, se escuchan las notas marciales del himno del Ejército y de la escuela; cargan en sus hombros las dos tulas de ropa que representan su mayor posesión, y por sus mentes aún inquietas ante esta nueva realidad, surge un sentimiento de satisfacción y orgullo, así como una gran incertidumbre sobre lo que viene.

Finalizada la ceremonia en la que se le da la bienvenida a la familia militar y se despiden de familiares y amigos para iniciar esta nueva aventura, se dirigen a los alojamientos, allí guardan su ropa y son ubicados en sus camarotes de cada una de las compañías, las cuales son distribuidas estrictamente por el orden alfabético de los apellidos de los cadetes. No se conocen aún entre ellos, pero casi de forma natural empiezan a apoyarse mutuamente en las pequeñas cosas, unos se dirigen hacia la peluquería, otros reciben parte de su dotación y otros toman su tradicional refrigerio. Durante las próximas horas, tendrán que aprender a ponerse de forma correcta prendas militares y hasta ayudarse para poder comprar el ‘mecato’ en el bar de cadetes, donde los cadetes antiguos les darán pocas oportunidades de lograrlo.

Es cierto que el hombre es un *animal* de costumbres, pero para todos fue muy dura esa primera noche, el frío en la madrugada bogotana y la forma tan abrupta de despertar, con un toque de corneta, la famosa diana. Algo que impacta mucho a los nuevos cadetes es el hecho de tener tan solo 15 minutos para bañarse, afeitarse, tender el catre y organizar su cómoda. Sin olvidar que todos estos procesos deben hacerlos sin un mínimo de intimidad o privacidad, una situación a la que pocos estaban acostumbrados. La alimentación es otro punto de inflexión; lejos de ser un menú medianamente similar al que cada uno de ellos tenía en su casa, todos extrañan el calor del hogar y la comida típica de su región. El rigor físico, las trasnochadas constantes y el trato duro hicieron que muchos tomaran la decisión de abandonar la idea de convertirse en oficial del Ejército, estando a penas en los primeros días de formación.

Por su parte, los futuros bachilleres, ya adaptados a la vida militar, veían “el sufrimiento” de los reclutas con un poco de gracia, e incluso se atrevieron a hacer unas cuantas bromas a

los recién llegados. El periodo de acoplamiento para los cadetes neófitos fue difícil: no tomaban decisiones, simplemente se disponían a seguir las instrucciones de sus comandantes de *escuadra*, se regían por un horario muy estricto en el cual hay disposiciones muy claras sobre cuándo debían despertarse, comer, lavarse los dientes, estudiar y demás situaciones sobre las cuales no hay posibilidad de decisión.

La rutina diaria de estos nuevos cadetes implicaba despertar sobre las 05:00 tras el toque de la diana, debían bañarse con agua helada y arreglar el alojamiento para sobre las 05:30 estar pasando a desayunar. Posteriormente, debían dirigirse a las aulas y recibir clases propias de su formación entre las 06:30 y las 10:30. Ya sobre las 11:00 recibían instrucción militar, una vez finalizaban debían pasar a almorzar al mediodía, para luego dedicarse al aseo de las áreas comunes de la institución. A las 13:45 debían presentarse a la relación, es decir, formaban y recibían indicaciones de sus comandantes de escuadra, pelotón y compañía. Sobre las 14:30 tenían nuevamente instrucción militar, la cual implicaba bastante despliegue y desgaste físico. Pensar que la jornada estaría cerca de finalizar sería una ilusión, puesto que entre 17:00 y 19:30 debían nuevamente volver a las aulas para recibir clases; una vez salían de allí se dirigían a cenar. Siempre y cuando no se hubiese cometido alguna falta individual o grupal, su día podía terminar sobre las 21:30, hora en la que se dirigían a los alojamientos; no obstante, siempre estaba el riesgo de ser sancionado y tener que ‘voltrear’. Diariamente, los cadetes luchan permanentemente contra el cansancio, el sueño y el apetito que se despierta por las extenuantes jornadas de la nueva vida militar.



Fuente: Caricatura elaborada por el cadete Pinto Puentes José Manuel que refleja momentos en el alojamiento en medio de la rutina diaria. Aportada por uno de los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional.

El propósito principal detrás de este nivel de exigencia, rigurosidad y compromiso con su formación era cumplir este ancestral código militar: “El entrenamiento militar debe ser tan fuerte que la guerra parezca un descanso”. Este contexto hacía que la exigencia integral por tener las mejores calificaciones en el componente militar y académico, así como reconocimientos deportivos o en aspectos físicos, fuera una realidad no solo entre los cadetes, sino entre cada una de las compañías y “razas”.

En la Escuela convivían uniformados pertenecientes a una suerte de tres “razas”. Existían los *ovejos*, aquellos jóvenes que habían ingresado con aproximadamente 15 o 16 años a la escuela para terminar su 5to y 6to año de bachillerato, quienes tenían la posibilidad, una vez finalizados sus estudios, de recibir su cédula militar como subtenientes de la reserva o de continuar la carrera de las armas; si deseaban realizarla debían pasar por un período de 2 años de formación adicional. También existían los *recabros*, aquellos jóvenes que teniendo entre 17 o 18 años ingresaban a la escuela ya siendo bachilleres y que buscaban ser oficiales del Ejército, para lo cual se formarían durante 3 años. Finalmente, existían los *macabros*, aquellos jóvenes que teniendo 19 o 20 años aproximadamente, quienes después de haber prestado su servicio militar en la institución, tenían el deseo de continuar sirviendo al país, quizá de forma un poco más profesionalizada.

El Curso Centenario del Himno Nacional estaba compuesto por tres compañías de *recabros*: Nariño, Ricaurte y Reyes; así como una compañía de *ovejos*: Caldas. Bajo esa lógica, se consideran como *recabros* a aquellos cadetes que ingresaron en enero de 1985 a la ESMIC; mientras que se consideran como *ovejos* aquellos cadetes que ingresaron en enero de 1984, quienes en su momento se enfrentaron a las mismas situaciones descritas anteriormente y que pertenecían a la compañía Caldas mientras finalizaban 5to y 6to año de secundaria en la escuela. Es muy importante resaltar que la compañía Caldas sería la última de *ovejos* en el Ejército Nacional, debido a que la normativa cambió y ya no se ofrecía esa opción de terminar el bachillerato. Todos ellos, posteriormente se unirían en el año de 1986 como un solo Curso, en donde la antigüedad estaba marcada por su desempeño académico, habilidades militares y comportamiento.

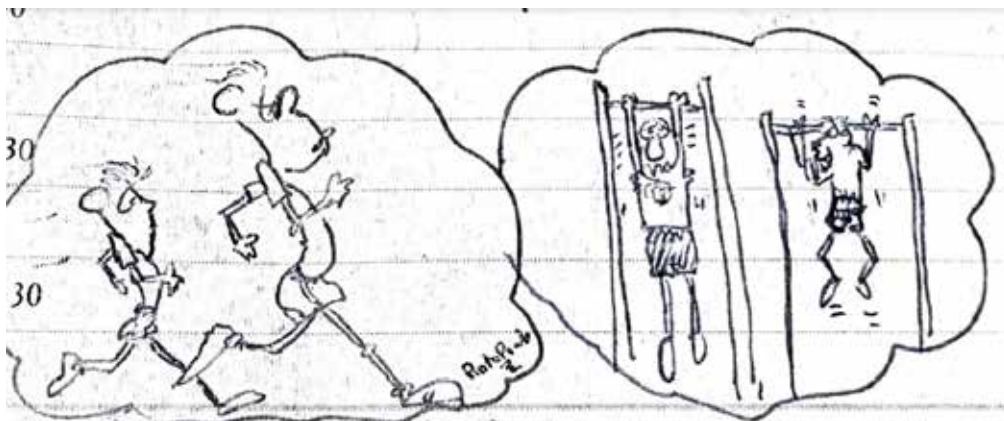
De ese modo, la compañía Antonio Nariño era liderada por el capitán Mario Bertulfo Hernández Gutiérrez del Arma de Ingenieros, compuesta por aproximadamente 200 hombres. Por su parte, la compañía Antonio Ricaurte estaba bajo el mando del capitán Alejandro Miguel Navas Ramos del Arma de Infantería, quien posteriormente llegaría a ser comandante del Ejército y comandante general de las Fuerzas Militares, compuesta por cerca

de 200 hombres. La compañía Rafael Reyes tenía como guía al capitán Jorge Humberto Victoria Oliveros del Arma de Infantería, compuesta por aproximadamente 200 hombres. Finalmente, la compañía José María Caldas dirigida por el capitán Uribe Naranjo del Arma de Infantería, estaba compuesta por 120 hombres que ingresaron desde 1984 a la ESMIC.

Los *ovejos*, en los años anteriores a la llegada de los *recabros*, tuvieron como comandantes a oficiales destacados como el teniente Jaime Alfonso Lasprilla Villamizar, el teniente Nicasio de Jesús Martínez, quienes llegaron a ser comandantes del Ejército Nacional en años posteriores.

Estos hombres no alcanzaban a imaginar lo que serían los próximos años. Si bien, los *ovejos* contaban con la experiencia y la experticia para “nadar” con cierta confianza en las “aguas” cotidianas de la escuela, todos pasarían por momentos en los que su fortaleza física, pero sobre todo mental, se pondría a prueba, al punto de hacerles pensar que mañana sería el último día y que regresarían a sus casas para tomar otro rumbo en su vida.

Durante su paso por la escuela, los cadetes deberían dejar de ser adolescentes promedio para convertirse en hombres dispuestos a darlo todo, incluso su vida, si era necesario, para proteger la de otros, a quienes muy probablemente no conocían. Para ello, pasarían cientos de horas en las aulas, recibirían una rigurosa instrucción militar, recorrerían una y otra vez la pista de infantería hasta saberse cada obstáculo de memoria. Demostrarían sus habilidades físicas y la fuerza propia de la juventud, no solo a través de los ejercicios de la milicia, sino también en los escenarios deportivos internos y externos, donde las compañías se enfrentarían unas con otras para probar quiénes eran los mejores.



Fuente: Caricaturas elaboradas por el cadete Pinto Puentes José Manuel que refleja momentos durante su entrenamiento físico. Aportada por uno de los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional.

Harían todo lo que estuviera a su alcance para ser los primeros de su curso y así poder elegir el arma que llevarían en sus hombros durante toda su carrera militar. Participarían en terrenos y campañas, donde probarían en su propia carne el rigor de la vida entre selvas y marañas, sumada a la cruda realidad del conflicto armado.

Luego, en su último año, llegarían a ser los más respetados de la escuela, y con ello vendría la experiencia y, sobre todo, la responsabilidad de ejercer el mando de manera digna y honrosa. Recibirían la instrucción específica en su arma y, finalmente, iniciaría la cuenta regresiva para cruzar nuevamente el arco del triunfo, pero esta vez, con la mirada puesta, no en el imponente campo de paradas, sino en la Colombia que necesitaba de cada uno de ellos, de su valor y su compromiso con esa patria que habían jurado defender.

El éxito es la sumatoria de los pequeños sacrificios diarios, quizá uno de los más significativos era estar lejos de su entorno cercano. Solo hasta cumplir el primer mes en la escuela, los cadetes pueden recibir visitas de sus familiares y amigos, mientras tanto, solo podían tener comunicación por medio de llamadas o cartas. Para lo primero, debían esperar que en las cabinas telefónicas no hubiese ningún superior, puesto que por antigüedad difícilmente tendrían ellos siquiera una oportunidad de llegar a llamar. El día a día en la escuela no les daba mucho tiempo de sobra para escribir alguna carta, así que el contacto con familiares era muy reducido.

En medio de la adaptación a la vida en la escuela, de su constante lucha contra el reloj, de tener que rendir en las clases y sobrevivir al ‘volteo’ diario, los cadetes pudieron experimentar una de las características que destaca a la carrera militar sobre otras profesiones: el misticismo de sus actos. Pasado mes y medio de su llegada a la escuela, se realizaría una gran ceremonia que marcaría su vida militar de manera indeleble: la entrega de la daga. Recibir la daga significa subir el primer peldaño que compone la escalera de la vida militar de un oficial. Es el primer paso para llegar a ser general, un objetivo personal que todos persiguen desde que entran a la escuela; pero, sobre todo, simboliza la entrega de las armas de la República al cadete, quien ahora tiene la responsabilidad de ser un ejemplo y defensor de su patria.

Ese día, el campo de paradas Batalla de Boyacá se engalanó para esta emotiva ceremonia, inolvidable para muchos; tanto así que, aún con el paso de los años, las siguientes palabras parecen haber quedado tatuadas en sus corazones y hoy en día las recitan como si fueran las reglas de oro de su vida, dentro y fuera de la milicia: **Hacer del lema de mi Escuela “Patria, honor y lealtad” la razón de mi vida.**

No muy distante de esta primera experiencia, llegaría otro de los momentos de gran trascendencia en la carrera militar. Cada primero de junio, día del aniversario de la Escuela Militar de Cadetes, los nuevos aspirantes a oficiales hacen el juramento de bandera, un vínculo de honor con la patria que solo se romperá al partir de este mundo.

“¿Juráis a Dios y prometéis a la patria defender esta bandera hasta perder vuestras vidas, no abandonar a vuestros jefes, superiores y compañeros en acción de guerra, ni en ninguna otra ocasión?”. Los cadetes, con voz firme y sin ningún atisbo de vacilación, pronunciaron un “sí, juro” que retumbó en cada rincón de la escuela, y quedó grabado en sus memorias. A pesar de que algunos ya habían empezado a construir grandes amistades, ese día se comprometieron solemnemente a crear un lazo inquebrantable con sus compañeros; el juramento convirtió a esos cerca de 600 compañeros en hermanos de trinchera, que se acompañarían unos a otros, incluso hasta llevar su féretro a su última morada.

Durante el periodo de formación en la escuela, los cadetes construyen vínculos inalterables entre ellos, difícilmente puede alguno decir que tuvo un solo *lanza* durante esos primeros años en la vida militar. La amistad al principio surge por el hecho de compartir escuadra, luego por tener afinidades, intereses y valores en común, posteriormente, por las capacitaciones propias de su arma, seguido de los cursos que realizan, y finalizan por las primeras unidades en las que coinciden. Todos esos pequeños momentos de interacción van permitiendo consolidar un valor intangible pero esencial dentro de cualquier Ejército: el espíritu de cuerpo.

Los días avanzaban y, con ellos, la oportunidad de vivir nuevas experiencias que los formarían como oficiales preparados para guiar a sus hombres en cualquier circunstancia. Algunos de los escenarios en los que los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional estarían más cerca de la dureza de la vida militar y experimentarían lo que realmente implicaba estar en el área de operaciones serían los *terrenos* y *campañas*. Por una parte, los *terrenos* eran actividades que se realizaban en un clima frío, generalmente con una duración de tres a cuatro días, principalmente en la Calera, donde realizarían diferentes tipos de ejercicios tácticos que los ayudarían a familiarizarse con las armas, la lectura de cartas y algunos elementos del mando.

Por otra parte, las *campañas*, que se realizaban cada semestre, eran todo un acontecimiento que se llevaba a cabo en un clima cálido. Su magnitud era tal que todos los integrantes de la escuela, incluido su director, quien en ese entonces era el general Luis Eduardo Roca Michel, asistía a estos eventos en los que se combinaba todo lo aprendido en los terrenos y

en la instrucción militar diaria. Previo a las campañas, había toda una preparación logística digna de admirar.

Ocho días antes de la fecha prevista para la actividad, se elegía el grupo aposentador, que era el encargado de realizar el montaje de carpas, baños, pistas, así como demás estructuras y elementos necesarios para el desarrollo de la campaña. Mientras que para algunos ser parte de este grupo era un premio, para otros era considerado un castigo, puesto que, al momento de llegar el día ‘D’, ya sentirían sobre sus hombros el cansancio del arduo trabajo realizado en los días anteriores. Pero el grupo aposentador no era el único que se preparaba para este evento; mientras tanto, en la escuela, los cadetes limpiaban y alistaban su equipo, en el que un elemento infaltable era el “repelo”, debido a que la sensación de hambre era constante, producto del desgaste físico.

Durante la campaña, se combinaban todos los elementos que deben tenerse en cuenta al momento de estar en el área de operaciones y se ponía a prueba la destreza de los futuros militares en el manejo de armamento, estrategia, procedimientos de comando y organizar una unidad en el área de combate. Eran tres semanas en las que debían dar todo de sí para lograr el ascenso a algún cerro, pasar un río nadando o no quedarse en medio del trote, pero, sobre todo, en las que quedaban a un lado las rivalidades individuales en la lucha por ser el mejor del curso, se fortalecían los lazos de hermandad y salía a flote el compañerismo en medio del agotamiento y las largas jornadas. Frases como “hágale que usted puede” o “venga le ayudo” fueron bálsamo para muchos, en medio de las circunstancias adversas que ponían al límite a los cadetes.

Una de las campañas del primer año en la escuela (1985) se llevó a cabo en el municipio de Mariquita, Tolima, ubicado a pocos kilómetros de Armero, un lugar próspero habitado por cerca de 25 mil personas que, semanas después, sería completamente arrasado por una avalancha de agua, lodo y piedras volcánicas, proveniente del nevado del Ruiz. Algunos recuerdan que, en su estancia en esta zona, se les había prohibido tomar el agua de la quebrada, ya que en ella se había detectado la presencia de azufre, proveniente del volcán. Muy grande fue el impacto de los cadetes al enterarse de la tragedia ocurrida en esta población y más aún porque seis de sus compañeros de curso perdieron a sus familiares en este hecho indeleble en la historia reciente del país.

Tiempo después de regresar de esta campaña, ocurriría la toma del Palacio de Justicia por parte del grupo guerrillero M-19, un acontecimiento que marcó a los miembros del Curso Cen-

tenario del Himno Nacional. Aunque en su momento era difícil comprender la dimensión de lo que estaba ocurriendo, los jóvenes recuerdan el nivel de tensión debido al acuartelamiento generado por la alerta de amenazas sobre una posible incursión en la ciudad; por tal razón, tuvieron que permanecer en camuflado con armamento y munición propia, así como hacer patrullajes perimétricos continuos alrededor de las instalaciones del alma mater las 24 horas del día como parte de la reserva estratégica del Ejército Nacional. Este hecho fue un presagio de los peligros a los que se verían expuestos más adelante en sus primeros años como oficiales.

Era el final del año 1985, llegaría el momento de regresar a casa, tomar un breve descanso y reponer fuerzas para continuar con la exigencia de la carrera militar. Al volver a la escuela, en enero de 1986, el número de cadetes que no regresaron a continuar sus estudios fue bastante notorio. Los que retornaron ya hacían parte de Las Compañías de Armas Pesadas “La pesada”, es decir, ya no eran cadetes reclutas; habían pasado a ser el selecto grupo que superaron el primer año y decidieron continuar con su formación para llegar a ser oficiales. La Compañía Ricaurte, había desaparecido y los pocos que quedaron fueron distribuidos entre las compañías Nariño y Reyes. Los primeros días fueron difíciles; volver a adaptarse a la rutina militar costaba un poco, pero evidentemente ya no eran los mismos que hacía un año; su fortaleza física y mental había crecido y era su principal aliada, junto con la disciplina, en la lucha por ser el primer puesto del curso, que ahora era su principal objetivo.

La lógica de la competencia en la ESMIC tiene un impacto trascendental en el momento de la elección del arma. Este proceso se lleva a cabo al final del segundo año en la escuela; es el momento en que los cadetes deben seleccionar cuál camino tomarán entre las 4 armas principales de la época, a saber: Infantería, Caballería, Ingenieros y Artillería; o entre las 3 armas de servicios y logística del momento: Comunicaciones, Transportes e Intendencia.

Durante el proceso formativo en la escuela, todos los cadetes rotan por las diferentes escuelas de formación de cada arma; con esta familiarización de las armas, al momento de llegar al proceso de selección, pueden tomar una decisión informada. Es un hecho que algunos se ven influenciados por el arma del batallón que hubiese en su ciudad natal, otros lo hacen en virtud de sus habilidades y gustos, otros mediante un análisis estratégico de costo/beneficio, otros siguen un legado familiar y otros simplemente se dejan guiar por el azar.

El desarrollo de las capacidades militares, estudiantiles, así como el comportamiento de los alumnos constantemente es medido o ponderado para establecer una clasificación que determine quiénes son los primeros del curso. Este proceso se hace sobre la totalidad de

cadetes, para luego dividirlos en tres grupos. El primer grupo está conformado por quienes, producto de su esfuerzo, tuvieron la potestad de elegir su arma. Del segundo grupo, tan solo la mitad puede seleccionar, de acuerdo con sus preferencias, el arma, la otra mitad debe aceptar la disposición que le corresponda sobre este ítem, en función de los cupos disponibles para cada arma. Finalmente, el tercer grupo no tiene margen de elección, debe asumir hacer parte de Infantería, ya que es el arma que requiere mayor pie de fuerza. Al culminar este proceso, los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional quedaron así: el 50% de los cadetes pertenecen a Infantería, aproximadamente 300 cupos, y el restante 50% se divide entre las otras armas principales, Artillería, Caballería e Ingenieros, cerca de 100 cupos por arma, siendo mucho menor el porcentaje destinado a Logística, menos de 20 cupos.

A lo largo de su proceso de formación hay personas que, si bien cumplen un rol secundario, se vuelven aliados fundamentales de los cadetes. Uno de ellos es Francisco Rengifo, conocido cariñosamente como Pachito. El sacerdote principal de la escuela, quien llegó al grado de brigadier general en categoría honoraria, que no solo se encargaba de ser el apoyo espiritual y moral de estos jóvenes, sino que estaba siempre pendiente de las necesidades de los cadetes, incluso los acompañaba al desarrollo de las *campañas y terrenos*, razón por la cual se recuerda con gran aprecio y cariño. Adicionalmente, las señoras de servicios generales de las aulas eran esa mano amiga y cómplice que les llevaban galletas constantemente, pero también eran víctimas de sus pilatunas.

Así transcurrían los días en la Escuela Militar, en medio de los ires y venires de la formación militar, los cadetes llegaron al final de su segundo año y estaban a punto de subir el siguiente escalón de la vida militar de un oficial del Ejército: ser alféreces.

Una vez más, el campo de paradas Batalla de Boyacá se preparaba para ser testigo del compromiso de los futuros oficiales de proteger su país y a cada colombiano. Los nuevos alféreces dejaron a un lado la daga y recibieron el primer sable de su carrera, que corresponde al sable del oficial subalterno, que representa la obtención del mando; habían dado un nuevo paso, y con él, llegaba la responsabilidad de formarse como líderes. Ellos eran ahora los antiguos en la escuela; por tal razón, eran los encargados de comandar, junto con sus superiores, a los reclutas y cadetes; habían llegado al año culmen de su formación y con ello, llegaron también algunos privilegios con base en el esfuerzo y profesionalismo evidenciado. Uno de ellos era entrar al Olimpo, un emblemático y casi mítico lugar dentro de la ESMIC al cual solo pueden ingresar los alféreces. Es una cafetería exclusiva para ellos, en el tercer piso de la construcción principal del Casino de Cadetes de la Escuela.

De modo tal que, ahora, sus opciones eran varias al momento de luchar contra la constante sensación de hambre que se vive al interior de la escuela, producto de la alta exigencia física; podían hacerlo en el bar de Alféreces o en el Olimpo, mientras que los cadetes reclutas debían hacer toda clase de ‘triquiñuelas’ para poder “repelar”, generalmente con un arroz chino, y así, tener la energía suficiente durante el día o pasar el trago amargo de un mal día. Otro beneficio para resaltar está relacionado con la comodidad del alojamiento: al llegar al grado de alférez, se pasa de instalaciones comunes con todos sus compañeros a unas habitaciones para cuatro personas con baño privado.

A estas alturas, las competencias entre compañías y razas casi habían desaparecido. Ahora eran un solo cuerpo que se acercaba cada vez más a un único objetivo: ser oficiales. Tan solo quedaba un año para salir a enfrentarse a la realidad del conflicto y por eso, en este año, la formación sería aún más ardua.

Durante los últimos dos semestres, los futuros oficiales realizaron los cursos más difíciles de su formación: los de contraguerrillas rural y urbana, el curso de inteligencia y el de la especialización de su arma, en los que la exigencia física y mental no bajaba la guardia.



Fuente: Caricatura elaborada por el cadete Pinto Puentes José Manuel que refleja momentos en el curso de contraguerrillas rurales. Aportada por uno de los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional.

Uno de los cursos de formación de este año se llevó a cabo en Fort Benning, un fuerte militar ubicado en la ciudad de Columbus, Georgia, Estados Unidos. Este viaje representó una gran experiencia para los miembros del curso, puesto que tuvieron la oportunidad de conocer la milicia desde otra perspectiva y aprender tácticas militares aplicadas por otras fuerzas armadas.

En esta recta final, también tuvieron la oportunidad de ejercer el mando. Si bien ya lo habían hecho durante las campañas y en otros escenarios a nivel interno, en este momento comenzarían a liderar compañías de soldados regulares en batallones de arma. Otra forma particular de ejercer ese mando fue tras el designio de algunos de ellos por su destacado desempeño académico y militar, con el honroso título de brigadier mayor, comúnmente conocido como el ‘capitán chiquito’, el cual se distinguía fácilmente por ser ese alférez que usaba una estrella en la manga y portaba el sable consigo todos los días, su rol principal era ser el apoyo del capitán comandante de compañía en la ESMIC en los procesos asociados al régimen interno dentro de la Escuela. Muchos aspiraban a alcanzar este designio, pero era privilegio de pocos este reconocimiento que se ejercía durante los últimos seis meses en el alma mater. Así, poco a poco, la estrella que representa a los subtenientes del Ejército Nacional iba tomando forma en cada uno de ellos.

Pese a que cada vez se está más cerca de culminar esta etapa, aún hay procesos muy relevantes en su día a día en la escuela, uno de ellos está relacionado con la incertidumbre alrededor del primer traslado. Los futuros oficiales son organizados de forma muy similar a como se distribuyó el arma, es decir, en tres grupos basados en su antigüedad dentro del curso. Debido a que todos tienen la potestad de relacionar tres unidades donde les gustaría iniciar formalmente su carrera militar, algunos se ponen de acuerdo con sus *lanzas* en esta elección; no obstante, solo los más antiguos, los del primer grupo, estarían más cerca de obtener ese traslado ideal, mientras que la gran mayoría, segundo y tercer grupo, tendrían que afrontar con arrojo y coraje la disposición emitida en la orden administrativa de personal N°1-069 del 13 de noviembre de 1987 firmada por el mayor general Oscar Botero Restrepo, quien entonces era el comandante del Ejército.

La noche anterior al final de esta etapa, los alojamientos de la ESMIC estaban en silencio, pero los ojos de los cadetes, inertes en sus camas estaban fijados en el techo. La ansiedad invadía cada célula de su cuerpo y no podían creer que, después de recorrer un camino que para nada había sido fácil, el gran día había llegado.

Finalmente, se asomó el sol por las ventanas en la mañana del 03 de diciembre de 1987. La Escuela Militar de Cadetes rebosaba de orgullo ese día. Todo estaba preparado para la ceremonia de ascenso de los nuevos oficiales del Ejército Nacional. Los alféreces se levantaron de sus camas y, a pesar de seguir la rutina de costumbre, pareciera que desde el frío, hasta el chocolate del desayuno fueran diferentes.

Todos se pusieron su uniforme, revisando hasta el más mínimo detalle; sabían que sus familias estaban afuera, expectantes de verlos y de compartir con ellos la alegría de un día único en sus vidas.

Las banderas del campo de paradas, igual que el primer día, ondeaban a merced del viento con toda su imponencia. Habían sido testigos del sacrificio de cada uno de los hombres que se habían ganado con sudor y sangre el honor de ser llamados subtenientes. Ese día las letras del himno nacional cobraron un sentido especial para cada uno de ellos.

Para dar término a la ceremonia de ascenso, los nuevos oficiales hacen su último desfile por el campo de paradas Batalla de Boyacá, mientras cantan el himno de la Escuela Militar de Cadetes, luego salen por el arco del triunfo para volver a ingresar por una de las entradas laterales del alma mater. Sus últimos pasos en la escuela estaban cargados de emociones. Mientras marchaban al son de las notas del himno, su corazón se hinchaba de orgullo. Su paso por el arco del triunfo, casi de manera automática, traía el recuerdo de ese primer día en el que ingresaron a la escuela con dos tulas gigantes y el sueño de ser militares.

Por su mente pasan las madrugadas con las narices y orejas peladas por el frío y los pies ampollados por las botas, los días difíciles y las decenas de veces que pensaron en dejar la carrera; pero también los momentos de risas, las pilatunas, las grandes amistades y los pequeños logros que los llevaron a ese día.

De fondo suena la trompeta del silencio, símbolo de la nostalgia por dejar el lugar que los transformó de adolescentes en hombres dispuestos a darlo todo por su país, pero que sin saberlo era el presagio de lo que empezaría a ocurrir más pronto de lo previsto: algunos de los integrantes de este curso perderían su vida cumpliendo su deber de ser soldados de la patria.

El entendimiento de estos jóvenes no alcanzaría a imaginar la magnitud del conflicto al que se enfrentarían durante su carrera militar. A partir de ese día, se verían expuestos de forma recurrente a crímenes de lesa humanidad y crímenes de guerra como torturas, asesinatos, desapariciones forzadas, secuestros y tomas como rehenes, incluso estando fuera del ser-

vicio, en algunos casos serían heridos o asesinados estando en estado de indefensión o por el uso indiscriminado de medios y métodos prohibidos por el derecho internacional humanitario por parte de los integrantes de diferentes grupos armados organizados y carteles de droga, producto de la degradación de la confrontación armada en el país.

Durante sus años como subtenientes entre 1987-1990, tuvieron que hacerle frente a duros combates y acciones contra los carteles de la droga, en ese momento los estallidos de carros bomba, así como los asesinatos de políticos y funcionarios públicos eran el ‘pan de cada día’ producto de la guerra declarada entre narcotraficantes de Medellín y Cali entre sí, y contra el Estado. Entre 1990-1994 son sus años como tenientes, este periodo se caracteriza por los procesos de desmovilización de varias organizaciones armadas ilegales como el Movimiento 19 de abril (M-19), el Ejército Popular de Liberación (EPL) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) Hay gran convulsión política por el asesinato de candidatos presidenciales y por la constituyente de 1991, sin olvidar el desarrollo de actividades estratégicas contra los insurgentes como la operación Casa Verde.

Para el lapso entre 1994-1999 los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional son capitanes, quizá el grado con mayor exposición frente al enemigo, en ese momento se evidencia un cambio estratégico en uno de los principales actores armados ilegales, las FARC, pues pasan de efectuar su accionar delictivo amparados en una estrategia de guerra de guerrillas, a una estrategia de guerra de movimientos. En este periodo, se brindan grandes golpes contra la institución militar a través de tomas guerrilleras en diferentes poblaciones y centros urbanos, así como se empiezan a ejecutar secuestros masivos a lo largo y ancho del territorio nacional, sin olvidar que se logra acertar un golpe directo hacia la moral de las tropas, el asesinato en actividad del general Carlos Julio Gil Colorado. En medio de este contexto, y sumado a la permeabilidad de algunos estamentos gubernamentales frente al narcotráfico, se empezó a contemplar a Colombia como un Estado fallido; situación sumamente compleja debido a que regional e internacionalmente el país perdía credibilidad, generando altos impactos económicos y políticos.

Entre 1999-2005 fue el periodo de la vida militar en el que ostentaron el grado de mayores, en esos momentos el país atravesó por un intento de negociación de paz con las FARC, en el que se estableció una zona de distensión que fue aprovechada por dicha estructura para fortalecer su control territorial y sobre la población. Tras declararse un proceso fallido, se inició una ofensiva militar para recuperar vastas zonas del territorio nacional que desencadenó en altos niveles de afectación de uniformados. Esta situación

se aminoró con la puesta en marcha de una gran estrategia política y militar denominada Plan Colombia.

Durante el 2005-2010, como tenientes coroneles, participan en procesos que permiten una mayor presencia de la institución en el territorio; se evidencia una profesionalización del Ejército que conlleva al desarrollo de operaciones militares de alto nivel con un gran éxito contra los miembros de las FARC. Adicionalmente, se llevó a cabo el proceso de desmovilización de uno de los principales actores ilegales armados, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

En el periodo comprendido entre el 2010-2015 tienen el grado de coroneles, allí asumirán cargos de alto nivel estratégico y participarán en operaciones conjuntas y coordinadas que afianzarán aún más la superioridad técnica, táctica y operacional de la institución frente a sus principales amenazas. Bajo este contexto, se inicia el proceso de negociación con el principal actor ilegal armado, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el cual se culminaría con la firma del Acuerdo Final.

En el año 2015, serían seleccionados trece oficiales del Curso Centenario del Himno Nacional, cuatro de infantería, tres de caballería, dos de artillería y de ingenieros, así como uno de inteligencia y logística, que cumplirían el sueño de todo cadete en la ESMIC, ser generales de la República; pero para llegar a ello, tuvieron que transitar un camino lleno de obstáculos, sacrificios y momentos difíciles. No obstante, no todos los miembros del curso pudieron llegar a ese punto, algunos por razones ajenas al conflicto, otros debido a que las acciones atroces de los grupos ilegales acabaron sus vidas.

Plasmar en cifras todos los hechos mencionados anteriormente es muy complejo; no obstante, permite dimensionar distintos escenarios, los cuales, voluntaria o involuntariamente, son poco visibilizados, pero totalmente reales. En virtud de lo anterior, se presentan algunos datos alrededor de la degradación del conflicto y la victimización sufrida por los uniformados. El drama humano detrás de los hechos que se van a señalar es incalculable, principalmente para sus compañeros, pues los recuerdos de esos momentos compartidos en la escuela cuando ingresaron como civiles con el propósito de servir a los colombianos rondan constantemente en sus cabezas. Hoy en día estos hombres están llenos de cicatrices y experiencias desgarradoras por ver perder en el campo de batalla a sus propios hermanos de curso; pese a ello, no se arrepienten de ser militares, puesto que tienen la plena convicción de que se pusieron al servicio de una noble causa: defender y proteger a los colombianos.

Las cifras son abrumadoras: según una investigación del Centro Nacional de Memoria Histórica y el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional en Colombia, entre 1965 y 2013 ocurrieron 1.755 incursiones guerrilleras en centros poblados y cabeceras municipales, de las cuales 1.146 correspondieron a ataques a puestos de Policía y bases militares, mientras que 609 fueron tomas de poblaciones. El 63% de estas acciones fueron cometidas por las FARC, el 18,4% por el ELN, el 5% por el EPL y el 2,7% por el M-19, estos hechos se efectuaron a lo largo y ancho del territorio nacional en virtud del plan de guerra de dichas agrupaciones, algunos de ellos son Gutiérrez, las Delicias, Miraflores, el Billar, y la toma de Mitú (CNMH & IEPRI, 2016, p. 22).

Otra cifra que llama profundamente la atención es el registro de 39.058 casos de secuestros en el país en 1.006 de los 1.102 municipios del país, es decir, en el 91.2% del territorio nacional (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, pp. 9-10). El secuestro fue utilizado como estrategia política; hubo un total de 1.477 representantes de partidos políticos y medios de comunicación víctimas de este hecho; 1.309 casos de funcionarios públicos que sufrieron este flagelo entre los que se destacan alcaldes, gobernadores, concejales, diputados, personeros, y congresistas; así como un total de 1.422 miembros de la Fuerza Pública y 784 miembros de la Policía Nacional (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, pp. 9-10).

No se puede dejar de lado los 29.836 homicidios contra uniformados de la institución militar que la Unidad para la Atención y Reparación integral a las Víctimas (UARIV), a través de su Registro Único de Víctimas, tiene identificados, principalmente mediante modalidades como el *plan pistola*, y el *tiro de gracia*, a través de las cuales los uniformados eran abordados incluso estando de civil o fuera de las actividades propias del servicio, siendo acribillados por parte de los diferentes actores armados ilegales.

Bajo este contexto, los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional tuvieron que ejercer su profesión: un panorama totalmente hostil, de alta complejidad, incertidumbre y lleno de riesgos latentes para su integridad física y dignidad humana. Es indudable que ellos fueron actores claves desde lo operacional, táctico y estratégico al aportar de forma significativa al aumento de capacidades del Ejército Nacional. Estos uniformados hicieron parte de la puesta en marcha de procesos como el Plan Colombia, el Plan 10.000, la creación de las Brigadas Móviles, la División de Fuerzas Especiales, la aplicación de nuevas tecnologías al desarrollo de operaciones, así como apoyaron en la reestructuración doctrinal de la institución y en la consolidación de la visión 2030 del Ejército. Participaron en un sinnúmero de acciones que lograron mejorar la seguridad de los colombianos a partir de la

neutralización de miembros de los distintos actores armados ilegales. Infortunadamente, no fueron inmunes a los peligros que existían y, en el cumplimiento de su misión de servir a la patria, perdieron la vida 22 uniformados, en distintos grados, pertenecientes al Curso Centenario del Himno Nacional.

Pese a no tener una total dimensión de todo lo esbozado anteriormente, estos jóvenes oficiales ahora tenían que hacer honor a lo que habían aprendido de sus superiores y asumir la responsabilidad frente a las exigencias diarias en medio del conflicto.

Al término de la ceremonia de ascenso a subtenientes, los sentimientos de alegría y orgullo fueron reemplazados por una gran nostalgia. Para esos 424 nuevos oficiales era el momento de darse cuenta que sería la última vez que el Curso Centenario del Himno Nacional estaría completo y reunido. Los abrazos y las lágrimas no se hicieron esperar. Los nuevos subtenientes, que se habían hecho hermanos, ahora debían encaminarse cada uno por la senda que la milicia había elegido para ellos. La vida militar los volvería a reunir ocasionalmente; pero en sus mentes siempre estarían presentes las palabras que pronunciaron el día del juramento de bandera: “no abandonar a vuestros jefes, superiores y compañeros en acción de guerra, ni en ninguna otra ocasión”.

Al salir de la escuela junto a sus familias, cargando todas aquellas cosas que los acompañaron hasta ese día y dejando atrás a sus hermanos de trinchera, fueron conscientes de que, a partir de ese momento había empezado un camino en el que a diario debían cumplir bajo cualquier circunstancia el mayor de sus compromisos, uno que estaría escrito en cada uno de ellos hasta el final de sus vidas: **“Ser soldado tuyo es la mayor de mis glorias, mi ambición más grande es la de llevar con honor el título de colombiano, y llegado el caso, morir por defenderte”.**

TODOS DIMOS
ALGO, ALGUNOS
DIERON TODO

CAP.

2

CURSO CENTENARIO DEL HIMNO NACIONAL CONTEXTO HISTÓRICO

Muchos nombres, militares o no, han identificado los diferentes cursos de ascenso de oficiales de la Escuela Militar de Cadetes General José María Córdova, en honor a personajes destacados de la vida nacional. Se trata de una elección que perdure y distinga en el tiempo ese grupo de *lanzas* que nunca perderán vínculos espirituales, aunque sí físicos, por las necesidades del servicio en un país con geografía tan rica y agreste como el colombiano.

Esta promoción de 1987 escogió una efeméride tan ligada al devenir de la patria como la patria misma. Hacer un homenaje a uno de los símbolos más importantes de la nación, como el himno nacional, denota una pertenencia y una cercanía en el dogma de lo importante. La patria se alimenta de la mística, de la entrega de sus hijos. El escudo, el himno y la bandera, como símbolos de la nacionalidad, forjan el alma de quienes decidieron unirse a sus hijos más preclaros como oficiales del Ejército, y entregarlo todo si fuere preciso, dependiendo de las circunstancias, con tal de proteger y hacer respetar a ésta, la madre de los aquí nacidos.

Esta cercanía está conformada por los únicos ciudadanos que, en el concierto de la sociedad en su conjunto, un día especial, diferente, decidieron frente a un pabellón izado con honores jurar ante Dios y ante la patria defender los principios y valores de la institucionalidad, proteger a sus superiores y compañeros; y llegado el caso, ofrendar su vida si fuere preciso por mantener ese Estado de derecho.

No cualquiera da ese paso firme hacia adelante y mirando siempre al cielo. Pocos son los escogidos, privilegiados, como sea, diferentes, con el honor de portar el uniforme que representa la protección de toda una sociedad que confía en esos hombres destacados de entre todo el grupo y que demuestran con su ejemplo la gallardía, la disciplina, el arrojo y la valentía contra todos los agentes depredadores que, a través de la historia, han querido violar la libertad y el orden; premisas fundamentales consignadas en el escudo de la patria, como categorías únicas, innegociables y definitivas a la hora de enmarcar la carrera de militar y, en especial, de oficial del Ejército.

El 11 de noviembre de 1887, fue presentado a la audiencia del teatro José Domingo Torres, en nombre de Rafael Núñez, el himno nacional, escrito por este último con el objetivo de conmemorar el aniversario de la declaración de la independencia de Cartagena ocurrida el 11 de noviembre de 1811, que se llamó *himno patriótico*. (Imaginario, sf).

Cien años después, unos cadetes en su primer año de reclutas, a tan solo dos años para ascender al grado de subteniente del Ejército Nacional de la República de Colombia, serían reconocidos por formar parte de este selecto grupo de ciudadanos que recibirían la estrella distintiva de su grado, con el significado inigualable del mando, el comando y el liderazgo. En 1987, y hasta ahora, ellos representan a los héroes de esta Colombia que ha logrado sobrevivir a muchos embates de los enemigos de la democracia, frustrados en sus objetivos por generaciones de jóvenes, que desde el primer segundo después de ascender y recibir su sable de mando, nunca han dejado de actuar conforme a la constitución y la ley. Ellos son la barrera infranqueable que, a través de los años y desde que el libertador Simón Bolívar legó la libertad, no han permitido que la nación sea puesta en peligro por razón de alguna omisión o peor aún traición de quienes juraron defenderla.

El 18 de octubre de 1920 fue protocolizado por el presidente Marco Fidel Suárez como himno nacional. Es clave resaltar una estrofa transitoria del himno, que durante el conflicto fronterizo con el Perú (1932-1934), los soldados que combatieron en ese periplo cantaban con ahínco:

“Hoy que la madre patria se halla herida,

hoy que debemos todos combatir, combatir.

Vamos a dar por ella nuestra vida,

que morir por la patria no es morir, es vivir”.

Así, con fundamento en la historia, que está llena de batallas, teatros de operaciones y de unos grupos armados ilegales con tendencias anarquistas que han enfrentado el orden constitucional y se han declarado en contra de lo democrático, se presenta el contexto en el que, en medio de hitos históricos, 520 colombianos, con vocación de sacrificio, iniciaron, en diciembre de 1987, su carrera como oficiales del Ejército de Colombia.

I - Conversaciones de paz Casa Verde

Tan solo siete meses antes, en desarrollo del proceso de paz iniciado por el presidente Belisario Betancur, se había emitido la orden de cese al fuego, como intento para frenar las acciones delictivas de las estructuras de 27 frentes de las FARC, que entonces iniciaban un proceso de negociación en el municipio de Uribe, en el departamento del Meta, en un campamento conocido como Casa Verde, en búsqueda, según la guerrilla, de “afianzar la política de paz y pedir el levantamiento del estado de sitio” (Arenas, 1985, p. 9).

Se puso en práctica entonces la tesis de lograr la paz mediante unas negociaciones políticas que, aunque produjeron en marzo de 1986 lo que se conoció como el Acuerdo de la Uribe, lo que lograron fue consolidar el desdoblamiento de frentes guerrilleros hasta pasar a 48 frentes y unos enunciados de compromisos por la paz, que las FARC nunca cumplieron. Se rechazó el secuestro, la extorsión, el terrorismo y todo acto que afectara la dignidad humana. Se firmó, por parte del estado mayor de las FARC, que se respetarían los derechos que en favor de los ciudadanos consagran la Constitución y las leyes.

Sin embargo, se incumplió lo pactado, dando muestras de la voluntad indeclinable de la guerrilla por la toma del poder a través de la combinación de todas las formas de lucha. Así poco a poco, se va conformando un contexto en el cual se desenvolverían años más tarde los oficiales del Curso Centenario del Himno Nacional.

II-Toma del Palacio de Justicia

En desarrollo del segundo año militar de los cadetes, ya antiguos, mejor conocidos como *ovejos*, y en el primer año de los *recabros*, se da la toma y posterior holocausto de la sede del más alto tribunal de justicia del país.

El miércoles 6 de noviembre de 1985, la guerrilla del M-19 entró a sangre y fuego por el parqueadero de la Corte Suprema de Justicia, tomando como rehenes a todos sus ocupantes

y luego de la respuesta de la Fuerza Pública, que se prolongó por más de 28 horas, fueron asesinadas por los usurpadores más de 100 personas, entre las cuales se destacan 11 magistrados.

Siempre han existido diversas teorías en torno al hecho; por un lado, se plantea que se trataba de un atrevido y absurdo intento por juzgar al presidente Betancur por parte del M-19, que se había caracterizado por desarrollar actos contra la constitución y la ley como “Tribunales del pueblo” que culminaban con humillantes “cárceles del Pueblo”, sitios en donde se cometían todo tipo de vejámenes, tratos degradantes y torturas contra quienes tenían secuestrados y luego, en la mayoría de los casos, asesinatos de inocentes.

Por otro lado, se afirmaba que esta manifestación terrorista buscaba quemar archivos de los extraditables que reposaban en esas instalaciones, como efectivamente sucedió; independientemente de ello, existe una suerte de coincidencia entre analistas, al definir este hecho como el que partió en dos la historia de la guerra subversiva en la historia de Colombia, pues ya no se trataba de una toma, como la efectuada por este mismo grupo guerrillero a una sede de una embajada, ni tampoco los innumerables secuestros de personalidades de la vida nacional u otros hechos propagandísticos, sino que se trató fue de la erosión del sistema jurídico colombiano, violentando todas las estructuras de los jueces, de la Constitución y la ley.

Los estudiantes en curso de formación para oficiales del Ejército Nacional no podían ser ajenos a lo que estaba pasando por fuera de las instalaciones del alma máter; fueron horas de constante tensión y de acuartelamientos sucesivos que se dieron desde esos hechos. Poco a poco fueron ganando experiencia tanto en su formación académica y práctica en aulas o en terrenos controlados, hasta llegar a la realidad de un conflicto que ya había mostrado que no respetaba ni la sede de la Corte de cortes, a tan solo dos cuadras de la sede del Ejecutivo, en la capital de la República, con todo y el Batallón Guardia Presidencial como custodio a pocas cuadras.

III-Tragedia de Armero

No acababa de ser superada la tragedia producida por la guerrilla del M-19 con la toma del palacio de justicia, cuando a la semana siguiente, el 13 de noviembre de 1985, el país se estremeció con el deslave del volcán nevado del Ruiz, sobre las poblaciones que se encontraban a poco menos de 50 kilómetros entre las que se contaban Armero, Chinchiná y

Villamaría en los departamentos de Tolima y Caldas, produciéndose la muerte de más de 23.000 personas.

Quedaron arrasados totalmente del mapa, todo quedó convertido en campo santo. En ambas situaciones, el soldado del Ejército Nacional fue el protagonista de la atención de las emergencias, de la evacuación de los heridos y los muertos, y, sobre todo, del apoyo permanente a las miles de víctimas, que buscaban algo de esperanza en medio de la emergencia. Fue el Ejército Nacional el centro de gravedad de las soluciones en momentos de crisis; esas vivencias sirvieron para la formación en valores y principios, que se quedaron en la mentalidad de los uniformados que estaban próximos a recibir su grado de oficial.

Ese apoyo a las víctimas, sin lugar a dudas, marcó en el espíritu combativo a este grupo de cadetes de tan solo un año de formación castrense, que vieron inmersa su formación en medio de hechos de connotación nacional; en un país con características geográficas tan marcadas, era preciso conocer y manejar la multiplicidad de variables intervinientes de carácter estratégico, táctico u operativo.

Este hecho tuvo un impacto especial en la vida de los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional, no solo porque hacía pocos días habían efectuado una *campana* cerca de la zona, en San Felipe; sino por aquellos compañeros que eran oriundos de Armero. La mayoría de ellos perdieron a gran parte de su núcleo familiar: abuelos, padres, tíos, hermanos y sobrinos. Algunos, en medio de la zozobra e incertidumbre del momento, tuvieron la fortuna de encontrar a parte de sus familiares, en algún centro de salud días después del hecho. No obstante, las impresiones de la mayoría hablan acerca del dolor indescriptible de tener que ir a buscar entre tantos muertos a sus familiares.

En ese momento, el general Farouk Yanine Diaz, director de la Escuela Militar, becó a los cadetes para que pudieran continuar su proceso de formación en la institución, y reforzó esas imborrables palabras del entonces teniente Alejandro Navas a los uniformados: “Ustedes acá tienen una familia, que no los va a olvidar, ni a dejar solos”.

IV- Prolongación de la tregua (1986)

Fortalecidas desde el inicio del cese al fuego, las FARC lograron ampliar en el tiempo, lo que habían iniciado en enero de 1983. El 2 de marzo de 1986, se firmó un nuevo acuerdo, ya no solo suscrito por las FARC, sino incluyeron una facción del ELN y otra de la autode-

fensa obrera ADO. Llenos de retórica incumplida, quedaron en el vacío los compromisos de construcción de la paz desde las FARC, el ELN y la ADO, así como sus promesas de respetar la tranquila convivencia; además, se incorporaron a la vida política a través de la Unión Patriótica.

V-Emboscada de la quebrada Riecito

El comodín de la palabra *paz*, insertado en procesos premeditados que fueron utilizados por las FARC para fortalecerse política y militarmente, tenía que, tarde o temprano, caer en la realidad de la farsa que encierra.

El 16 de junio de 1987 en la vía que conduce de Puerto Rico a San Vicente del Caguán, al norte del departamento del Caquetá, de manera premeditada, las FARC emboscaron una columna del Batallón Cazadores; asesinaron a 27 militares. Este hecho se constituyó en el peor crimen cometido por esa guerrilla desde su fundación contra las tropas del Ejército. Este atentado rompió el cese bilateral del fuego e hizo que el presidente Virgilio Barco perdiera la confianza en el proceso, de modo que ordenó: “allí donde las Farc no respeten la tregua, en aquellas zonas se darían acciones contra la guerrillera”.

Jorge Iván Delgado González (17-12-1987)



Fuente: Fotografía extraída del Anuario de la ESMIC¹

“Lo asesinaron de manera cruel, sin retoñar”.

En Colombia se dice popularmente que en cualquier lugar al que uno vaya, siempre hay un paisa; el Curso Centenario del Himno Nacional no fue la excepción a la regla. Entre las filas de la compañía Reyes, destacaban, entre los rasgos adolescentes, incluso casi infantiles de los reclutas de la Escuela Militar, las facciones juveniles del cadete Jorge Iván Delgado González. El Paisa, como inevitablemente lo apodaron sus compañeros, había intentado varias veces, sin éxito, ingresar a las filas del Ejército. Sin embargo, sería en diciembre de 1984, al cumplir los 21 años de edad, cuando se le abrirían las puertas del alma mater para iniciar su camino y convertirse en oficial de la República.

Su natural carisma y empatía, muy característicos de su familia, lo convirtieron en el centro de atención de sus compañeros; la experiencia propia de su edad generaba gran curiosidad entre los jóvenes de la compañía para quienes, casi de inmediato, se convirtió en un referente y mentor, tanto en la adquisición de habilidades para sortear con mayor sagacidad la vida militar, como en las travesuras a las que daba lugar la cotidianidad de la ESMIC.

“Compartimos intensamente los tres años de la Escuela, en plena adolescencia, en un periodo vital en el que nada es impune y todo deja huella. Hacíamos miles de pilatunas y él era

¹ St. Jorge Iván Delgado González en sus años de cadete.

como el maestro de la orquesta. Él era el mayor, nosotros éramos muy chinos”, recuerda con gracia el coronel Wilson Díaz, quien se convertiría en uno de sus amigos más cercanos en la Escuela Militar.



Jorge Iván con sus compañeros de escuela.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Otro de sus *lanzas* durante su tiempo de formación fue el hoy teniente coronel de la reserva Uberley Castro, con quien logró construir una gran amistad a los pocos días de haber ingresado a la escuela. Uberley destaca que ambos tenían un rasgo en particular: Castro era de Cali y Delgado de Medellín, por ende, se sentían como un par de extranjeros en Bogotá. Además de su aversión al inclemente frío capitalino, también los unía su personalidad jocososa y extrovertida: “éramos alegres, fiesteros, bullosos. Jorge era una persona muy alegre, simpática, empática, ‘mamagallista’; con todos la iba por igual. Le teníamos buen aprecio porque era buen amigo, compañero, una persona sencilla”.

Sus compañeros de la escuela también recuerdan que Jorge Iván era un joven muy activo. Haber crecido en las complejas circunstancias del popular barrio Manrique de Medellín y

haber sido papá a temprana edad le habían enseñado a ser un hombre trabajador y responsable; cuando se trataba de cumplir con los deberes y hacer las tareas propias de su formación militar, su compromiso era ejemplar: “era una persona ética, honrada, disciplinada, era un buen elemento, pintaba muy bien para ser oficial”, destaca Uberley.

Sin duda, uno de los momentos más anhelados y que los *lanzas* Castro y Díaz recuerdan con especial aprecio eran los días de permiso en los que la casa de Héctor Jaime Castañeda, otro de sus mejores amigos, era el lugar de encuentro. La época de vacaciones en la escuela también dejó momentos memorables para este grupo de oficiales. Al término de los ciclos de formación, doblaban sus uniformes, alistaban sus maletas y se preparaban para salir, no con destino hacia sus casas, sino a Medellín, donde los Delgado González los estaban esperando para recibirlos como si fueran miembros de la familia.

En el hogar de Guillermo Arturo Delgado y Rosa Elvira González, los minutos parecían congelarse. La sala de la casa se convertía en el escenario de interminables charlas entre los cadetes y los padres y hermanos mayores de Jorge Iván; una botella de aguardiente Antioqueño, infaltable en este tipo de encuentros, se iba vaciando con el paso de las horas, hasta que los primeros rayos del sol, que se colaban por las ventanas, les hacían recuperar la noción del tiempo.

Durante estos periodos de descanso, Jorge también aprovechaba para visitar a su hijo pequeño, con quien compartía muy a menudo cuando estaba en Manrique y, durante su tiempo de preparación en la escuela, aprovechaba los ratos libres y se escapaba a las cabinas telefónicas para hacerle una llamada en tiempo record y evitar ganarse una sanción.

Pasaron los meses de formación y, finalmente, llegó el día en el que Jorge pudo portar sobre sus hombros la estrella que lo identificaba como subteniente del Arma de Caballería del Ejército Nacional. Se sentía orgulloso de estar de pie frente a una nueva etapa en su carrera militar: “no fue fácil para él entrar, pero siempre vio en el ejército su futuro, así que estaba muy contento”, dice Uberley al recordar el día en el que compartieron la alegría de convertirse en oficiales, sin saber que esta sería la última vez que se verían en sus vidas.

Pasada la ceremonia y con las emociones a flor de piel, los nuevos subtenientes recibieron la notificación de su primer traslado. En el caso de Jorge, su unidad sería el Grupo de Caballería Mecanizado N.º 3 General José María Cabal, ubicado en Ipiales, Nariño. Debía recobrar fuerzas, prepararse para poner en práctica lo aprendido en la Escuela y dar lo mejor de sí; así que organizó sus maletas y, de la gélida Bogotá, regresó a la calidez de su hogar en Medellín.

Corría el mes de diciembre de 1987; con el orgullo rebotante por la reciente llegada del nuevo subteniente del Ejército Nacional, la familia Delgado González se encontraba reunida en su casa, como de costumbre. La vivienda estaba compuesta por varios pisos: en el segundo, vivía la familia Delgado y, en el primer piso, había una pequeña tienda de abarrotes, frecuentada por los habitantes de la cuadra.



Uno de los pocos momentos de descanso entre los entrenamientos militares.

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

En horas de la noche del jueves 17, Jorge decidió bajar para hacer algunas compras y de paso, hablar con los vecinos o “hacer visita”, como se dice popularmente en Colombia. Delgado, aún con su corte militar que recordaba la fastuosa ceremonia de los días pasados, se sentó en una silla de la tienda y continuó charlando con los que allí se encontraban.

Pasados algunos minutos, los miembros de la familia Delgado escucharon dos disparos y, acto seguido, el bullicio de la gente que los obligó a asomarse por la ventana. Un grupo cada vez más grande de curiosos se acercaba a la tienda, por lo que decidieron bajar al primer piso para saber qué era lo que había ocurrido. Cuando llegaron al local, se encontraron con una escena que, hasta el día de hoy, parece imposible de creer: Jorge había sido asesinado.

Los testigos de este fatídico hecho contaron a la familia que dos hombres desconocidos habían entrado a la tienda y al salir, le habían disparado, dejando panfletos alusivos al ELN. Así registró la prensa lo ocurrido aquella noche en el barrio Manrique:

“ELN MATÓ A OFICIAL RECIÉN GRADUADO

Anoche, igualmente, miembros del Ejército de Liberación Nacional dieron muerte al subteniente del Ejército Jorge Iván Delgado González (...) Delgado González fue baleado a las 8:45 de la noche en la carrera 47 con calle 70, cerca de su residencia. Ocurrió cuando hablaba con un amigo (...) El Ministro de Defensa, al lamentar el asesinato del subteniente, expresó su extrañeza de que hasta el momento ninguna organización de defensa de los derechos humanos se haya manifestado para condenar el hecho”².

Jorge Iván Delgado González fue el primer oficial del Curso Centenario del Himno Nacional en ser asesinado. Sus grandes amigos recuerdan con gran tristeza el momento en el que perdieron a un *lanza* con el que habían compartido tantas experiencias que, sin lugar a dudas, marcaron la vida de los oficiales y que, al igual que ellos, tenía toda una vida y una gran carrera por delante: “eso de no volver a ver a ese amigo, a ese compañero, a ese hermano, fue toda una tragedia” dice Wilson.

Por supuesto, para su familia fue un momento que marcó un antes y un después: “uno de sus hermanos, Guillermo León, era una persona muy alegre y no hacía sino llorar, fue muy doloroso para ellos perder a Jorge y más en un hecho tan trágico”, señala Uberley. Al momento de su muerte, su hijo tenía aproximadamente cinco años de edad. Él había sido una de sus motivaciones para decidir convertirse en oficial del Ejército, pues quería que, no solo se sintiera orgulloso de la labor que desempeñaba su papá, sino también asegurarle un buen futuro, pues él era su primera responsabilidad.

Después de lo ocurrido, la familia de Jorge les recomendó a sus amigos de escuela no regresar a su casa por el temor de que fueran asesinados también, pues, según ellos, seguramente también los tenían fichados. Cabe destacar que, para el año 1987, Medellín era una ciudad permeada por los carteles del narcotráfico y el aumento de la presencia de milicias urbanas de grupos armados al margen de la ley, lo que ponía en riesgo, no solo la seguridad de la población civil, sino también de militares y policías, a cuyas cabezas le habían puesto un precio.

“Él jugó un papel protagonista en toda nuestra vida. Él jugó ese papel de hermano mayor, de colega, de cómplice y ese papel de guía hacia otros mundos y enseñanzas que hasta hoy

2 Uno de los integrantes del Curso Centenario del Himno Nacional guardó un recorte de periódico que reportó en días posteriores las circunstancias de la muerte del subteniente Delgado, tal como se transcribió.

nos han formado (...) era esa verdadera amistad que obviamente aún extraño”. Así como el coronel Wilson Díaz, muchos de sus compañeros y amigos, a pesar de los años, conservan vivo el recuerdo de Jorge, quien permanece en su memoria como alguien que dejó una huella imborrable en el paso de ser adolescentes a convertirse en grandes hombres dispuestos a dar su vida para estar al servicio de los demás.



VI - El papel del narcotráfico en medio del conflicto

El narcotráfico se volvió la razón de ser de la lucha irregular en Colombia. Ya no solo pesaba en la financiación, sino que la fachada de ideología que se presentó como causa de los levantamientos ilegales armados, cada vez quedaba más opacada y solo se sacaba a la luz para aparentar reivindicaciones sociales que nunca se cumplieron. El narcotráfico generó el enriquecimiento inconmensurable de los principales cabecillas de las estructuras guerrilleras.

Se impuso entonces un perverso método de negociación previo a los debates constitucionales, utilizado por los cabecillas del narcotráfico, que consistió en demoler con ataques terroristas y magnicidios, la sociedad colombiana, convirtiendo a 1989 como el año más violento de la historia de Colombia de los últimos 30 años. Ejemplo de ello, fueron los homicidios de importantes personalidades como el candidato presidencial Luis Carlos Galán, el coronel de la Policía Nacional Valdemar Franklin Quintero, el periodista Jorge Enrique Pulido, y los atentados contra las instituciones del Estado, entre las que se destaca el sufrido en las instalaciones del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) con el objetivo de asesinar al entonces director del DAS, Miguel Alfredo Maza Márquez.

Carlos Enrique Martínez Mesa (15-03-1989)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC³.

“Martínez no dudó en saltar a la trinchera para proteger al soldado”.

Corría el año de 1989; eran tiempos difíciles para los habitantes del sur del departamento de Bolívar. Las FARC y el ELN se habían aliado y convertido en verdugos de los pobladores de las zonas aledañas a las vías fluviales de la región. Gobernantes, comerciantes y ciudadanos clamaban por ayuda.

El enemigo era implacable y despiadado; por eso para atender a este llamado se requería un grupo de hombres altamente entrenados para responder ante cualquier tipo de situación que pudiera afectar a la población. Así que, para cumplir con esta misión, fueron asignados los hombres del Batallón de Ingenieros de Combate N.º 2 Francisco Vergara y Velasco; una de las unidades que haría parte de esta operación estaba encabezada por el subteniente Carlos Enrique Martínez Meza, uno de los oficiales más destacados del batallón.

A los pocos días de su llegada al Vergara y Velasco, el oficial había recibido el tercer pelotón de un nuevo contingente de soldados, a quienes acompañó e instruyó rigurosamente en cada una de sus etapas de formación. Seguro del talante de sus hombres, preparó su unidad, la Contraguerrilla Caminante 3, y partió rumbo al municipio de Magangué.

3 St. Carlos Enrique Martínez Mesa en sus años de cadete.

En el trayecto hacia su nueva área de operaciones, que no dejaba de ser desafiante, tal vez recordaría el día en el que, motivado por su novia de juventud, dejó el hogar de sus padres, don Carlos Enrique y doña Agripina para convertirse en militar. Su papá había solicitado un préstamo al banco para que él pudiera cumplir su sueño y, en agradecimiento a su sacrificio, Carlos se había propuesto ser un excelente oficial.

A los pocos días de haber ingresado a la escuela, el lobo, como lo bautizó su comandante de pelotón, el teniente Juan Alvarado Vergara, conoció al cadete Germán López, con quien no solo compartió las duras y las maduras; sino las pilatunas propias de la vida en la ESMIC: “siendo cadete, se colocaba un tiro blanco⁴ de alférez y salíamos en la noche a hacer llamadas telefónicas suplantando la autoridad de los buitres⁵ y pasando a la fila⁶ a cadetes incluso más antiguos”, relata Germán con gracia.

Al término del proceso que los transformaría de jóvenes reclutas a subtenientes preparados para enfrentarse a las experiencias más exigentes e inimaginables, los grandes amigos, aunque compartían el Arma de Ingenieros, fueron enviados a diferentes destinos.

Cuando llegó a la compañía de instrucción en el Batallón de Ingenieros de Combate N.º 2 Francisco Vergara y Velasco, conoció a otro de sus *lanzas*, el subteniente Luis Fernando Galvis Uribe, quien recuerda especialmente su sonrisa abierta y franca; esa era “su carta de presentación”. Carlos Enrique, desde su rol de instructor, puso todo su empeño, no solo en formar a sus soldados como grandes combatientes, sino en inculcar en ellos un espíritu de cuerpo que los hacía conscientes de que, en cada paso que daban, llevaba auestas el bienestar de sus compañeros y el de cientos de colombianos que necesitaban de su apoyo y protección.

A pesar de que sabían cuál era el modo de operar de su enemigo, la llegada a Magangué los obligó a generar nuevas estrategias para enfrentarlo, pues los grupos armados les llevaban ventaja, principalmente porque se habían consolidado en un terreno que conocían a la perfección, mientras que las tropas debían reconocer la zona y estudiar con más detalle los movimientos y ubicaciones de su oponente en tiempo record para lograr enfrentarlo con mayor efectividad.

4 Prenda militar de uso exclusivo de los alféreces.

5 Forma coloquial de llamar a los alféreces.

6 Hacer valer la antigüedad sobre otro uniformado.



Carlos Enrique junto a su familia en una ceremonia militar y cuando recibió el grado de subteniente.

Fuente: Fotografías brindadas por la familia o compañeros del oficial.

El ambiente operacional era totalmente distinto a cualquiera que hubieran enfrentado con anterioridad. El Frente 24 de las FARC y la Columna José Solano Sepúlveda del ELN habían establecido en la zona una economía ilícita proveniente de la producción de cocaína que les garantizaba su pervivencia; para el sostenimiento de la misma crearon una alianza que les permitía convivir, además de mantener el control territorial, especialmente sobre los ríos Magdalena, Cauca y Nechí, rutas claves para el narcotráfico.

Estas mismas vías fluviales eran utilizadas por los comerciantes y pobladores de la región para el traslado de sus productos y mercancías, por lo que comenzaron a ser controlados, amenazados, extorsionados y desplazados por los grupos armados para ostentar el dominio sobre el tránsito en los ríos. Esto trajo no solo un decrecimiento económico de las poblaciones, sino que también sembró un ambiente de temor y zozobra que hacía sentir a los habitantes de la región que la vida cada día estaba en juego.

Las tropas comenzaron sigilosamente a instalarse en el territorio y la comunidad empezó a respirar un poco de tranquilidad. No obstante, con la rapidez que se extiende un rumor, los grupos armados se enteraron de la presencia de los uniformados; sin embargo, no eran visibles ante sus ojos, pues habían decidido, de manera cautelosa, prestar seguridad a los cargamentos de los comerciantes que se trasladaban en los dos remolcadores bien conocidos en la región: el Santa Leonor y el Porce; así garantizaban que la economía de los habitantes no se viera afectada por el accionar delictivo.

Para el mes de febrero de 1989, los integrantes de las contraguerrillas realizaron su primera acción estratégica: identificaron los puntos vulnerables de las embarcaciones y los reforzaron de tal manera que los remolcadores pudieran resistir un eventual ataque. Luego, se dedicaron a transitar río arriba y río abajo para proteger las mercancías de los pobladores y garantizar que llegaran a sus destinos.

Ciudadanos y comerciantes, con el transcurrir de los días, pasaron de vivir en la angustia a sentirse seguros. Esto provocó la reacción de los integrantes de las FARC y el ELN, quienes, en su afán de enviar un mensaje que diera cuenta de su dominio sobre la zona, decidieron montar una emboscada a los remolcadores.

Transcurría la noche del 13 de marzo de 1989. En medio de la penumbra y del silencio, levemente interrumpido por el sonido de los grillos, la Contraguerrilla Caminante 3, al mando del subteniente Martínez Meza, recibió el informe de patrullaje y se embarcó en el Santa Leonor, que de inmediato emprendió marcha hacia su destino.

A los dos días de haber zarpado, el 15 de marzo, la embarcación había dejado el cauce del imponente río Magdalena y se había adentrado a las aguas del Cauca. Hacia el mediodía, el Porce avanzaba media hora de camino más adelante del Santa Leonor. Cuando la primera embarcación llegó al sitio conocido como la Raya, donde, según recuerda el coronel Galvis, “unas islas y curvas obligaban a disminuir la velocidad y pasar más cerca de las orillas”, sus ocupantes fueron atacados sorpresivamente por integrantes del ELN desde la parte occidental, y desde el costado oriental por miembros de las FARC.

Los uniformados, quienes habían previsto una posible ofensiva y sabían cómo reaccionar, repelieron el ataque por ambos costados, mientras llegaba el apoyo desde el Santa Leonor. Resultado del fuego enemigo, los cables de mando del timón del Porce resultaron averiados, lo que provocó que el remolcador quedara a merced de la corriente.

Caminante 3, al mando de Martínez Meza, llegó en apoyo de sus compañeros, tomando por sorpresa a los subversivos, quienes, según relata el coronel Galvis, “consideraban que el Porce ya era presa fácil y habían abandonado sus posiciones para atacar desde las mismas orillas del río, el fuego fue intenso y la disciplina de los soldados fue admirable”.

En medio de las ráfagas que iban y venían, el soldado ametrallador resultó herido en una de sus piernas; el subteniente Martínez, que estaba junto a él dando instrucciones para el ataque, no dudó en saltar a la trinchera para proteger al soldado.

El combate se extendió durante varias horas en las que el enemigo se vio diezmado por la capacidad de las contraguerrillas. Sin embargo, repentinamente, ocurriría lo inesperado: una de las balas impactó el cañón de la ametralladora que empuñaba Martínez y una esquirla creada por el impacto le provocó una herida mortal. Sus hombres lo cargaron a la bodega del remolcador sin poder hacer nada para detener la hemorragia.

Luis Fernando recuerda que finalmente el joven oficial cumplió con su misión, él y su unidad lograron repeler al enemigo. “El teniente Carlos Enrique Martínez lideró en combate a sus hombres con inteligencia y valentía, a pesar que su muerte era inminente”, relata.



Carlos Enrique en el grado de alférez.

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

Su mamá, doña Agripina, sufrió durante mucho tiempo por la muerte de Carlos Enrique, su niño adorado; mientras que su padre, don Carlos Eduardo, recuerda con nostalgia a su único hijo, el deportista, el que cada cumpleaños, “sin importar donde estuviera, venía a verme y a estar conmigo”.

Su compañero de escuela, el hoy mayor general Germán López, se enteró de la muerte de Martínez por uno de los instructores de un curso de reentrenamiento que estaba realizando en el Fuerte Militar de Tolemaida, lo que le causó una gran tristeza. Años después, estando en el municipio de La Uribe, Meta, el capitán que comandaba la compañía a la que él pertenecía, mencionó en medio de una charla que, tiempo atrás, había tenido que acompañar a la familia de Martínez Mesa, oriundo del barrio Provenza en Bucaramanga. “Todos esos recuerdos siguen en mi mente con frecuencia dando vueltas porque los hermanos que servimos bajo banderas jamás nos olvidamos el uno del otro”, afirma Germán.



Rafael Antonio Vanegas Mendieta (23-10-1989)



Fuente: Fotografía extraída del Anuario de la ESMIC⁷.

*“Como militar yo le daría todas las virtudes;
Era buen compañero, buen comandante, aguerrido”.*

De vez en cuando el cadete Vanegas compraba hilos de colores y con una habilidad prodigiosa tejía las veneras que usaban en su uniforme los alumnos de la escuela militar. Sus compañeros e incluso sus superiores admiraban la destreza que tenía, no solo con los hilos, sino también con las técnicas de nudos y amarres, que muy seguramente aprendería en sus años de adolescencia.

Vanegas creció en Villa Luz, un barrio de clase media en Bogotá, rodeado por sus padres y sus dos hermanas con las que, de vez en cuando, ayudaba en un negocio familiar. Desde muy pequeño tuvo una vocación de servicio que ponía en práctica en la cotidianidad de su vida; sin embargo, en su corazón sentía que podía ponerla al servicio de algo más grande.

Por azares del destino, conoció el Ejército y pensó que allí podría encontrar lo que buscaba; así que finalizando el año de 1984 decidió presentarse a la escuela militar y en enero de 1985, con equipo al hombro y un mundo de expectativas cruzó el arco de la escuela para convertirse en uno más de los integrantes del Curso Centenario del Himno Nacional.

En la primera formación que realizaron los reclutas del cuarto pelotón de la compañía Ri-

7 St. Rafael Antonio Vanegas Mendieta en sus años de cadete.

caurte, conoció a Alexander Vanegas Espinoza, su tocayo de apellido, con quien estaba destinado a compartir casi todas las actividades de formación durante los próximos tres años. Los nuevos cadetes se convirtieron en grandes amigos, especialmente, cuando pasaron a ser parte de la pesada.

Vanegas Mendieta, que no solo era hábil con las manualidades, sino que tenía ciertas dotes para la música y el canto, hizo parte de la tuna de la ESMIC y se destacaba entre los cadetes, no solo por su dedicación a los estudios, sino por la pulcritud con la que portaba su uniforme, incluso en las campañas, cuando los cadetes se ponían a prueba de pies a cabeza.

Uno de los momentos memorables para los centenarios fue la campaña que se llevó a cabo en cercanías a Armero; pero esta tuvo mayor impacto en su *curso*, Alexander, quien era oriundo de ese municipio tolimense y por esos días pudo regresar a su tierra luciendo orgulloso su camuflado, sin saber que, infortunadamente, una semana después, perdería a la mitad de su familia en la trágica avalancha que arrasó con esta población. En ese momento, la amistad de Vanegas Mendieta fue un apoyo fundamental para que él pudiera sobreponerse y decidiera continuar con su formación militar.

Llegado el tercer año de escuela, el alférez Vanegas Mendieta portaba con orgullo en su uniforme las torres doradas pues, desde su ingreso a la ESMIC, tenía claro que quería pertenecer al Arma de Ingenieros. Durante esta fase de instrucción, estuvo a cargo de uno de los grupos de futuros oficiales, el entonces teniente Alejandro Serna Gallego.

A pesar de haber pasado más de 30 años y de haber conocido a cientos de militares, Serna describe a Vanegas, sin titubeos, como uno de los estudiantes más destacados: “siempre estuvo entre los primeros puestos de los oficiales de ingenieros; su desempeño como alumno y compañero fue sobresaliente, era muy noble y sencillo, con buenas cualidades”. También recuerda que Rafael se convirtió en su mano derecha durante el curso que los alféreces realizaron en la Base Militar de Fort Benning, en Estados Unidos.

Una vez Vanegas fue ascendido al grado de subteniente, sería destinado a prestar sus servicios en las extensas llanuras del oriente del país, donde tiene su sede el Batallón de Ingenieros N.º 7 General Carlos Albán Estupiñán. Las tropas situadas en esta región tenían como objetivo enfrentar y mitigar la amenaza que representaba para la población la presencia de las FARC y del ELN, que se dedicaban a la extorsión, la intimidación a los habitantes de los municipios y al ataque de la infraestructura petrolera de la zona.

El subteniente llegó a una compañía de instrucción con varios centenarios, entre los que se encontraba Jorge Duque Márquez, quien lo recuerda como un hombre alegre y jovial, siempre atalajado con su camuflado tallado a la medida y sus botas americanas perfectamente lustradas.

El Albán sería también el lugar de un pronto reencuentro con su instructor de la ESMIC, Serna Gallego, quien se llevó una grata sorpresa al ver nuevamente a Rafael y a los recién graduados subtenientes ingenieros Duque y Daza. Vanegas era el ejecutivo de la compañía de instrucción al mando de Serna en la que los soldados recibían su formación de manera rigurosa y dedicada, no solo para enfrentarse a un enemigo que buscaba ganar terreno, sino también para construir vías de acceso en los lugares donde los habitantes no tenían facilidades para desplazarse entre los municipios.

Luego de cumplir su primer año en el batallón, los subtenientes fueron distribuidos en otras compañías; en el caso de Vanegas, el municipio de Chámeza, ubicado en el departamento de Casanare, sería su nuevo teatro de operaciones. Para nadie era un secreto que los grupos al margen de la ley asechaban el lugar en todo momento. El municipio estaba cercado por el Frente 56 de las FARC y el Frente José David Suárez del ELN que adelantaban todo tipo de acciones delictivas que afectaban a sus habitantes y a la Fuerza Pública.

Rafael recibió la misión de crear una carretera que diera acceso a esa población, un gran beneficio para los campesinos que, por décadas, habían usado improvisadas trochas para entrar y salir de lugar. Para el mes de octubre de 1989, el subteniente adelantaba los estudios previos requeridos en la construcción de la vía.

El 23 de octubre, cuando la tarde comenzaba a caer, el subteniente Vanegas se encontró con el alcalde en la cabecera municipal. Ingresaron a una pequeña tienda, ubicada en la esquina de una calle y se sentaron en una mesa ubicada a un costado del local. Con una gaseosa en la mano, charlaron tranquilamente sobre el avance de los estudios y algunos requerimientos para la construcción de la vía que era un símbolo de progreso para la población. Pasados unos minutos, el alcalde le dijo a Vanegas que debía atender algunos asuntos y se despidió amablemente.

Transcurridos apenas unos momentos, dos hombres que se encontraban en la mesa contigua a la del subteniente, milicianos del ELN, se levantaron intempestivamente, desenfundaron sus armas y le propinaron varios disparos, causándole la muerte casi al instante. Los asesinos, antes de emprender la huida, le robaron su arma de dotación, el chaleco donde cargaba

la munición y los proveedores. Los habitantes quedaron atónitos ante lo sucedido; era la primera vez que una persona que representaba a una autoridad del Estado era asesinada a sangre fría en las calles del pueblo.

Los días siguientes fueron desplegadas las tropas y, entre sus filas, el subteniente Duque, para dar con los responsables de la muerte de Vanegas. Simultáneamente, el cuerpo de Rafael Antonio era trasladado a Bogotá para ser entregado a sus padres, quienes, con profundo dolor, acompañaron los honores militares y lo sepultaron en el cementerio del sur.

El hoy mayor de la reserva, Alejandro Serna, se enteró de la muerte de Vanegas cuando regresó al Batallón Albán, pues, al momento de su muerte, se encontraba realizando el curso de lancero. Su *lanza* de escuela, Vanegas Espinoza, se enteraría de este hecho mucho tiempo después; para aquel octubre se encontraba patrullando en la agreste región del Urabá donde comunicarse con el exterior era casi imposible. Sería el teniente Carlos Enrique Vidal Aponte quien le contaría lo ocurrido una vez regresó del área.

“Fue algo entrañable esa amistad. Me hubiera encantado que siguiera vivo, y que viviera toda su experiencia militar como todos nosotros”, dice Alexander con tristeza. Sus *lanzas* y sus superiores lo recordarán siempre como un amigo incondicional; un oficial intachable y un soldado generoso y firme que quiso siempre vencer o morir.



Alejandro Álvarez Botero (11-11-1989)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC⁸.

“Él siempre me decía: “¡Paisita, paisita, a defender la tierrita!”.

Para la época, el subteniente Alejandro Álvarez Botero era de los pocos que entre sus cosas portaba una cámara fotográfica. Esa semana había comprado un rollo para 12 fotografías y, aprovechando que estaba reunido con sus compañeros de curso, quiso inmortalizar esos breves momentos. Era 10 de noviembre de 1989; hacía un día caluroso y el viento húmedo de Antioquia se hacía sentir. Entre bromas y burlas de amigos, Alejandro, Henry Ordóñez Gelves y Carlos Julio Rodríguez, quienes estaban a punto de completar dos años como subtenientes, posaron para las fotos que podrían mostrarles a sus familias cuando salieran de permiso, mientras que relataban algunas de sus vivencias en medio de la guerra, una a la que habían decidido enfrentar para que otros pudieran vivir en paz.

Al terminar su segundo año de Escuela, Alejandro había elegido el Arma de Infantería, propia de los hombres que se enfrentan cara a cara a la muerte y aprenden a danzar con ella. Desde el inicio de su año como alférez, empezó a construir una estrecha amistad con Jorge Alzate Restrepo; ambos compartían dos grandes amores: uno, el que sentían por su tierra antioqueña y el otro, el Ejército. Por eso, cuando llegó el momento de decidir cuál sería la unidad en la que querían iniciar su camino como subtenientes, escogieron el Batallón de Infantería N.º 42 Batalla de Bomboná. A su llegada, el 26 de diciembre de 1987, los *lanzas* se

8 St. Alejandro Álvarez Botero en sus años de cadete.

encontraron allí con cuatro compañeros centenarios: Rafael Rojas Vaca, Gerardo Enríquez Granados, Henry Ordóñez Gelves y Carlos Rodríguez Ortiz, quien, con el paso del tiempo, también se convertiría en uno de sus grandes amigos.



Alejandro con sus compañeros en las aulas de la ESMIC.

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

Puerto Berrío y sus alrededores era una de las zonas con las mayores dificultades de orden público para la época. Está ubicado en el departamento de Antioquia, en límites con Santander, en una región más conocida como el Magdalena Medio; un territorio bañado por el río Magdalena, donde convergían las FARC y las Autodefensas. Una incesante disputa por la tierra tenía constantemente en vilo a la población civil; en palabras del hoy teniente de la reserva Carlos Rodríguez “allá se desayunaba, almorzaba y comía a punta de plomo”.

En medio de este panorama, los seis compañeros se hicieron inseparables. Una de sus primeras misiones en terreno fue prestar seguridad en los comicios electorales de 1988: “nos llevaron hasta Puerto Berrío en camino, luego en tren hasta cierto punto y después tocó caminar para llegar hasta los municipios en que teníamos que acompañar los procesos. A mí me tocó en Providencia, a Alejandro en Rubí. “El único grupo que no tuvo novedad fue

el mío”, relata el hoy mayor de la reserva Jorge Alzate. Así, los subtenientes recién llegados empezaron a conocer el escenario donde se desarrollarían sus vidas durante los próximos dos años.

Al ser Álvarez Botero el más antiguo entre sus compañeros y el que contaba con mayor experiencia en el combate, lo mandaron a patrullar en una zona que Alzate describe como el área de las tres P: pito⁹, paludismo y plomo, donde tuvo que enfrentar en numerosas ocasiones a un enemigo inescrupuloso que, con el paso de los meses, crecía continuamente en número.

Esta responsabilidad que cargaba Álvarez sobre sus hombros, a pesar de su corta edad y experiencia, obedecía a su forma excepcional de cumplir con su labor, lo que le merecía siempre estar en los primeros puestos. Una de las características que Alzate recuerda particularmente de su *lanza* es que era muy meticuloso: “mi coronel siempre lo ponía de ejemplo sobre gente más antigua, era muy metódico con todo lo que hacía. Era de los primeros que hizo croquis del área; esa cartografía de la época era paupérrima, si se mojaba se deshacía; él tenía en su cuaderno del comandante con dibujitos, todos los caminos, rutas y trochas, casas, quién vivía ahí, todo eso ayudo luego a hacer operaciones”.

No solo se destacaba por estas habilidades entre sus superiores; Álvarez Botero tenía un don especial de liderazgo. A pesar de ser de ‘dedo parado’, como lo describe Jorge Alzate, pues provenía de una familia de buenos recursos económicos, los soldados lo querían y lo respetaban mucho; era de esos comandantes que le gustaba estar hombro a hombro con sus hombres, se le medía a todo, hablaba mucho con sus soldados, se aprendía sus nombres completos, estaba muy pendiente de sus necesidades, particularmente en esos momentos en los que el espíritu se resquebraja y el futuro se ve algo difuso.

Esas mismas actitudes las tenía con sus compañeros. En los escasos ratos de descanso las canciones de los hermanos Visconti acompañaban a los seis centenarios; de vez en cuando jugaban voleibol, aunque para Alejandro, el fútbol era otro de sus grandes amores. En palabras de su *lanza*, Rodríguez, “era un bacán”.

Para finales de 1989, dadas las dinámicas del conflicto, los cursos fueron enviados a zona rural del municipio de Remedios, en Antioquia, una de las más difíciles en materia de orden público. A inicios de noviembre de ese año, el ambiente denso y amenazante se hizo sentir con mayor intensidad. Desde hacía varios días, los combates no cesaban, por lo que el co-

9 Insecto que transmite la enfermedad de chagas.

mandante del batallón ordenó llevar a cabo una operación de acuerdo a la información que daba cuenta de la presencia del enemigo en la zona.

Para cumplir con la instrucción, el entonces mayor Jesús María Acosta montó un puesto de mando adelantado con cuatro pelotones: Dragón 1, a cargo del subteniente Álvarez Botero; Dragón 2, comandado por el subteniente Alzate; Dragón 3, al mando del subteniente Ordóñez y Dragón 4, que estaba a cargo del capitán Vega. Las unidades iniciaron desplazamiento, mientras que Álvarez permaneció en el puesto de mando, a la espera de órdenes.

Era el mediodía del 11 de noviembre de 1989; Álvarez, un suboficial y ocho soldados también emprendieron la marcha hacia el sitio conocido como La Orqueta. El sol incesante se sumaba al aire espeso que los sofocaba por momentos; cruzaron un río que pasaba por la zona y el agua fría que corría a prisa logró refrescar el paso de los militares; al salir de la corriente recobraron fuerzas para continuar el camino a paso firme.

Hacia la 1:15 de la tarde, las tropas estaban conectadas en el programa radial. El subteniente Rodríguez se encontraba patrullando junto a la unidad del subteniente Ordóñez. De repente, escucharon por la radio varias voces exaltadas que gritaban: “¡lo mataron! ¡lo mataron!”. En ese momento, los oficiales no tenían muy claro qué había ocurrido, pero era evidente que una unidad había iniciado una confrontación directa con la guerrilla. De inmediato los uniformados recibieron órdenes del comandante del Batallón: “equípanse que los helicópteros van por ustedes”.

El capitán Vega y sus tropas fueron a prestar ayuda al grupo que había sido atacado, era el comandado por el subteniente Álvarez Botero. Cuando llegó a La Orqueta, se encontró con una escena desoladora: producto de una emboscada, Alejandro había sido cruelmente asesinado, junto con uno de sus soldados, dos hombres que lo acompañaban se encontraban heridos. Más tarde llegaron los Black Hawks a extraer las unidades a cargo de los subtenientes Rodríguez y Ordóñez; ahí, los cursos se enteraron de la triste realidad, Alejandro había muerto.

Con la caída de la noche, el dolor por la pérdida de Álvarez Botero se hizo más intenso. Sus compañeros sintieron que, no solo se había ido un gran militar, sino su hermano. Hasta el día de hoy, más de 30 años después de su muerte, el teniente Rodríguez se pregunta por qué Álvarez Botero no se desplazó hacia ese lugar con una mayor cantidad de tropa; tal vez así, la historia hubiera tenido un final distinto.

Su *lanza* de escuela, Alzate, logró recuperar la billetera de Alejandro; pero el cúmulo de emociones que le produjo este hecho, le impidieron entregársela personalmente a su familia: “yo se la di a mi mamá, le dejé el número de la casa de Álvarez; yo me lo sabía porque andaba con él a toda hora. Mi mamá se encontró con el papá y le entregó la billetera al hombre, nunca supe nada de la familia”.

Las exequias de Alejandro Álvarez Botero, que se llevaron a cabo en Medellín, también estuvieron marcadas por momentos desgarradores. Ninguno de los centenarios pudo despedirse de Álvarez Botero, ni siquiera Alberto Álvarez Giraldo, que había sido su compañero de pelotón en la escuela y que, para ese entonces, se encontraba en el Batallón Girardot, ubicado en la capital antioqueña, ya que, dada la creciente oleada de asesinatos de integrantes de la Fuerza Pública por parte de Pablo Escobar, no se le otorgó el permiso para acudir a la ceremonia. El entonces subteniente Rodríguez recuerda, con un nudo en la garganta, que no pudo estar presente en el sepelio, pues en la zona donde había muerto Álvarez, la guerra continuaba incesante.

Para conservar un último recuerdo de Alejandro y a manera de despedida, Carlos Julio intentó revelar las últimas fotos que se habían tomado él, su *lanza* y sus compañeros el día anterior a la muerte de Alejandro; pero lastimosamente, hasta el día de hoy, estas fotografías permanecen solo en su memoria puesto que el rollo resultó averiado.

No obstante, Dios y el destino tienen formas misteriosas de proceder y le permitió al subteniente Rodríguez decir adiós. Meses después de la muerte de Alejandro, Carlos Julio fue trasladado a Melgar, Tolima. Unos días antes de presentarse en su nueva unidad, decidió compartir un rato con algunos amigos de su padrino. En la finca donde se encontraba, a lo lejos, se encontraba una señora de mediana edad; a su lado tenía una grabadora de donde salía el sonido levemente audible de una canción de los hermanos Visconti, lo que le hizo recordar las épocas en las que él y Álvarez la cantaban a todo pulmón. Rodríguez decidió acercarse, pues era inevitable no conmoverse ante la expresión melancólica de la mujer.

Cuando le preguntó qué le ocurría, ella, con las lágrimas a punto de desbordarse, le confesó que esa música le traía recuerdos muy tristes: “me recuerda a un sobrino que mataron en el Ejército”, dijo. Inmediatamente en la cabeza de Carlos Julio se abarrotaron los recuerdos de su amigo Alejandro y le preguntó a la señora: ¿Usted es tía de Álvarez Botero Alejandro? Ella respondió “sí”. La sorprendente coincidencia los unió en un abrazo que dio rienda suelta a un dolor compartido y ambos empezaron a llorar.

La pérdida de un *lanza* es algo que siempre se lleva en la memoria, a pesar del paso de los años. Es el dolor de un sacrificio anónimo que se suma al de miles de soldados que diariamente están expuestos a morir, algunas veces de las formas más crueles para que, algún día, la paz habite en los lugares donde cada uno de ellos dejó su huella.



VII - Séptima Conferencia Nacional Guerrillera 1982-1992

Antes de la Séptima Conferencia, las FARC contaban con poco menos de 1.000 integrantes, un grupo que apenas era capaz de desarrollar acciones armadas contra la Fuerza Pública y efectuar algunos actos terroristas. Su supervivencia dependía de operar en áreas remotas donde hubiese falta de atención o voluntad política del Estado colombiano para hacer presencia policiva, mientras que este grupo reclutaba y obtenía apoyo logístico del campesinado (International Institute for Strategic Studies, 2011, p. 39a).

Se dice en los estudios profundos de esta etapa de las FARC que, en la Séptima Conferencia Nacional Guerrillera, realizada entre el 4 y el 14 de mayo de 1982, se abrió la puerta que sacó a las FARC de la táctica a la estrategia, en el plan por la toma del poder, y, sobre todo, definió por más de una década su accionar subversivo.

Es muy importante para este contexto histórico del Curso Centenario del Himno Nacional entender las dimensiones del cambio estructural que se gestó en esta Séptima Conferencia, pues se definió la verdadera estructura del accionar subversivo, visto en su conjunto, en el que se le da más preponderancia a la acción sobre la sociedad desde el punto de vista político, organizativo y propagandístico y, en una menor proporción, a sus acciones de carácter armado.

Antes de esta promulgación guerrillera, la estructura de la guerra subversiva era diferente, y todas las promociones de oficiales del Ejército habían enfrentado un grupo ilegal que se desenvolvía en lo eminentemente rural y el peso relativo del trabajo político-organizativo no era como el que empezó a desarrollarse a partir de esos nuevos lineamientos que plasmaron ya un pensamiento estratégico de trabajo de masas.

Se considera que hasta 20 años después de su fundación, las Farc estuvieron limitadas en su visión estratégica, con un interés predominante en el campesinado y sus necesidades, especialmente en el clamor de una reforma agraria, que fue durante mucho tiempo su plataforma principal. (International Institute for Strategic Studies, 2011, p.38e)

Entre esta conferencia y la Octava, realizada en 1993, las Farc habrían de crecer de 17 a 60 frentes. Fue entonces una estrategia asertiva la elaborada en la Séptima Conferencia, pero además ese fortalecimiento se explica por la incursión de esta guerrilla en el negocio del narcotráfico, que le aumentaría los recursos de financiamiento. (IISS, 2011, p.39i)

Vistas las cosas así, el recrudecimiento de las acciones guerrilleras en todo el país, con la nueva estrategia de las FARC, logró bajas significativas en combatientes que dieron todo en defensa de las instituciones y siempre demostraron su profesionalismo, hasta el momento de verdad en el que, por el copamiento o la sorpresa, ofrendaron sus vidas en el altar de la Patria.

Álvaro Hernán Bolaños Bonilla (06-01-1990)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC¹⁰.

*“Amaba la vida militar y su Arma de Artillería,
siempre se sintió orgulloso de ser un soldado de la patria”.*

Entre la espesa maraña de algún lugar, en zona rural del Magdalena Medio, el teniente Bolaños trata de buscar una trinchera natural para poder repeler el ataque del enemigo. Es incontable el número de guerrilleros que salen, unos tras otros, buscando acabar con la vida de los militares que se encuentran en desventaja frente a las capacidades de sus contendores. Habían caído en un terreno preparado para el aniquilamiento.

Es inevitable que, en ese momento, pasara por la mente de Bolaños y de sus compañeros la idea de si será hoy el día en el que la frase “morir por defenderte”, dicha miles de veces por cada uno de ellos, sería una realidad. Tal vez Álvaro Hernán pensó por un momento lo que había sido su vida hasta ese 6 de enero de 1990. Recordó las calles de su natal Tocaima, un pequeño municipio de Cundinamarca; allí era conocido por su natural talento para la música, tanto así que sus vecinos reclamaban su presencia para amenizar las reuniones y fiestas en el pueblo con un órgano que le había regalado su papá, Pompilio Bolaños.

Por ser el menor de cuatro hermanos, o como se dice popularmente en algunos lugares de Colombia el “cuba”, era el consentido de la familia. Entre el ping pong, el ajedrez y las infaltables visitas a la finca de sus abuelos, transcurrió la infancia de Álvaro Hernán.

10 Te. Álvaro Hernán Bolaños Bonilla en sus años de cadete.

Recuerda su hermano Alberto Bolaños: “Nosotros venimos de una familia de campo y mis abuelos tenían una finca. Entonces en las vacaciones nos íbamos para allá y la fiebre de él era estar con los caballos”.

Dejar Tocaima, los mimos de su familia y las comodidades de la casa no sería algo fácil para Álvaro. sin embargo, debía partir a Girardot para cursar sus estudios de bachillerato. En este municipio, ubicado a casi una hora de su casa, este adolescente, sin saberlo, comenzaría a construir un camino que lo llevaría a tomar una de las más importantes decisiones de su vida. Primero se empezó a interesar por el ejercicio y las pesas; luego le pareció interesante la práctica de tiro. Según su hermano Alberto, en medio de estas dos actividades que requerían disciplina y precisión, se forjaría la vocación del primer y único militar de la familia Bolaños Bonilla.



Álvaro junto a su familia en una de las ceremonias de la Escuela Militar.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Con el paso del tiempo, ser oficial del Ejército se había convertido en el sueño de Álvaro Hernán; así que, convencido de sus habilidades y con el firme deseo de servir desde el primer día, ingresó a la Escuela Militar: “Era una excelente persona, gran compañero y amigo; no le importaba compartir lo que tenía con los demás”, así lo recuerda el teniente de la reserva Alfredo Betancurt, quien fue su *lanza* durante su formación en la ESMIC. En medio del agotamiento y de los días en los que parecía imposible llegar al final de la jornada, el cadete Bolaños siempre estaba ahí para evitar que un amigo se rindiera.

A pesar de ser un joven sencillo, de carácter tranquilo y de tener una facilidad casi espontánea para relacionarse con sus compañeros de formación al momento de cumplir con los deberes propios de la escuela, la mística y disciplina que imprimía en cada cosa vislumbraban el gran oficial que sería: “Amaba la vida militar, siempre se sintió orgulloso de ser un soldado de la patria”, recuerda su gran amigo Alfredo.

Podría pensarse que su gusto por los caballos desde que era un niño sería una de las razones por las que elegiría el Arma de Caballería; sin embargo, fue una sorpresa para su familia el enterarse de que, contra todo pronóstico, había decidido ser artillero. Pasaban los días en la Escuela y a la par, el orgullo de don Pompilio por tener un hijo militar iba creciendo: “A donde llegaba él hablaba de su hijo, lo apoyaba en todo y se sentía orgulloso de haber podido incorporarlo a la Escuela Militar porque mi papá era una persona de campo y nunca pensó llegar a tener un hijo militar”, narra su hermano Alberto.

Llegó el 3 de diciembre de 1987. El niño consentido de la casa se había convertido en oficial del Ejército Nacional; Álvaro Hernán, de ahora en adelante, sería el subteniente Bolaños y esa estrella de cinco puntas, que ahora llevaba sobre sus hombros, pesaba más de lo que cualquiera pudiera imaginar, sabía con toda certeza que había hecho un compromiso de vida con todo un país.

Tras pasar unas cortas semanas con su familia, Bolaños emprendió camino hacia su primera unidad, el Batallón de Artillería de Defensa Aérea N.º 2 Nueva Granada, con sede en Barrancabermeja; allí tendría que acoplarse a los intensos días de bochorno, pero, sobre todo, a ejercer el mando en medio de las dinámicas de un conflicto creciente donde el narcotráfico y la expansión de los grupos armados organizados era “el pan de cada día”. Así pasaron los dos primeros años de subteniente.

Finalizando diciembre de 1989, llegó la orden administrativa de personal que notificaba el próximo traslado del subteniente Bolaños; el deber lo llamaba a vivir nuevas experiencias en otro rincón de Colombia. Sin embargo, un día antes de presentarse, debía cumplir con una última misión: hacer parte de una operación contra una de las estructuras de las FARC que hacía presencia en límites entre los departamentos de Santander, Antioquia y el Sur de Bolívar.



Álvaro con su uniforme de tigrillo.

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

Uno de sus grandes amigos, el coronel de la reserva Óscar Hernán Robayo, rememora que “al mando de la operación, se encontraba el señor mayor general Carlos Julio Gil Colorado, para ese entonces comandante de la V Brigada. Como tropas participantes se encontraban, entre otras, la primera Brigada Móvil (la única que existía en ese entonces), bajo el mando del señor brigadier general Hugo Tovar Sánchez; una compañía de contraguerrillas de soldados profesionales que pertenecía al Batallón de Defensa Aérea Nueva Granada; cuatro batallones de contraguerrillas, orgánicos de diferentes brigadas territoriales, conformaban esta nueva Brigada Móvil”.

Era una operación que buscaba dar un golpe certero al grupo armado organizado, pues el objetivo era dismantelar la escuela de mandos del Magdalena Medio, un lugar donde, según relató el diario El Tiempo para la época “eran adiestrados los comandantes de frente y los jefes de estado mayor de cada uno de los frentes que operan en el norte del país” (El Tiempo, 1990).

Para cumplir con esta misión, se organizaron las tropas por oleadas, para llevar a cabo un asalto simultáneo a los objetivos de la operación. Para esa época, Colombia solo contaba

con seis helicópteros Black Hawk que se encontraban en el aeropuerto Yariguíes de Barrancabermeja, al igual que una cantidad importante de helicópteros Bell 212 y Hughes, que eran utilizados para transporte de tropas y para apoyo artillado.

Todo estaba preparado. El subteniente Bolaños Bonilla se atalajó su camuflado, preparó el armamento, las municiones y embarcó en el primer grupo de aeronaves con rumbo a zona rural del Magdalena Medio. “El primer objetivo se encontraba rodeado por pequeños cerros, que en su parte superior ocultaban profundas trincheras de tipo vietnamita, que les permitía a los delincuentes burlar un fuerte ataque aéreo”, narra el coronel Robayo, quien también estuvo presente en la operación, como parte del Batallón Contraguerrillas N.º 6 Pijaos.

El área de combate era compleja y los enemigos la conocían a la perfección. El segundo grupo de uniformados, entre los que se encontraban el subteniente Bolaños y sus hombres, desembarcó en el lugar previsto, sin darse cuenta de que estaban cayendo en una trampa mortal. Con dificultad lograron avanzar en el terreno mientras que llegaban otros grupos de compañeros: “Los helicópteros fueron recibidos con una gran descarga de fuego, impidiendo su aterrizaje y negando a las tropas que ya se encontraban en tierra, la posibilidad de recibir este refuerzo. Las aeronaves y sus ocupantes sufrieron un daño significativo, logrando regresar con todos sus ocupantes al aeropuerto nuevamente, pero quedando fuera de servicio y trayendo consigo una cantidad igual de muertos y heridos en su interior”, relata el coronel Robayo.

Luego de este ataque indiscriminado, los subversivos fueron abatidos por las tropas del segundo grupo de desembarque. El enemigo los superaba en número y en armas de manera desproporcionada. Entre los platanales se encontraba una antigua pista de aterrizaje donde los insurgentes habían instalado tres ametralladoras con las que atacaban a las tropas, siguiendo las estrategias utilizadas en la guerra de Vietnam. “Estaban tan bien situados que soldado que se moviera era soldado al que le daban” describe el diario El Tiempo citando a una fuente militar.

Uno de sus compañeros, el hoy mayor de la reserva Fredy Delvasto, compañero de escuela de Bolaños, también hacía parte de la operación. El incesante sonido de los disparos que se escuchaban en la zona donde estaba Álvaro Hernán le hicieron tomar la decisión de intentar llegar al lugar para prestar apoyo a los militares que estaban siendo diezmados. A medida que iba avanzando, era atacado por los guerrilleros. Delvasto se las ingenió para esquivar

las balas de sus enemigos; pero sus esfuerzos se fueron al suelo cuando se encontró casi frente a frente con una cuadrilla de francotiradores y tuvo que permanecer inmóvil para evitar ser asesinado.

Al otro lado, Bolaños Bonilla se encontraba en medio de la espesa maraña, entre disparos de fusil y ráfagas de ametralladora. Su respuesta y la de sus hombres a los ataques parecía ser inútil. Hacia las 12:40 del mediodía se comunicó con Delvasto, a través del radioperador. Bolaños le confirmó la gravedad de la situación. Terminó la comunicación y al darse cuenta que se habían quedado sin munición, con movimientos casi imperceptibles, Bolaños y los demás uniformados trataron de buscar refugio, pero esto no es suficiente para pasar desapercibidos. Al momento, fueron descubiertos y tomados como rehenes por miembros de las FARC; el momento del honor había llegado.

Según relatos de los militares que estuvieron en la operación, el subteniente Álvaro Hernán Bolaños fue torturado y sometido a tratos crueles e inhumanos por llevar el grado de oficial y, finalmente, asesinado en estado de indefensión por los guerrilleros. Su cuerpo fue encontrado dos días después por otro de sus compañeros de escuela, el subteniente Libardo Serrano Corredor.

A pesar de las pérdidas, para el Ejército, esta operación resultó ser exitosa, puesto que las tropas finalmente lograron avanzar, dispersar a los integrantes de la guerrilla y tomar el control del centro de entrenamiento, considerado un bastión por parte del grupo armado.

Su compañero Delvasto recuerda que “La noche del 5 de enero (el día anterior a la operación) el comandante de la Quinta Brigada acompañó en una cena a los oficiales del Batallón Nueva Granada. La opulencia de la misma diluyó la normal ansiedad de las horas previas a misiones como la que se avecinaba. Nuestro compañero Álvaro pasó frente al comedor y observó en la distancia la desprevenida charla de quienes al otro día desafiarían la metralla enemiga, decidió continuar su marcha hacia las habitaciones, fue la última vez que lo vieron con vida. Tal vez su alma de guerrero ya sabía que el altar del destino lo esperaba y su mirada no fue más que un hasta luego a los mortales que al otro día abandonaba”.

En medio de esta operación, el país perdió a un gran oficial y la familia Bolaños Bonilla perdió al corazón del hogar. Alberto, su hermano, relata con nostalgia los momentos difíciles que tuvieron que atravesar para aceptar la ausencia de Álvaro: “Mi mamá sufrió mucho con la pérdida de mi hermano; él era el motor de la familia, el que nos motivaba para una cosa, para otra... Nos mantenía unidos como familia”.



Álvaro portando el tradicional uniforme de gala de los cadetes.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

El nombre de ese hijo que hasta el último día fue el orgullo de sus padres, hoy en día permanece inmortalizado en el dispensario del Batallón de Artillería de Defensa Aérea N.º 2 Nueva Granada y en una placa ubicada en el parque de su natal Tocaima, como muestra de gratitud a un hombre y a un militar que amó a su Ejército y cumplió su misión recordando hacer del lema de su escuela “Patria, Honor, Lealtad” la razón de su vida.



Juan Alberto Palacio Quintero (26-02-1990)



Fuente: *Fotografía tomada del anuario de la ESMIC¹¹.*

“Era muy aguerrido; a ese muchacho le fascinaba el Ejército, hasta nos daba moral a sus compañeros cuando no dábamos más”.

Son las 21:00 hrs, hora de apagar las luces del alojamiento. Un silencio sepulcral se toma la habitación donde los integrantes del último curso de *ovejos* de la Escuela Militar yacen acostados en sus catres, bajo una delgada cobija que los defiende del frío inclemente de la noche bogotana. De repente, el sutil susurro de una voz juvenil, aun inmadura y algo frustrada rompe la pasividad del lugar: “¡A dónde nos vinimos a meter!”.

Muchos de los jóvenes que cursaron sus últimos dos años de colegio en la Escuela Militar de Cadetes, no veían la hora de terminar sus estudios para regresar a sus casas; sin embargo, el caso de Juan Alberto Palacio Quintero fue la antítesis de aquellos que querían regresar a la vida civil; él llevaba la milicia en la sangre, no se veía de otra forma que no fuera portando su uniforme y andando por la extensa geografía de Colombia donde cientos de personas anhelaban sentirse seguros y dormir tranquilos.

Por eso, apenas se graduó de bachiller, en vez de armar sus maletas y volver a su natal Medellín, se preparó para continuar su formación como oficial. Por supuesto, sería infante como dos de sus hermanos mayores, Adolfo y Esteban, quienes le antecedían en la profesión castrense; dos de sus hermanas también se habían casado con militares, así que sus

11 St. Juan Alberto Palacio Quintero en sus años de cadete.

padres, don Alfonso Palacio y doña Martha Quintero, no se extrañaron al enterarse de la decisión de su hijo.



El cadete Juan Alberto en algunos momentos de su formación en la ESMIC

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Al haber cursado sus primeros años de bachillerato en un colegio militar y posteriormente haber sido *ovejo*, para el cadete Palacio Quintero, enfrentarse a los trotes, los volteos, las 22 de pecho o cualquier otra actividad no le representaba mayor esfuerzo: “parecía que hubiera nacido en ese medio. Todo le fluía, era como natural para él”, cuenta el teniente de la reserva Misael Obando Martínez, mientras escarba un poco en su memoria para recordar las vivencias de su época en la Escuela Militar.

Obando y Palacio se conocieron desde que estaban cursando sus últimos años de bachillerato en la ESMIC, en el año 1984; eran parte del mismo pelotón y dormían en catres contiguos, así que fue inevitable que se convirtieran en grandes amigos; además, compartían la sensación de sentirse extranjeros en una ciudad que no era la suya, pues Juan Alberto se distinguía a todas luces por su acento paisa y Misael era oriundo de Tuluá, un pequeño municipio del Valle del Cauca.

A pesar de las largas jornadas que solían ser extenuantes, los cadetes hallaban la forma de pasar momentos agradables en la escuela, pues Palacio no podía dejar de lado su personalidad alegre y extrovertida, muy típica de su tierra. Por otra parte, Misael también recuerda que Juan Alberto se convertía en un impulso para sus compañeros e incluso para él cuando el desgaste causado por las actividades diarias parecía ser una carga insostenible.

Para las jornadas de campaña, los *lanzas* hacían parte del grupo aposentador¹², y como consecuencia, en su carpa nunca faltaba el repelo¹³. Obando recuerda particularmente la campaña en la que estuvieron en Armero, unos días antes de la trágica avalancha en la que varios de sus compañeros centenarios perdieron a sus familias.

Al acercarse el final de sus días en la escuela, los *lanzas*, ambos infantes, eligieron los tres posibles batallones donde querían iniciar su etapa de subtenientes, teniendo presente la recomendación que les había hecho uno de sus superiores, el teniente Jaime Lasprilla Villamizar: “es mejor conocer el área, dormir en la intemperie en una hamaca, tener los primeros combates antes que irse a meter a una oficina”.

Los futuros subtenientes tenían la esperanza de ser enviados a la misma unidad; sin embargo, cuando llegó el momento de los traslados no corrieron con tan buena suerte. Misael fue enviado al Batallón de Infantería N.º 40 Cr. Luciano Delhuyer, en San Vicente de Chucurí, en el departamento de Santander y Juan Alberto fue destinado al Batallón de Infantería N.º 11 Cacique Nutibara, a casi 500 kilómetros, en el municipio de Urrao, Antioquia; “algo decepcionados, nos abrazamos con la ilusión de luego encontrarnos en otros traslados”, relata Misael al evocar con algo de nostalgia el día de su despedida.

El teniente Palacio Quintero llegó a su nueva unidad con cuatro compañeros centenarios, los subtenientes Juan Carlos Medina Gallego, Hernán Guillermo García Giraldo, Teófilo Jesús Rey Linero y Luis Fernando Londoño Villamizar, quien se convertiría en su *lanza*, en medio de la espesa selva y las hostilidades de las tierras antioqueñas.

Para finales de los años 80 y principios de los 90, Urrao y sus inmediaciones se caracterizaban por ser un territorio adverso. El ELN hacía presencia en la zona que era especialmente compleja en materia de orden público en los límites entre los departamentos de Antioquia y Chocó, históricamente circundados por la violencia, producto del narcotráfico y las dis-

12 Grupo encargado de organizar la logística de estas jornadas.

13 Comida similar a una merienda.

putas territoriales de los grupos armados. Ese fue el panorama que encontraron los neófitos subtenientes que llegaron a recibir los pelotones de instrucción.

Con rapidez, Palacio se ganó el afecto de sus superiores, compañeros y subalternos. Sus dotes de líder comenzaron a brotar con naturalidad a medida que avanzaban las fases de instrucción. Londoño, quien hoy en día es coronel de la reserva recuerda la dedicación con la que Juan Alberto se ocupaba de sus soldados: “vivía pendiente que no les faltara nada a sus hombres; en esa época infortunadamente no había los mismos apoyos que hay ahora, él vivía muy pendiente de los abastecimientos de sus soldados”.

Tras un periodo exhaustivo de formación y con su tropa lista para el combate, el subteniente Palacio Quintero fue enviado a cumplir una misión en la zona más compleja de su jurisdicción: los límites con el Chocó. No obstante, lo que para otros podía ser causa de temor, para Juan Alberto era un paso más en el cumplimiento de su misión; su carácter aguerrido e incluso temerario lo impulsaba a enfrentarse a los teatros de operaciones más escabrosos.

Trascurrían lentamente las horas del 26 de febrero de 1990. El teniente Palacio, con paso firme, como es habitual, puntea junto con el radioperador para guiar el camino de sus hombres, abriéndose paso entre la espesa vegetación que los rodea; en la ruta trazada hasta llegar a su objetivo advierte la presencia de un cerro. Palacio, enérgico e incansable va unos metros más adelante, el radioperador sigue su ritmo y ambos alcanzan la empinada cima con rapidez.

Con el fin de recuperar la unidad de grupo, el oficial y su acompañante detienen su paso; Palacio se pasa el dorso de la mano sobre la cara para secarse el sudor y toma un respiro. En cuestión de segundos la maraña se estremece estrepitosamente y los dos hombres se convierten en presa de un ataque furtivo por parte de un numeroso grupo de integrantes del ELN. Ambos resultan con múltiples heridas; pero, aun así, la adrenalina que corre a raudales por sus venas, le da al teniente Palacio la audacia para repeler el ataque. Sus soldados entran en acción y, luego de un intenso enfrentamiento, logran diezmar a su oponente.

Cuando se desvaneció el fragor del combate, la tropa se encontró frente a una dolorosa realidad: cinco de los integrantes de la unidad habían resultado gravemente heridos durante el ataque, el teniente Palacio iba perdiendo rápidamente las fuerzas. A pesar de los esfuerzos de los uniformados por brindarles atención y trasladarlos de inmediato a un centro asistencial, la muerte les ganó la pelea. El hecho fue reportado por el diario El Tiempo dos días después.

Baranda

Roban armas a Pinski

Bogotá

La compañía Pinski y Asociados fue asaltada ayer en la madrugada por 10 desconocidos que portaban armas de largo y corto alcance.

El atraco se produjo a la 1:30 de la mañana cuando el grupo de hombres ingresó a las dependencias de la empresa y después de intimidar a los vigilantes Luis Felipe Mora y Carlos Vanegas, sustrajeron de las tres cajas fuertes gran cantidad de armas.

La Policía dijo que los delincuentes se llevaron 11 revólveres Smith Wesson; una pistola Smith Wesson y dos subametralladoras Uzi.

Alcalde asesina a un campesino

Florencia

El alcalde del municipio de Solano, Hernán Hermida Barrera, asesinó al campesino Luis Arturo Montoya luego de sostener un altercado en una calle de esa población, dijo la Policía.

Las autoridades atribuyeron el hecho a una venganza personal por motivos pasionales.

La población de Solano, población distante 150 kilómetros de Florencia, inició una protesta por la actitud del alcalde. Barrera fue detenido

Contactos armados en Santander, Chocó y Guaviare

ELN atacó patrulla del Ejército: cinco muertos

En Santander tropas de la V Brigada frustraron un nuevo intento del ELN para dinamitar el oleoducto Caño-Limón-Coveñas y dieron muerte a cuatro guerrilleros.

Un oficial, un suboficial, tres soldados y nueve guerrilleros muertos es el resultado del recrudecimiento de la violencia guerrillera ayer en el país.

El hecho más grave ocurrió en el Chocó, en donde una columna del Ejército de Liberación Nacional (ELN) atacó una patrulla del Ejército que realizaba una operación de registro y control.

En el ataque murió el subteniente Juan Palacios Quintero, el cabo Arbery Castillo Giraldo y los soldados Carlos Chacón García y Luis Giraldo Márquez.

Voceros castrenses dijeron que la patrulla, adscrita al Batallón Nutibara, con sede en Medellín; se desplazaba a pie y realizaba un reconocimiento en ese sector del departamento.

El ataque guerrillero se presentó a las 3:00 de la tarde en el sitio El Dos, cuando los militares se movilizaban a la altura del kilómetro 12 sobre la vía que conduce de Carmen de Atrato a Quibdó.

Voceros del Ministerio de Defensa atribuyeron el ataque a la columna 'Che Guevara' del ELN, que tiene su centro de operaciones en esa región. Durante el enfrentamiento murió un subverbo que no fue identificado.



SUBTENIENTE JUAN PALACIOS
Oficial muerto

Batallón Joaquín París sostuvo un encuentro armado con insurgentes de las FARC. Dos subversivos murieron.

Otro intento al oleoducto

En Santander, cuatro subversivos del ELN que intentaban volar el oleoducto Caño-Limón-Coveñas-Rio Zulia, murieron durante un enfrentamiento con tropas

gencia, donde según las fuentes oficiales, se ubican nuevos objetivos de atentados terroristas.

Los planes de control en esa zona del país fueron reforzados desde el viernes pasado, luego de un análisis de la situación de orden público en un consejo extraordinario de seguridad.

Trascendió que el ELN anunció que el alcalde de El Carmen (Santander), Noel Francisco Serrano Acevedo, secuestrado el pasado sábado cuando se desplazaba por la vía a San Vicente de Chucurí, sería dejado en libertad en las próximas horas.

Las autoridades dijeron que los insurgentes enviaron una comunicación a los familiares de Serrano en el que afirman que el alcalde será portador de un mensaje al gobierno departamental.

En el Cauca, la Unión Camilista del ELN liberó al alcalde del municipio de Bolívar, Carlos Horacio Gómez Quintero, al candidato a la alcaldía, Hernán Burbano Vásquez; y el auditor de la Tesorería, Efraín Burbano, quienes estaban en poder de los subversivos desde hace cuatro días.

La liberación de los funcionarios se produjo en la noche del lunes, en zona rural de la cabecera municipal, donde se realizan ana-

Fuente: Recorte de prensa tomado de El Tiempo, 1990-a.

La pronta partida de Juan Alberto fue un hecho que dividió en dos la historia de los Palacios Quintero; en palabras de uno de sus hermanos: “enfrentamos mucha tensión desde la noticia hasta la entrega de su cuerpo, hubo mucho dolor, frustración y tristeza. A pesar de conocer el riesgo que enfrenta un militar, una familia nunca está preparada para el enorme sufrimiento de una noticia tan difícil de asimilar, como es la muerte de un ser tan amado”.

Para sus compañeros centenarios, tampoco es fácil traer nuevamente a la memoria estos hechos dolorosos. A Misael Obando, la noticia de la muerte de Juan Alberto le llegaría casi dos años después, cuando estaba en el grado de teniente: “fue bastante triste, muy frustrante”, recuerda con resignación.

Él, junto con su *lanza* el coronel de la reserva Luis Fernando Londoño, espera que esta historia mantenga vivo el recuerdo de su compañero que amó a su país y amó intensamente a su Ejército hasta el último de sus días.

“Que Dios lo tenga allá cerquita y que nos ilumine ese verraco”. dice Obando.



Jaime Quintero Cardona (13-04-1990)



Fuente: Fotografía extraída del Anuario de la ESMIC¹⁴.

“Jaime era una gran persona. Los soldados lo estimaban mucho él los tenía como sus hijos, les exigía, era muy buen oficial”.

Cada uno de los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional cruzó la entrada de la Escuela Militar, no solo con sus implementos, su equipo y un puñado de sueños por cumplir, sino también con una historia particular. La de Jaime Quintero Cardona tiene entre sus líneas una absoluta afición al deporte y una obsesión por su estado físico. Esta característica lo hizo merecedor, a los pocos días de su ingreso a la escuela, del apodo de Brazoman; pues sus prominentes bíceps, que sobresalían de su uniforme, contrastaban con la modesta musculatura de sus compañeros de la compañía Ricaurte. Sin embargo, no faltaría quien quisiera retarlo a una lucha de brazos esperando que, con no poca suerte, pudiera derrotar la fuerza de su aventajado contrincante.

Por lo demás, se parecía mucho a sus compañeros; se sentía orgulloso de portar el uniforme porque estaba convencido de que su vocación era ponerse al servicio de millones de colombianos que merecían vivir en un país donde, dentro o fuera de sus casas, se sintieran seguros y tranquilos.

Desde su entrada a la escuela, sentía una admiración especial por el Arma de Artillería, y su dedicación en los estudios le permitió hacer parte de este grupo de futuros oficiales. Tam-

14 St. Jaime Quintero Cardona en sus años de cadete.

bién el cadete Hernando Ochoa era artillero y, por ello, tuvieron la fortuna de ser destinados a la misma unidad, una vez recibieron la flamante estrella de subtenientes.

Llegaron a finales de diciembre de 1987 al Batallón de Artillería N.º 9 Tenerife, con sede en el municipio de Neiva, la capital del departamento del Huila. En esta zona del país, el conflicto armado ha estado presente de manera progresiva, especialmente desde la década de los años 80. Los *lanzas* llegaron a esta unidad con cinco compañeros más que hacían parte del Curso Centenario del Himno Nacional.

Jaime inició cumpliendo sus funciones de mando en la Batería de Instrucción, compuesta por casi 350 soldados. No pasaría mucho tiempo hasta que el pelotón comandado por Quintero comenzara a sobresalir entre los demás por su extremada pulcritud y disciplina: “Jaime se destacó mucho por su mística en la artillería, se esmeraba por inculcarles a los soldados esa mística. Era un oficial que procuraba estar muy bien presentado, quería inspirar eso a sus soldados y dentro del Batallón Tenerife se hizo su prestigio, su reconocimiento por eso”, recuerda Hernando.

Quintero no solo tenía buena madera como oficial; también sabía ser buen amigo y cómplice. Sus compañeros, y en especial Ochoa, recuerdan que él no dudaba en estar disponible para quien lo necesitara; incluso ponía al servicio de su *lanza* una moto enduro que había comprado, para que este, en los días de descanso saliera a visitar a su novia de la época; además acostumbraba a preguntarle mucho por su familia y por su estado de ánimo pues, en medio de la guerra, la soledad puede convertirse en uno de los principales enemigos.

Había pasado poco más de un año y tres meses desde la llegada de los centenarios a su primera unidad. Los subtenientes Quintero y Ochoa, por cosas del destino, habían podido compartir la experiencia de atravesar la espesa vegetación, adaptarse al terreno a veces impredecible y enfrentarse a un enemigo inmerso en el colosal tapete verde que cubre la parte baja de la región andina.

El 7 de abril de 1990 era sábado, la víspera del inicio de la Semana Santa que, en Colombia, es un periodo de especial actividad por las arraigadas costumbres religiosas de cada región. Para esas fechas, fueron organizados unos grupos que tendrían la misión de realizar labores de patrullaje en el área de operaciones. El subteniente Ochoa fue enviado con el Chulo Rodríguez por la zona rural del municipio de Algeciras, para llegar finalmente al sector de Aguas Blancas, ubicado en el vecino departamento de Caquetá, históricamente caracterizado por ser un bastión de las FARC.



Jaime durante su época en el Batallón Tenerife.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Por su parte, el subteniente Quintero Cardona también fue llamado a hacer parte de esta operación como comandante del pelotón Atila. Los enfrentamientos con los integrantes de la guerrilla no se hicieron esperar. Hernando Ochoa recuerda que, desde el domingo de ramos, hasta el jueves santo tuvieron combates; la selva espesa y húmeda tampoco tenía compasión con los soldados.

Finalizando la tarde del jueves santo, realizaron como de costumbre el programa radial con el comandante del Batallón. Cada pelotón recibía la información requerida, acorde con su ubicación. Ese día, Hernando tenía una especie de corazonada, algo que no lo dejaba es-

tar tranquilo, por eso prestó particular atención a las órdenes que le había dado a su *lanza* Quintero y a lo que él comunicaba. Jaime reportó que se habían encontrado con unos civiles y que estos le habían indicado el punto exacto donde se encontraba un campamento de la guerrilla y solicitaba autorización para proceder. El programa culminó y cada unidad continuó con su labor, según las instrucciones.

El ruido de las aves advierte la llegada del 13 de abril de 1990, viernes santo. El subteniente Ochoa pisa el suelo negro y húmedo de la selva entre el Huila y Caquetá. Avanza la mañana en la pelea con la maraña y la trocha. Hacia el mediodía los monótonos sonidos de la selva desaparecen en medio del eco ensordecedor de tres detonaciones, seguidas de continuos disparos que se escuchan a lo lejos. La incertidumbre se apodera de la tropa que, solo hasta las 5 de la tarde, en el acostumbrado programa, puede enterarse de lo sucedido.

A través del radio, se escuchó la voz del comandante del batallón diciendo las siguientes palabras: “lamento comunicarles el fallecimiento de Atila 6 y tres de sus soldados”. El mensaje del coronel Luis Gabriel González dejó de una sola pieza al subteniente Ochoa; Atila 6 era el subteniente Jaime Quintero Cardona, su *lanza*.

Tiempo después, Hernando supo con exactitud lo que había ocurrido: luego de la información que el subteniente Quintero había entregado el día anterior, se pidió el apoyo de las tropas del Batallón Los Panches, previendo que Atila se encontraba en un escenario riesgoso. Los integrantes de esa unidad estaban a pocos minutos del pelotón de Quintero cuando se produjeron las explosiones. Él y sus hombres cayeron en un área minada preparada para ser activada al paso de los militares. Con esto, el subteniente Quintero y sus soldados se sumaron al grupo de militares víctimas de artefactos explosivos improvisados, una práctica a todas luces inhumana que comenzaba a implementarse cada vez más por parte de la guerrilla para acabar con escuadras completas, causar daños irreparables, desmoralizar a su oponente y retrasar su avance.

Tras la nefasta noticia de la muerte del subteniente Quintero y de tres de sus hombres, el comandante del Batallón dio la orden a las tropas de regresar a la unidad. Hernando recuerda que esa noche emprendieron una caminata que parecía interminable; el peso de su equipo era incomparable con el peso que tiene el alma cuando lleva auestas una gran tristeza. Al día siguiente caminaron todo el día y, finalmente, en la tarde regresaron a Algeciras. “Esa noche nos recogieron, nos sacaron de esa área y desde esa época, desde ese sábado santo, nunca más volví a esa área de Algeciras”.

Mientras tanto, los cuerpos de Jaime y de los tres soldados fueron evacuados a Neiva para ser posteriormente entregados a sus familias en sus respectivas ciudades de origen. Como reconocimiento a su vida militar y para honrar su memoria, Jaime Quintero Cardona fue ascendido póstumamente al grado de teniente y el 15 de septiembre de 2004 se creó el Batallón de Contraguerrillas N.º 85 Teniente Jaime Quintero Cardona.



Fuente: *Fotografía obtenida en el Salón de Banderas Glorias del Ejército (ESMIC).*¹⁵

Posterior a su muerte, los soldados de su pelotón siguieron llevando en sus acciones el legado de su comandante, quien, hasta el último de sus días, quiso cumplir e inculcarles la mística del “Deber antes que vida”, un lema que hizo realidad, cumpliendo su misión en medio de las crueldades de la guerra que finalmente apagaron la luz de su existencia.



¹⁵ El 1 de junio de 2010 mediante disposición N.º 0025 pasó a llamarse Batallón de Combate Terrestre (BACOT85).

William Oswaldo Mora Guevara (23-09-1990)



Fuente: Fotografía extraída del Anuario de la ESMIC¹⁶.

*“Desde muy pequeño le llamaban la atención los uniformes;
su sueño era ser militar”.*

Por las fiestas de fin de año, diciembre es un mes que se caracteriza por estar impregnado de un ambiente alegre y festivo. Pero para los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional, diciembre de 1987 era algo más que eso, tenía un significado especial. Después de haber pasado tres años o incluso más en la Escuela Militar, en el caso de los *ovejos*, por fin habían obtenido, tras un gran esfuerzo, el primer grado de los oficiales del Ejército Nacional.

En la casa del ahora subteniente William Oswaldo Mora Guevara, junto con su familia, se encuentran celebrando los *cursos* Enrique Ortiz Pachón, Álvaro Navarro Dulce y Carlos Mora Acosta. Mientras que charlan sobre la reciente ceremonia de graduación y todo lo que tuvieron que pasar para llegar a ese día, inevitablemente se llenan de emoción y uno a uno dibujan las expectativas sobre su futuro en la milicia: ¿A qué se enfrentarán? ¿A quiénes conocerán? ¿Cómo será su vida en la primera unidad? ¿Tendrán que encontrarse cara a cara con la muerte?

Sus pensamientos son interrumpidos por el llamado de Luis Antonio Mora, padre de William, para hacer un brindis: “por la salud, por la vida y por el futuro prometedor de los

16 Te. William Oswaldo Mora Guevara en sus años de cadete.

nuevos subtenientes del Ejército Nacional, de los que nos sentimos muy orgullosos; ¡Salud!”. El sonido de las copas golpeándose unas con otras invade la sala del hogar de los Mora Guevara; la música decembrina se mezcla con las conversaciones de los invitados a la novena de navidad, una tradición arraigada profundamente en las familias colombianas.

En medio de la alegría del momento, surge en este grupo de *lanzas* un sentimiento de nostalgia. En los próximos días, cada uno deberá partir hacia su primera unidad y, dadas las dinámicas operacionales y los escasos medios de comunicación para la época, es incierto el momento en el que volverán a encontrarse o al menos saber uno del otro.



William Oswaldo transitando por las zonas rurales de Colombia.

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

Entre todos deciden que es mejor dejar ir el futuro por un momento y disfrutar el presente. Los subtenientes beben un trago como antídoto contra el inclemente frío de San Juan de Pasto, la ciudad natal de Mora Guevara. Allí había crecido siendo el sexto de ocho hermanos que don Luis Antonio y doña Cecilia habían criado con esmero.

Su familia lo recuerda como un gran deportista, amaba la música y siempre tuvo una gran habilidad para las artes plásticas. Sin embargo, todo esto contrastaba con la atracción que, desde muy pequeño, sentía por los uniformes; su sueño era ser militar. Muy probablemente esto sería herencia de don Luis Antonio, quien había sido agente de Policía. Él, al contrario de otros padres, junto con su esposa, hizo parte de ese sueño porque sabía que Oswaldo,

quien se interesaba mucho por la realidad del país, quería aportar su granito de arena, literalmente, poniéndose las botas.

Ingresar a la Escuela Militar para William Oswaldo fue un sueño cumplido. Llegó con el grupo de *recabros* en 1985; al ser de Pasto, no sufrió tanto con el clima bogotano como algunos de sus compañeros de curso.

La Antonio Nariño sería su compañía; allí poco a poco fue aprendiendo las actividades propias de la vida en la escuela; su talento para el deporte y su temple lo hicieron más resistente a las luchas diarias. A la vez, tímidamente iba haciendo amigos. En medio de los trotes, las tendidas de la cama, las 22 de pecho y los desayunos a las 6 de la mañana, William conoció al cadete Enrique Ortiz. La primera razón por la que congeniaron fue porque ambos eran oriundos de San Juan de Pasto: “nos ayudábamos mucho al ser paisanos”, cuenta el hoy mayor de la reserva.

Mora y Ortiz no solo compartieron tiempo en la escuela; en una de las salidas a permiso se dieron cuenta que también eran vecinos en San Juan de Pasto, así que, durante las temporadas de vacaciones no perdían contacto; al contrario, comenzaron a frecuentar los mismos amigos, las mismas actividades e incluso llegaron a conocer cada uno a la familia del otro. Con el paso del tiempo, los cadetes Álvaro Navarro Dulce y Carlos Mora Acosta harían parte de la pequeña hermandad.

La vida en la escuela no es para nada fácil y muchos, incluso a los pocos días de haber ingresado, sucumben ante el cansancio, la dureza del entrenamiento o simplemente la lejanía del hogar. William estuvo a punto de ser uno de ellos, recuerda Enrique Ortiz. Al regresar de las primeras vacaciones, pasada la Semana Santa de 1985, el cadete Mora tenía el firme propósito de dejar la escuela. En ese momento en el que Mora no dejaba de ser presa de la incertidumbre, sería Ortiz quien lo haría caer en cuenta de que sus grandes cualidades le forjarían un camino prometedor en la milicia y lo llenó de alientos para continuar su formación como oficial. A su vez, Mora también se convertiría en un gran apoyo para el cadete Ortiz cuando los días en la escuela parecían interminables.

Pasado aquel diciembre de 1987, con la energía y motivación que caracteriza a los nuevos subtenientes, cada uno tomó su rumbo. Mora Guevara fue asignado al Batallón de Infantería Mecanizado N.º 5 General José María Córdova, con sede en Santa Marta; allí se desempeñó como comandante de pelotón y, gracias a su disciplina y habilidades, fue enviado a hacer el Curso de Paracaidismo en la Escuela de Lanceros.



Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

Pasados dos años en esta unidad, Mora había adquirido mayores habilidades que, unidas a la rigurosidad que lo caracterizaba, lo convirtieron en un excelente candidato para hacer parte del Batallón de Infantería N.º 19 General Joaquín París, en San José del Guaviare; una de las zonas del país donde, por décadas, el conflicto armado ha tenido mayor presencia y ha dejado grandes afectaciones. Esta unidad había sido creada recientemente, dada la creciente presencia de cultivos de uso ilícito y la llegada del Frente 1 de las FARC a la región (Tercera División, 2021).

Para el mes de septiembre de 1990, Mora, siendo aún subteniente, completaba nueve meses enfrentando a los actores armados de la zona con excelentes resultados. No obstante, el domingo 23, el destino había señalado un camino diferente para el oficial que apenas contaba con 25 años. Ese día, William Oswaldo salió de la unidad hacia una tienda de abarrotes, ubicada en el casco urbano del municipio. A los pocos minutos de haber llegado al sitio, la tranquilidad del lugar fue interrumpida por desconocidos que, sin mediar palabra lo atacaron y le causaron la muerte.

Este hecho, indudablemente, causó un profundo dolor en su familia que, en medio de la rabia y frustración, recibieron su cuerpo para sepultarlo en su Pasto natal. Sus asesinos no solo truncaron el sueño del subteniente Mora, sino que, siendo padre soltero, le negaron la oportunidad de ver crecer a su hijo.

Por su parte, Enrique Ortiz, su *lanza*, no se enteraría, sino hasta mucho tiempo después, de la muerte de su gran amigo de escuela, con quien compartió grandes momentos de risas, esfuerzos, lágrimas y aprendizajes mientras se convertían en oficiales del Ejército Nacional: “el universo es bien complejo”, dice con nostalgia Enrique; “de los cuatro compañeros que brindamos esa noche, ya dos no nos acompañan”.

Sin embargo, la certeza de que William Oswaldo Mora Guevara cumplió con méritos su propósito de ser militar aún permanece en la mente de sus *lanzas* y de sus hermanos, quienes mantienen vivo el recuerdo de ese joven amable y alegre que desde pequeño soñaba con servir.



VIII- FARC: Plan toma del poder

Luego de los planteamientos estratégicos de la Séptima Conferencia en 1982, se desarrollaron varias reuniones de coordinación, una de las cuales fue el Pleno de Estado Mayor, del 10 al 17 de mayo de 1989. De este se desprenden:

- Toma del poder en ocho años
- Bloque oriental establece tres fases: una social, una territorial y una para conseguir recursos
- Mono Jojoy y Bloque Oriental consolidan el plan estratégico -Primera fase, entre 1990 y 1992, buscaba crear 60 cuadrillas con 18.000 hombres y recaudar 56 millones de dólares.
- Segunda fase, entre 1992 y 1994, la guerrilla planteo tener 80 cuadrillas con 32.000 hombres y recaudar 200 millones de dólares.
- Tercera fase, entre 1994 y 1996, concentración de sus acciones en la cordillera oriental, definiendo el Centro de Despliegue Estratégico, con centro de gravedad el bloqueo, asedio y toma de Bogotá; que contaría con 16.000 de los 32.000 hombres.

En desarrollo de la primera fase, entre 1990 y 1992, los golpes de la guerrilla contra el Ejército y la infraestructura energética y vial del país no se hicieron esperar. La Unidad de Justicia y Paz, área Subversión, de la Fiscalía General de la Nación, afirma que, una vez se planearon las diferentes fases de desarrollo estratégico de las FARC y dando cumplimiento a las decisiones tomadas en los plenos de las estructuras recién formadas, a la cabeza de Elí Mendoza alias Martín Sombra, llegaron a producirse crímenes como homicidios, secuestros, desplazamientos, entre otros, que llegaron a involucrar en estos años a más de 2000 víctimas.

Igualmente, según investigaciones de la propia Fiscalía, la guerrilla tenía diseñado un plan alternativo al que llamaron “una segunda ofensiva” que, básicamente, activaría las organizaciones sociales de la población civil para que “sean éstas las que se levanten y asuman la insurrección general y posterior toma del poder” (Fiscalía General de la Nación, 1992).

Dentro de esta estrategia, se ubicaron las estructuras guerrilleras físicamente, en relación geográfica, de acuerdo con la ubicación y el dispositivo de las divisiones, brigadas y bata-

llones del Ejército, de manera que lo planeado era “desplazarlos, desgastarlos y desmoralizarlos” (Fiscalía General de la Nación, 1992).

El momento más álgido de todo este andamiaje subversivo consistía en que cuando diera fruto cada fase de “asalto, asedio y copamiento”; era la población civil adoctrinada y movilizada para sus propósitos, la que iba a actuar simultáneamente, logrando la parálisis de la economía del país, momento en el cual se lanzaría la ofensiva final por la toma del poder sobre el Centro de Despliegue Estratégico, que era la capital de la nación.

En estas directrices guerrilleras, se cumple con los lineamientos contenidos en sus estatutos en lo que se refiere a “la combinación de todas las formas de lucha por el poder para el pueblo”. (CNMH, 2014, p.72).

Manuel María Restrepo Barros (17-03-1991)



Fuente: *Fotografía extraída de la hoja de vida del oficial¹⁷.*

*“Yo de allá vengo con todos los honores
o en una pijama de madera”.*

Es un día tranquilo en Maicao, un pequeño y caluroso municipio de la Guajira. Manuel María Restrepo Barros, un joven de 16 años, de imponente estatura y piel bronceada, está haciendo la fila para ingresar al distrito militar, decidido a incorporarse para prestar el servicio militar obligatorio. Transcurridas unas horas, su mamá, doña Lidya, llega al batallón y a punta de regaños lo saca del lugar.

En los días siguientes, la misma escena se repite en dos oportunidades más. Sus papás se niegan rotundamente a que Manuel María haga parte del Ejército; sin embargo, nada podrá contra la voluntad inflexible del hombre; así que, al repetirse la misma escena por cuarta vez, su mamá decide dejar de luchar contra la corriente y permitir que sea la experiencia la que le enseñe a Manuel María que ese no es su lugar.

Finalizados los meses de servicio, el resultado fue totalmente contrario al esperado; Manuel María les anunció a sus padres que se convertiría en oficial del Ejército Nacional. Así que empacó sus maletas y dejó el hogar que también compartía con sus siete hermanos y se fue para Bogotá, a continuar con la aventura que había iniciado siendo soldado.

17 Te. Manuel María Restrepo Barros en sus años de subteniente.

Los trotes de la Escuela Militar no representaron un mayor esfuerzo para él, ya conocía la milicia y se adaptó con naturalidad a la vida austera y exigente. Casi de inmediato a su llegada, se ganó el respeto de sus compañeros, inicialmente por su estatura, luego por su carácter firme y posteriormente por su forma de ser, alegre y jocosa. Su acento costeño no pasaba desapercibido en ningún escenario del alma mater.

Dadas sus habilidades físicas y su corpulencia, entró a hacer parte de la compañía de deportistas de la ESMIC, en la que destacaba por sus dotes como atleta; participó en los juegos Intercompañías y en otras competencias deportivas. Además, se caracterizaba por ser aguerrido y valiente; dos cualidades que lo motivaron a convertirse en oficial de Infantería, el arma que representa al hombre que lucha cuerpo a cuerpo contra sus adversarios.

Su primer destino, luego de egresar de la Escuela Militar, fue el Batallón de Infantería N.º 36 Cazadores, en San Vicente del Caguán. El subteniente Restrepo Barros llegó a ejercer por primera vez sus funciones de oficial en el corazón de la guerra con las FARC. Poco más de seis meses antes de su llegada, los Frentes 14 y 15 de esta guerrilla habían atacado a un grupo de uniformados del Cazadores, en inmediaciones de la quebrada Riecito, causando la muerte de 27 militares, pese a existir en ese entonces una tregua entre el grupo guerrillero y el Gobierno nacional, derivada de los acuerdos de La Uribe.

En este escenario, Restrepo Barros inició con la instrucción de sus soldados y afianzó su propia formación para crear mejores estrategias que le permitieran ir un paso delante de sus despiadados oponentes. Quería incluso ser el hombre que capturara a Pedro Antonio Marín alias Tirofijo, cofundador de las FARC.

Luego de sortear junto a sus hombres por dos años y medio las balas enemigas, fue enviado a realizar el curso de paracaidismo y unos meses antes de su ascenso al grado de teniente, llegó al Batallón de Contraguerrillas N.º 6 Pijaos, adscrito a la Brigada Móvil N.º 1 que, por esa época, llevaba a cabo operaciones de gran magnitud para diezmar las acciones de los grupos armados organizados en regiones como el Magdalena Medio y posteriormente en los llanos orientales.

Para el mes de marzo de 1991, el teniente Restrepo Barros recibió la misión de llevar a cabo una operación en el extenso y gélido terreno del páramo de Sumapaz, que se había convertido en una zona estratégica para las FARC, debido a que facilitaba la movilidad desde la cordillera oriental hacia otras regiones del país y especialmente hacia Bogotá, la joya de la corona en su plan para la toma del poder.

El municipio de Fusagasugá, a una hora de la capital del país, era una de las entradas hacia el páramo. Las tropas, a cargo del teniente Restrepo, comenzaron a movilizarse por allí para llegar al área de operaciones. Paulatinamente, el clima templado de Fusagasugá dio paso a las agrestes temperaturas que caracterizan al Sumapaz, sobre todo, en las noches cuando el termómetro alcanzaba varios grados bajo cero.



Manuel María en el grado de teniente, portando su uniforme tipo americano

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

El domingo 17, Manuel María y sus tropas se movían sigilosamente entre los frailejones y la niebla helada cuando fueron emboscados por un grupo de guerrilleros. Los hombres, inmediatamente, tomaron sus posiciones para repeler el ataque. En seguida el radioperador pidió apoyo al batallón, mientras continuaban enfrentando las inclementes ráfagas de los subversivos.

En medio del fragor del combate, el teniente Restrepo continuaba guiando a sus hombres para que resistieran el ataque; entre tanto, uno de los guerrilleros ubicó a Manuel María y le propinó un disparo certero por la espalda que le causó la muerte en el acto. No pudieron hacer nada para salvarlo. Manuel María fue el único que murió en la emboscada; un soldado resultó herido.

Su hermano, Flavio Restrepo, recuerda que, dos o tres meses antes de su muerte, luego de que su abuela le propusiera que se saliera de la institución y que ella le daría 10 millones de pesos para que montara un negocio, tras una fingida aceptación del trato, su respuesta, en un contundente acento costeño fue: “¡yo qué me voy a salir de allá! yo llego con todos los honores o en pijama de madera”. “Desafortunadamente le tocó venir en pijama de madera, pero así era el amor que él tenía por la institución”, relata Flavio.

Pocos días después de lo ocurrido, el cuerpo de Manuel María llegó a Maicao para ser sepultado, sus exequias fueron un acontecimiento que hoy en día su familia aún recuerda, no solo por el intenso dolor de la pérdida que incluso le produjo un infarto a su padre, don Flavio, sino por el multitudinario recibimiento que los habitantes dieron al féretro de un héroe de apenas 25 años que había dado su vida por defender a su país: “todo el pueblo estuvo ahí, las calles estaban llenas, no cabía ni un alma”, cuenta su hermano Flavio cuando recuerda aquel día.

Posteriormente, el padre del teniente Restrepo Barros fue a la unidad a la que pertenecía su hijo. Allí pudo evidenciar de primera mano la calidad de militar y de ser humano que lo había caracterizado durante su tiempo en el Ejército; los testimonios de los soldados quedaron grabados en la memoria de la familia de una manera particular. Uno de los hombres que estuvo bajo el mando de Restrepo le dijo a don Flavio que había muerto como un héroe porque “de no haber sido por él y sus instrucciones, todos habrían muerto”.

Otro de sus hombres contó a su familia que Manuel María, en algunas ocasiones, pagaba las llamadas a los soldados para que ellos pudieran comunicarse con sus familias cuando no tenían dinero. Por su parte, el soldado que resultó herido durante el ataque no pudo contener las lágrimas al ver al padre del teniente Restrepo, debido a la gran similitud de sus rasgos físicos.

El comandante del batallón también se sumó a los testimonios de sus subalternos; destacó que el teniente Restrepo Barrios era un oficial ejemplar que, sin importar la misión que se

le encomendara, siempre la cumplía. Su espíritu y su temple fueron una inspiración para todos los hombres que siguieron sus pasos.

Su compañero centenario, el coronel Javier Parada, lo recuerda con estas palabras: “de la Guajira son muy pocos los militares, pero aquellos que son, tienen un nivel de entrega muy grande, son excelentes; Manuel era ejemplo de ello, era muy guerrero, combativo y daba todo por sus soldados”.



Carlos Alberto Pinzón Nieto (31-03-1991)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC¹⁸.

“Hoy me voy a llenar de gloria”.

Había caído la noche del 31 de marzo de 1991 sobre las extensas llanuras del municipio de Granada, Meta, sede del Batallón de Infantería Aerotransportado N.º 21 Batalla Pantano de Vargas. En el casino de oficiales, un grupo de uniformados disputa una partida de dominó, ambientada por una amena conversación para liberar las tensiones de la jornada.

Por la puerta del recinto ingresa un teniente, con su uniforme reluciente, como si fueran las seis de la mañana. El teniente Carlos Rueda lo observa y se percató de que es su *curso*, el teniente Carlos Alberto Pinzón Nieto. Rueda lo saluda y Pinzón se une brevemente a la charla de los oficiales que lo invitan a hacer parte del juego; Carlos Alberto Rechaza la invitación, confiesa que lo que desea en ese momento es un trago corto para apaciguar los nervios.

Ver a Pinzón uniformado, pues al ser jefe de inteligencia siempre estaba vestido de civil, sumado a su inusual actitud, despiertan la curiosidad del teniente Rueda y de sus acompañantes, quienes deciden indagar un poco más al respecto e incluso le sugieren que deje las operaciones en terreno para las unidades expertas. Ante esas palabras, el teniente pinzón les cuenta que va a participar en una misión única, que ya está todo preparado y agrega: “por eso les digo que ¡esta noche me voy a llenar de gloria!”. Ante estas palabras, su compañero Carlos responde a manera de advertencia: “Tenga cuidado, no vaya a ser que nos toque llenarlo de tierra”.

18 Te. Carlos Alberto Pinzón Nieto en sus años de cadete.

Los tocayos Carlos Pinzón y Carlos Rueda se habían conocido desde su segundo año de escuela. No solo compartían lugar en la compañía Nariño, de la que los dos hacían parte; sino también su ímpetu y su baja estatura. Con el tiempo, se convirtieron en grandes amigos, a pesar de haber tenido alguna vez un altercado que, como describe el hoy coronel de la reserva, los llevó a “irse a las manos”.

Durante los tres años de formación, también conoció a Jaime Humberto Pinzón Amézquita. Lo que inevitablemente recuerda del cadete Pinzón es su carácter jocosos y las bromas pesadas que solía hacer y de las que, particularmente otro de sus compañeros, Ortiz Pachón, solía ser víctima.

Los tocayos de apellido, que estaban juntos en casi todas las actividades de la escuela, se convirtieron en *lanzas*; incluso Carlos Alberto pasó a ser el hijo adoptivo de la familia Pinzón Amézquita, pues, al ser de Bucaramanga, solo viajaba a la casa de sus padres, don Jorge Eliécer y doña Elvira, en las temporadas largas de vacaciones; en los demás días de permiso, la familia de Jaime Humberto se convertía en la suya: “era prácticamente un hermano para mí”, afirma Pinzón sin titubeos.

A pesar de su forma de ser bromista y descomplicada, Pinzón Nieto era un oficial ejemplar. En sus primeros dos años como subteniente, en el Batallón de Infantería N.º 15 Francisco de Paula Santander, ubicado en zona rural de Ocaña, Norte de Santander, recibió constantes felicitaciones, por su dedicación al trabajo, colaboración y desempeño. Se esmeraba por que sus soldados sobresalieran por ser los mejores y amaran su uniforme como su segunda piel.

Para su tercer año como subteniente, fue trasladado al Batallón de Infantería Aerotransportado N.º 21 Batalla Pantano de Vargas, en el Meta; una unidad con jurisdicción sobre uno de los territorios más complejos y peligrosos en materia de orden público. Luego de su ascenso al grado de teniente, ese siguió siendo su campo de operaciones, pero ahora como S2¹⁹; es decir, era el encargado de procesar la información de inteligencia que daba cuenta de las amenazas presentes en la zona.

Las dinámicas del conflicto en esa región representaban todo un desafío para los miembros del Ejército Nacional pues, como consecuencia de la incursión de la Fuerza Pública en Casa Verde, las FARC adelantaban una implacable ofensiva en contra de las tropas. Los combates entre la guerrilla y los uniformados ocurrían a diario. Ante este panorama, a inicios de 1991, la Brigada Móvil N.º 1, una unidad de élite que hoy en día podría compararse con la Fuerza de

19 Jefe de inteligencia de la unidad.

Despliegue Rápido, “fue enviada a los Llanos Orientales para chocar con dos mil guerrilleros que actúan en Meta, Guaviare y Casanare, luego de mostrar su eficacia al enfrentar al EPL en Córdoba y a las FARC en el Magdalena Medio santandereano” (El Tiempo, 1991, P.9).

Particularmente en el Meta, tenía la misión de darle continuidad a la ofensiva institucional denominada Operación Colombia, cuyo objetivo era contrarrestar las acciones del Estado Mayor Conjunto del Bloque Oriental de las FARC en los municipios de La Uribe, Lejanías y Mesetas en el departamento del Meta.

El teniente Carlos Rueda, en ese entonces, hacía parte de esa unidad y con su llegada al Meta, se reencontró con su *curso*, el teniente Pinzón. Pasarían varias semanas entre su primer encuentro hasta aquella noche del 31 de marzo. El teniente Carlos Alberto Pinzón se despidió de sus compañeros, que le desearon suerte en su misión y abandonó el casino de oficiales para partir rumbo a la operación. El objetivo se encontraba en una vereda a pocos kilómetros del batallón; Pinzón preparó a sus hombres y partió hacia el lugar.

No habían pasado más de dos horas luego de que el teniente iniciara su misión cuando llegó al batallón la información sobre el fuerte combate que estaba enfrentando la unidad bajo su mando. Todos los que compartían en el casino, incluido el teniente Rueda, corrieron a buscar apoyo para ir a defender a Pinzón y a sus hombres. Carlos Arturo salió en la ambulancia que recogería a los dos heridos; uno de ellos era el teniente Pinzón.

A pocos metros del lugar donde se había llevado a cabo la operación, un soldado les informó que los heridos habían sido trasladados hacia el hospital de Granada; apresuradamente, la ambulancia cambió su rumbo y a toda velocidad se dirigió hacia el sitio. Una vez llegaron, el teniente Rueda bajó rápidamente de la ambulancia para emprender la búsqueda de su compañero entre los pasillos blancos. Finalmente, logró encontrarlo sobre una camilla, ya sin signos de vida; el soldado que había resultado herido estaba en gran peligro de muerte y había tenido que ser intervenido de urgencia. Carlos Rueda recordó las últimas palabras que le había dicho a su *curso* sin asimilar aun lo que estaba ocurriendo.

¿Qué había pasado? era la pregunta que rondaba en la cabeza de quienes habían visto a Pinzón Nieto hacía tan solo un par de horas, ansioso y lleno de orgullo. La operación militar, comandada por el teniente Pinzón, estaba dirigida a contener una cuadrilla de las FARC que recientemente había realizado un secuestro. Al llegar al sitio señalado, Carlos Alberto ubicó a sus hombres y en seguida lanzó la proclama: - “¡Somos tropas del Ejército Nacional, están rodeados, entréguese!”-. La respuesta a esta advertencia fue una lluvia de disparos que cayó

desde el cielo raso de la casa donde se encontraban los subversivos.

Varias de las balas se alojaron en el cuerpo del teniente y otras hirieron a uno de sus soldados. A pesar de que la sangre empezó a correr profusamente por una de las piernas de Pinzón, él no dejó de repeler el ataque para proteger a sus hombres. Finalmente, sería una herida letal la que le provocaría una hemorragia incontenible que lo llevaría a la muerte.

El diario El Tiempo registró de esta manera los hechos:

El teniente Carlos Alberto Pinzón Nieto murió en la clínica de Villavicencio, a donde fue llevado con heridas en el tórax y en la pierna izquierda. El ataque, al parecer fue perpetrado por miembros del séptimo frente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), resultó herido de alguna consideración un soldado cuya identidad no fue suministrada por las autoridades militares. El hecho se registró en el sitio Mata de Guadua, en la inspección de Canaguaro, jurisdicción de Granada, donde los militares realizaban labores de inteligencia. El oficial muerto se desempeñaba como jefe de inteligencia del Batallón Aerotransportado número 21 Pantano de Vargas, en Granada, informó el comando de la Séptima Brigada. (El Tiempo, 1991-a, P.10)

Al día siguiente, el teniente Rueda se encargó de que Pinzón Nieto recibiera las honras fúnebres de un héroe de Colombia antes de que su cuerpo fuera trasladado a Bucaramanga, donde su familia lo esperaba para darle una última despedida. En la capilla de la unidad, pasó algunas horas, custodiado por cuatro soldados de la Brigada Móvil N.º 1, quienes tendieron sobre su féretro la bandera de Colombia que simboliza a todos los hombres y mujeres que un día, en el imponente campo de paradas de la Escuela Militar juró defender.

Han pasado más de tres décadas desde ese día y las últimas palabras pronunciadas por el teniente Carlos Alberto Pinzón a su compañero, Carlos Rueda, aún remueven las fibras de su memoria y de su corazón de soldado. Dice que la gloria es algo subjetivo: “para aquellos que son religiosos, puede ser estar cerca de Dios; para aquellos que no lo son y desempeñan su profesión militar, la gloria puede ser el heroísmo”, en cualquier caso, Carlos Alberto cumplió esta máxima a cabalidad.



IX- Diálogos de Cravo Norte y Tlaxcala

Dos meses antes de promulgada la Constitución Política de 1991, se reiniciaron los diálogos de paz, en Cravo Norte, Arauca, con la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB), el 15 de mayo de 1991, esta vez, con la unidad de los grupos guerrilleros FARC, ELN, y EPL. El gobierno de César Gaviria nombró negociadores a Álvaro Leyva y a Horacio Serpa, mientras que, por la CGSB, figuraban alias Alfonso Cano, alias Iván Márquez y alias Pablo Catatumbo; por el ELN, alias Antonio García, quienes iniciaron conversaciones en Caracas, el 3 de junio de 1991, un mes antes de la nueva Constitución colombiana. En razón al golpe de Estado en Venezuela en febrero de 1992, los diálogos se trasladaron a Tlaxcala, México.

En esos momentos, se da un hecho que marca la historia de las negociaciones de paz con las FARC, como parte de la CGSB. Se elabora un documento con 12 puntos principales centrado especialmente en temas socioeconómicos, función social del Estado, manejo de recursos naturales y energéticos; y por supuesto, temas asociados al desarrollo del conflicto armado como, defensa de derechos humanos, lucha contra la impunidad, el fenómeno del paramilitarismo, tenencia de la tierra, desmilitarizar la política, cambiar la doctrina militar y reparar a los afectados por la violencia. En el punto más importante de los diálogos en Tlaxcala, se declaran fallidas las negociaciones de paz; principalmente por los acuerdos incumplidos del cese al fuego en 1984, y luego en la prolongación de la tregua en 1986, ya que, en ambas ocasiones, las FARC resultaron fortalecidas y sin renuncia a sus objetivos de la toma del poder.

En estas “Doce propuestas para construir una estrategia de paz”, traídas a este contexto, se vislumbra la visión de la CGSB para la toma del poder, que evidentemente no se refería a la victoria solamente en lo militar, sino cobija la proyección en todas las actividades que se derivan y tienen que ver con el poder nacional, las instituciones y un nuevo orden en el que las guerrillas, en la mesa de negociación, dejaron absolutamente claro que su objetivo era el cogobierno, inicialmente, para luego lograr el gobierno del pueblo.

Estas negociaciones no duraron más de un año, pues el EPL, parte de la CGSB, secuestró al exministro Argelino Durán Quintero, quien falleció en cautiverio el 4 de mayo de 1992, razón gravísima y suficiente para la ruptura de las conversaciones.

Con más estructuración en lo ideológico, en lo delincuencial, en el manejo de población

civil y con fuentes de financiación provenientes de las acciones delictivas realizadas por la guerrilla especialmente del narcotráfico que ya dominaba sus acciones ilegales, en este lapso, cayeron en combate a causa de las balas asesinas, otros dos valientes oficiales pertenecientes al Curso Centenario del Himno Nacional.

Alex Iván Zornosa Carranza (01-02-1992)



Fuente: Fotografía extraída de la hoja de vida del oficial²⁰.

*“Amó a su Ejército; yo creo que lo tenía
en la sangre desde que nació”.*

Como de costumbre, es un día caluroso y húmedo en Barrancabermeja. A lo lejos se escucha el tenue canto de los grillos, mientras que el teniente Zornosa se abotona una camisa, organiza su pantalón y se calza unos zapatos. En habitaciones contiguas, dos suboficiales se alistan también para apoyar al teniente en una misión de carácter reservado que permitirá dar un golpe estratégico.

Si bien, Alex Iván había elegido al final de su segundo año en la Escuela Militar ser artillero, sus habilidades, junto con otros azares del destino lo llevaron a formarse para cumplir labores de inteligencia, un elemento de tal importancia y responsabilidad en el quehacer militar que puede garantizar o llevar al fracaso una operación.

Aunque esta es una labor que implica un riesgo constante, que pone en juego la vida en situaciones altamente adversas, el profundo amor que Álex Iván sentía por su uniforme y por su patria se habían arraigado en él de tal manera que cada misión era un desafío que estaba dispuesto a cumplir.

Desde que era muy pequeño había querido ser militar. Su hermana Martha recuerda que a los 13 años ya soñaba con el día en el que pudiera ponerse el uniforme y llegar a los lugares

20 Ct. Alex Iván Zornosa Carranza en sus años de cadete.

más recónditos de Colombia para ayudar a quienes lo necesitaran; “yo creo que lo tenía en la sangre desde que nació”, afirma con total certeza; por eso para él, las dificultades de la vida castrense pasaban desapercibidas frente a lo que significaba ponerse las botas y vestir el uniforme de tigrillo, como se le conocía en la época.



Alex Iván formando durante un día de visitas de familiares en la ESMIC.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

A pesar de que en muchas ocasiones sus padres le propusieron que se inscribiera en la universidad y que posteriormente hiciera el curso de profesional oficial de la reserva, Álex estaba absolutamente convencido que no había otro camino para él más que la milicia.

Pese a haber transcurrido varias décadas, Martha aún tiene fresca en su memoria, como una fotografía, la imagen de su hermano cuando lo visitaron por primera vez después de haber ingresado a la Escuela Militar: aunque era blanco, tenía la piel aún más pálida; la nariz y las orejas peladas por el frío; ese era el retrato común de los reclutas.

Tenía apenas 16 años cuando hizo sus maletas, compró su equipo y cruzó el imponente arco con vista al campo de paradas de la ESMIC. Atrás habían quedado los días del niño

consentido del hogar, pues era el menor de tres hermanos; ahora la vida le había dado la oportunidad de cumplir su sueño, uno que estaría lleno de experiencias agridulces, pero que, al final, lo llenarían de orgullo y satisfacción.

Popularmente se dice que la palabra convence; pero el ejemplo arrastra, y tal sería la pasión y la convicción con la que Álex Iván llevaba su vida de cadete que su hermano mayor, Mauricio, decidió dejar sus estudios de Ingeniería en la universidad e ingresó a la escuela militar. Ambos hermanos se encontrarían en el alma mater para compartir el orgullo de ser soldados de su patria.

No obstante, las dinámicas propias de la vida en la milicia separarían a los Zornosa; en enero de 1988 el ahora Subteniente iría a su primera unidad, el Batallón de Artillería N.º 3 Batalla de Palacé, en el municipio de Buga, Valle del Cauca; mientras que Mauricio, aún alférez, debía completar un año más de formación.

Desde su llegada al Palacé, Álex Iván comenzó a demostrar de qué estaba hecho; así que, apenas transcurridos tres meses de su presentación en la unidad, comenzó a recibir felicitaciones por su excelente espíritu de cuerpo y su desempeño como instructor, pues no escatimaba esfuerzos para hacer que sus soldados fueran los mejores, incluso en los pequeños detalles.

Sería en diciembre de 1988, cuando Álex Iván cumplía apenas un año de subteniente, que su carrera de oficial cambiaría su rumbo. Sus superiores habían visto en él cualidades excepcionales para llevar a cabo misiones sensibles y estratégicas con las que la Fuerza podía ganar ventaja sobre un enemigo que, para la época, continuaba creciendo y causando graves afectaciones en zonas rurales y urbanas de todo el país.

Por ello, fue enviado a realizar el curso básico de inteligencia con resultados tan contundentes que motivaron su traslado al Batallón de Contrainteligencia N.º 1 y, después de su ascenso a teniente, realizó el curso de contrainteligencia.



Alex Iván y sus compañeros en sus momentos de descanso entre clases.

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

Zornosa era consciente de que una operación de inteligencia puede equipararse a una cirugía de alto riesgo: cada palabra, cada decisión, cada acción, debe realizarse con extremada precisión; un movimiento en falso puede convertirse en un encuentro directo con la muerte; por eso vivía cada día dando lo mejor de sí para lograr grandes resultados, sin dejar de salvaguardar la integridad de sus hombres y la propia.

Era sábado, 1 de febrero de 1992, mientras que la mayoría de la gente en Barrancabermeja se preparaba para disfrutar el fin de semana, el teniente Zornosa terminó de alistarse, salió de su habitación y se encontró con los dos suboficiales, también vestidos de civil, que lo acompañarían. Tenían claro el objetivo: hacer un reconocimiento de la zona en la que buscaban capturar a un cabecilla del ELN que comandaba en la región. Salieron a la avenida, tomaron un bus de transporte público; cada uno se sentó en una parte diferente del vehículo para no generar sospechas.



Alex Iván y sus compañeros en sus momentos de descanso entre clases.

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

Habían avanzado una parte del trayecto cuando repentinamente el bus fue detenido por tres hombres armados. Un ambiente de zozobra se creó inmediatamente al interior del vehículo; algunos pasajeros murmuraban; otros, simplemente se quedaron paralizados. El teniente Zornosa y los suboficiales estaban entrenados para una situación como esta, así que su actitud no levantaría sospechas.

Los sujetos subieron al bus; mientras que gritaban, observaban de lado a lado para identificar a todos los ocupantes. La algarabía generada por las amenazas pareció cortarse cuando uno de ellos pronunció con un grito seco el apellido “¡Zornosa!” y el de los dos suboficiales que lo acompañaban. Los militares, para salvaguardar la vida de los pasajeros del vehículo, no tuvieron más opción que bajarse junto con los hombres que los habían llamado.

El bus continuó su marcha con rumbo contrario al lugar solitario al que bruscamente eran conducidos los tres militares. Los sujetos les ordenaron acostarse boca abajo. El primero en ser asesinado en estado de indefensión fue el teniente Zornosa. Inmediatamente, los dos suboficiales, con movimientos sagaces intentaron correr para salvar sus vidas; sin embargo, uno de ellos fue alcanzado por los hombres armados y también fue asesinado. El otro

uniformado logró escapar y fue quien posteriormente narró lo sucedido a los familiares de Álex Iván.

Sin duda, este fue el momento más difícil en la vida de la familia Zornosa Carranza, no solo por la pérdida de Álex Iván, quien tenía apenas 23 años cuando murió, sino porque al poco tiempo de su asesinato, comenzaron a recibir amenazas de muerte. “Las amenazas duraron año y medio; yo estaba embarazada y no podía salir sola. Amenazaron a mi hermano Mauricio y, a pesar que no quería, tuvo que retirarse del Ejército porque lo iban a matar”. Por otra parte, sus padres, ante la angustia que provocaba la difícil situación, decían: “ya fue suficiente con un héroe que le dimos a Colombia, otro nos mata”, recuerda Martha. Con el paso del tiempo, las amenazas se fueron diluyendo y la familia pudo enfrentarse a la ausencia de Álex Iván que, a pesar del paso de los años, aún se siente.

En el Ejército, la labor que con valentía realizó el teniente Zornosa Carranza no pasó desapercibida y, para honrar su memoria, fue ascendido póstumamente al grado de capitán. “Él llevaba la milicia en la sangre, eso es indudable. Él amaba a su Escuela Militar, a sus compañeros, era único”, recuerda su hermana con nostalgia, pero con la firme convicción que a diario le recuerda que Álex, el menor de la casa, murió haciendo lo que amaba: estar al servicio de todo un país hasta el final de sus días.



Rafael Gonzalo Leguizamón Bernal (20-10-1992)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC²¹.

*“Llevaba su infantería en la sangre,
era una persona jocosa, llena de vida”.*

Un boyacense con alma llanera. Ese era en resumidas cuentas Rafael Gonzalo Leguizamón Bernal. Sus padres, don Rafael y doña Celia aún no se explican cómo el segundo de sus cuatro hijos tenía un gusto tan particular por el arpa, las maracas y las trovas; parecía un juglar llanero, declamando poesías con las que conquistaba a las muchachitas de su pueblo. Sus particulares gustos musicales iban de la mano con su amor por el dibujo; pensó incluso convertirse en arquitecto cuando fuera mayor.

Sin embargo, en algún punto, los uniformes se cruzaron por su camino y ya no podría elegir otra cosa que no fuera portarlos por el resto de su vida. Rafael conoció el Ejército cuando ingresó a la Escuela Militar para cursar sus dos últimos años de bachillerato y, con el paso de los días, se dio cuenta de que estaba hecho para servir con las botas puestas. Así que, al terminar sus estudios, su hermana mayor, Gloria, que trabajaba como contadora en el Hospital Militar y uno de sus tíos se convirtieron en sus cómplices para que pudiera cumplir su deseo de ser oficial.

Rafael era el orgullo de su familia, cada paso que daba en su carrera era también un logro para todos en su casa. Recuerdan de forma particular el viaje que hizo de alférez a Estados

21 Te. Rafael Gonzalo Leguizamón Bernal en sus años de cadete.

Unidos para realizar uno de sus últimos cursos de formación, junto con su *lanza* de escuela, Edwin Franco Toloza, con quien también compartía su origen boyacense y, por ende, se sentían como hermanos, apoyándose el uno al otro en medio de las rutinas arduas y las actividades cada vez más desafiantes de la escuela.

Una vez se llegó el momento de partir de la ESMIC para poner a prueba todo aquello que habían aprendido y para luchar por todo lo que amaban, los grandes amigos se separaron. El subteniente Leguizamón llegó al Batallón de Infantería N.º 41 General Rafael Reyes en Cimitarra, Santander; era el más joven entre los recién llegados. El hoy teniente de la reserva, William Ruiz Moreno, recuerda que, a los pocos días de haber pisado tierra santandereana, para medir su talante, les hicieron una prueba física a los neófitos, entre los que se destacó Leguizamón porque era un deportista de primera.

Para Rafael no fue difícil adaptarse a la vida en su nueva unidad, su forma de ser, alegre y espontánea le hizo ganarse la estima de sus compañeros y el respeto de sus soldados en la compañía de instrucción: “Era muy entregado a los soldados, hablaba todo el tiempo con ellos y estaba muy pendiente de ellos”, recuerda el teniente Moreno.

Tras su paso de dos años y medio por el Rafael Reyes, el teniente Leguizamón fue enviado al Batallón de Infantería N.º 9 Batalla de Boyacá, en el departamento de Nariño, a los pies del Volcán Galeras, donde permaneció durante 17 meses y, posteriormente, a finales de 1991, llegó al Batallón de Infantería N.º 26 Cacique Pigoanza, ubicado en zona rural del municipio de Garzón, en el Huila, un departamento históricamente golpeado por los actos violentos cometidos por las FARC, el grupo armado con mayor presencia en la zona.

Para octubre de 1992, el teniente Leguizamón Bernal estaba al mando de la compañía Cóndor. El 20 de octubre fue enviado con sus soldados a zona rural del municipio de Gigante, Huila, con la misión de hacer un registro para confirmar o descartar la presencia de integrantes de las FARC. Mientras se abrían paso entre la espesa vegetación, mimetizados por su camuflado, el tronar de las balas interrumpió su avance. Un grupo de integrantes de la segunda cuadrilla inició un hostigamiento contra la tropa; los soldados, con Leguizamón a la cabeza, tomaron posiciones para enfrentar el ataque; pero en medio de la lluvia de disparos, Rafael Gonzalo fue alcanzado por los proyectiles.

A pesar de los esfuerzos propios y de sus hombres por mantenerlo con vida, la gravedad de sus heridas le hicieron perder la batalla contra la muerte. Indudablemente este hecho marcó

profundamente a la familia Leguizamón Bernal, que nunca dejará de recordar a su único integrante que portó el uniforme cada día con un orgullo inigualable: “era muy especial, siempre estaba pendiente de nosotros”, dice la señora Celia; mientras que su padre, don Rafael complementa: “era muy buena persona, lo apreciaban mucho a donde sea que llegara”.

Rafael, al igual que los demás integrantes del Curso Centenario del Himno Nacional, son una evidencia del gran sacrificio que está dispuesto a hacer un soldado por su país; no solo en su vida cotidiana, dejando a su familia para cumplir con su deber, sino hasta el extremo de entregar su vida, en defensa de los colombianos.



X - Octava Conferencia Nacional Guerrillera

Con la experiencia de unidad que las FARC logró al hacer parte de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, enfrentando como lo hizo al gobierno de César Gaviria, se organizó la Octava Conferencia nacional guerrillera entre el 11 y el 18 de abril de 1993, la cual estuvo antecedida por el Pleno de 1989. En esta, se creó la Campaña Bolivariana por una Nueva Colombia, mediante la cual se buscaba fortalecer el desarrollo ideológico y político, factores imprescindibles para acceder al poder, dado que la falta de un ideario coherente y actualizado podría significar la derrota del grupo o su desaparición (Van Dijk, 2000, pp.50-63).

A la conferencia nacional guerrillera asisten todos los comandantes de frente, con voz, pero sin voto y solo el estado mayor central, bajo la supervisión del Secretariado, toma las decisiones y define la consecución de los planes de la organización. El secretariado se convirtió así en la base de la estructura de mando, escogido del estado mayor central, que a su vez son parte del comando general de la organización. De esa manera, la declaración política sobre el “Nuevo Gobierno de Reconciliación y Reconstrucción Nacional”, como máximo evento democrático, se realizaría en presencia de los sesenta frentes de todas las estructuras urbanas, de las guardias especiales del Secretariado, y de los integrantes del Estado Mayor Central, haciendo partícipe de sus conclusiones a todos los que anhelaban la Nueva Colombia. (Rojas Bautista, 2017)

El temario desarrollado en esta cumbre de frentes de las FARC giró en torno a consolidar su estructura ideológica y lo que decidieron llamar declaración política para conformar un nuevo gobierno para alcanzar la paz. Abordaron la obligatoriedad de respetar las normas del derecho internacional humanitario, pero hicieron la salvedad de no haber estado presentes en los momentos en los que se firmaron los convenios de Ginebra ni sus protocolos adicionales, para lo cual y en aras, según ellos, de humanizar el conflicto, decidieron enfatizar los contenidos de los documentos emitidos en conferencias nacionales como esta, sobre el marco del “humanismo” sin perder de vista que son un “movimiento revolucionario” que busca “proteger a la población civil”.

El centro de la discusión de la Octava Conferencia fue el documento titulado *Plataforma para un gobierno de reconstrucción y reconciliación nacional*. Su texto definió la línea operativa, la organización política, el trabajo de masas, la educación de mandos y combatientes, la propaganda, la unidad de mando, el trato a las mujeres guerrilleras e inclusive la política de las FARC para la Iglesia.

Se puede establecer la existencia de una relación directa entre el documento *Plataforma para un gobierno de reconstrucción y reconciliación nacional*, emanado de esta octava conferencia nacional guerrillera, y el documento presentado por la Coordinadora Nacional

Guerrillera, en enero 25 de 1992, en desarrollo de los diálogos de Tlaxcala, México, *Doce propuestas para construir una estrategia de paz*.

En este sentido, las manifestaciones puntuales de alias el Mono Jojoy, en esta conferencia, en relación con la ausencia de una organización sólida de trabajo político y de masas, que ratificara la vocación marxista-leninista de las FARC, hacía que el resultado hasta la fecha en la organización de masas fuera “tibia”.

Incentivó entonces y logró que se aprobara la creación de dos estructuras que lideraran ese trabajo político: Por una parte, el Movimiento Bolivariano por una Nueva Colombia y el Partido Comunista Clandestino Colombiano, Pacoclan o PCCC. Ambas estructuras estaban integradas a la organización de las FARC, bajo la responsabilidad directa en su creación y desarrollo de alias Alfonso Cano y alias Raúl Reyes, respectivamente.

Quedó definido también que el trabajo que desarrollarían políticamente, las “uniones solidarias”, las cuales estarían conformadas por siete integrantes del PCCC, sería clandestino y respetaría la jerarquización por niveles, de los cuales solo podría tener acceso a su nivel superior individualmente, guardando la absoluta reserva de identidades.

Con relación a la fuerza armada, como fueron denominadas las FF. AA., se habló de una obligatoria transformación para adoptar una “Doctrina Bolivariana de Defensa Nacional, la instauración de mecanismos de control popular o de reforma de la justicia, aspectos económicos y sociales como la nacionalización de los sectores estratégicos de la economía, y la asignación del cincuenta por ciento del presupuesto de los gastos sociales” (Pécaut, 2008, pág. 144).

Lo que más llama la atención es que esta Octava Conferencia Nacional Guerrillera, que se desarrolló apenas casi dos años de promulgada la Constitución Política de 1991, propuso esta plataforma de gobierno, para alcanzar las mayorías necesarias para la convocatoria de una Nueva Constituyente, que sea respetada en sus decisiones y aborde los temas que “fueron reprimidos en la Constituyente de 1991”, es decir una “carta de cartas”, a la medida de las FARC.

El lenguaje de tolerancia social, respeto por la opinión diferente, preocupación por los problemas agrarios y la solución política negociada de la paz fueron manipulados en los documentos de esta cumbre de ilegales, en aras de conseguir disminuir el rechazo social que produjeron los actos terroristas de la guerrilla como el perpetrado el 21 de enero de

1993, en Leticia contra la inspección de Policía de Santa Sofía en donde fueron asesinados varios uniformados y cuatro menores de edad que fueron incinerados después de su muerte. Igual repudio causó el autodenominado por las FARC “septiembre negro”, contra las FF. MM., entre el 25 de agosto y el 4 de septiembre de 1993, en el que fueron asesinados 34 uniformados.

Simultáneamente, con este accionar de las FARC, y como corolario de la unidad que se dio año y medio atrás con la CGSB., para efectos de negociación en Tlaxcala, tanto el ELN, como las facciones no desmovilizadas del EPL, lanzan una ofensiva nacional en la que pierden la vida en combate otros dos de los aguerridos compañeros integrantes del Curso Centenario del Himno Nacional.

Mario Édgar Ortiz Atuesta (05-04-1993)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC²².

*“Era una persona de una nobleza excepcional,
académicamente era inteligente,
era un soldado de caballería hasta la médula”.*

Es casi media noche y en la habitación de los *lanzas* Ortiz y Palencia, en una pequeña grabadora Sony de cassette, suena una de las canciones de la famosa cantante mexicana Marisela. Entre risas, los dos subtenientes, llegados hace pocos meses al Grupo de Caballería Mecanizado N.º 1 Miguel Silva Plazas, con sede en Duitama, Boyacá, recuerdan cómo la vida los condujo hasta el día en el que se encontraron frente al imponente arco que da entrada a la Escuela Militar de Cadetes.

En ese lugar, donde se entretejió la primera estrella de su uniforme, pasaron por toda clase de experiencias que aún, pasadas más de tres décadas, el hoy teniente coronel de la reserva Hoover Palencia tiene frescas en su memoria.

Él y Mario Édgar Ortiz Atuesta ingresaron a la escuela en enero de 1985, convencidos de que habían nacido para ser militares. Casi de inmediato, quedaron en evidencia las habilidades académicas del cadete Ortiz. En las clases sobresalía entre sus compañeros por su ingenio e inteligencia, y en la cotidianidad de la vida en la escuela, era conocido por su gran nobleza, siempre estaba dispuesto a tenderle una mano amiga a quien lo necesitara.

22 Te. Mario Édgar Ortiz Atuesta en sus años de cadete.

El coronel de la reserva César Oswaldo Morales Ramírez, quien también hacía parte de su compañía, la Antonio Nariño, recuerda con gracia y algo de nostalgia que una vez, estando en la ESMIC, se ganó una salida entre semana y no tenía zapatos para irse vestido de civil. Por supuesto, no estaba permitido dejar la Escuela vestido con el camuflado por cuestiones de seguridad; Colombia pasaba por momentos difíciles y la Fuerza Pública estaba en la mira. En ese momento”, apareció Mario como un “salvador” y se ofreció a prestarle sus tenis para que pudiera salir de permiso. Pasados 15 días de haber regresado de su descanso, César había olvidado devolver los tenis y Mario no quiso pedirselos, pensando que aún podría necesitarlos. Cuando recordó regresarlos, el cadete Ortiz, en vez de hacerle algún reproche, solo se reía.

Ese era uno de sus rasgos característicos, su risa animada y contagiosa. Recuerdan sus compañeros de formación que cualquier cosa le causaba gracia, incluso en los arduos momentos de formación en los que muchos hubieran querido tirar la toalla. Uno de esos escenarios eran las *campanas*, un ejercicio crucial para los futuros oficiales en el que se vivían todo tipo de experiencias, desde las más gratificantes, las que ponen a prueba todas las capacidades físicas y mentales de los cadetes; así como también algunas que ni ellos mismos quisieran recordar.

Una experiencia que marcó profundamente la vida de los integrantes del Curso Centenario del Himno Nacional y de manera especial la de Ortiz Atuesta fue la avalancha que en 1985 arrasó con el municipio de Armero, ubicado en el departamento del Tolima: “nosotros estuvimos en Armero ocho días antes de la tragedia. Cuando llegaba la tropa, a veces la gente nos regalaba cosas. Esa vez nos regalaron un bulto de naranjas y lo compartimos entre el pelotón. Ortiz y yo estábamos felices comiendo naranjas. Ese día le dimos la vuelta al pueblo; recuerdo que pasamos por el frente del Banco de Bogotá. ¿Qué nos íbamos a imaginar que ocho días después iba a pasar esa hecatombe?”, recuerda Hoover Palencia, conmovido y a la vez con cierta gratitud por el hecho de no haber sido una de las víctimas de este fatídico desastre del que escaparon por una semana.

Este hecho, que se alojó en su memoria, sobre todo, porque uno de sus compañeros de escuela perdió a su familia aquel 13 de noviembre, aumentó en el cadete Ortiz su deseo de servir; y así, convencido de su vocación, continuó con su formación militar.

Pasados dos años en la escuela, Ortiz, fiel a su forma de ser, escogió “el arma de la gran nobleza”, la caballería. Esta elección lo llevaría, recién ascendido, a su primera unidad, el

Grupo de Caballería Mecanizado N.º 1 Miguel Silva Plazas.

La llegada al Silva Plazas, en Duitama, tuvo sus ventajas. Una de ellas fue enfrentarse a los primeros desafíos de la vida militar fuera de la ESMIC con la compañía de su *lanza*, el Subteniente Palencia; la otra fue una total sorpresa para el subteniente Ortiz. A los pocos días de haberse instalado en la unidad, el día de su bautizo²³ conoció a una muchacha de la que se enamoró inmediatamente.

Aunque su *lanza* no recuerda el nombre de la jovencita, sí tiene la total certeza de que Mario Édgar encontraba en ella la moral que hace falta en medio de la guerra: “a veces los fines de semana nos ayudábamos porque él estaba muy enamorado como todos en esa época de subtenientes; entonces yo le decía “Mario, yo le hago el fin de semana” y él se iba y visitaba a la novia o la novia llegaba ahí”.

Finalizadas las jornadas de instrucción y los arduos trabajos diarios, llegaba la hora de ocuparse de las cosas personales: alistar el uniforme, lustrar las botas, preparar las lecciones para los soldados, pensar en el futuro... En esos momentos, Maricela era la infaltable compañera de Ortiz y Palencia. Particularmente para Mario, las letras de sus canciones, muy populares para la época, le recordaban a su novia, que le había regalado el cassette de la reconocida artista.

Durante los dos años y cuatro meses en los que Ortiz y Palencia estuvieron en su primera unidad, su amistad se estrechó a tal grado que, recuerda el hoy coronel de la reserva César Morales, con quien también compartieron en el Silva Plazas, que Mario, por su destacada labor, fue seleccionado para hacer el curso de equitación; esto representaba alejarse de la hostilidad del área de operaciones y pasar un tiempo en Bogotá durante su formación. Sin embargo, él sentía que su lugar estaba al pie del cañón, con sus soldados. Por esta razón, tomó la decisión de solicitar a sus superiores que lo dejaran permanecer en el batallón y que su cupo en el curso le fuera otorgado al subteniente Palencia.

A pesar de las dificultades diarias, que en la vida de la milicia pueden ser de vida o muerte, el amor, el compromiso, el desapego y el propósito de enorgullecer a su familia se convirtieron en el motor de las acciones del subteniente Ortiz y los frutos no se hicieron esperar; recibió múltiples felicitaciones por su excelente trabajo, pues el orden y la disciplina eran sellos indelebles en todo lo que hacía, por insignificante que pareciera.

23 Ceremonia en la que se le daba la bienvenida a los nuevos subtenientes a la unidad donde llegaban.

Como es costumbre, llegó el tiempo de los traslados y los compañeros de escuela tuvieron que tomar cada uno un rumbo diferente. En abril de 1990, el subteniente Ortiz Atuesta fue enviado al Batallón de Contraguerrillas N.º 1 Muisca, una de las nuevas unidades creadas para combatir a los grupos armados organizados que, para la época, iban cobrando fuerza. Allí recibió la misión de ser comandante de un pelotón de soldados a quienes preparó de la mejor manera para enfrentar la crudeza del conflicto al que debían enfrentarse sin titubear.

Corría el año 1991 y el Grupo de Caballería Mecanizado N.º 5 Hermógenes Maza, ubicado en la Ciudad de Cúcuta, sería el nuevo destino del recién ascendido teniente Ortiz Atuesta. El paso del tiempo para Mario venía acompañado de mayor tacto y perfección al momento de instruir a sus soldados; así como de habilidades estratégicas más certeras para lograr mejores resultados en el campo de combate. Todo esto le hizo merecedor de recibir la Medalla de Servicios Distinguidos en Orden Público por primera vez. Con orgullo, Mario portó en su uniforme este reconocimiento deseado por muchos y un privilegio de pocos entre las filas de la institución.

No obstante, el hecho de que, a pesar de sus pocos años en el Ejército, su carrera a todas luces se viera prometedora y que, gracias a su impecable labor, se distinguiera entre los demás miembros de su unidad, no hizo mella en su humildad y profundo sentimiento de humanidad y compañerismo. Siempre estaba disponible cuando alguien lo necesitaba: “a Forero (compañero de escuela) en un diciembre le mataron a un soldado y un cabo mientras cuidaban el oleoducto del ELN; Mario estaba también por esos lados. A Forero le dio muy duro cuando los mataron, creo que fue un 31 de diciembre y Mario lo estuvo apoyando, estuvo con él allá, él siempre estaba muy pendiente en ese sentido”, recuerda su gran amigo Hoover Palencia, con quien mantenía contacto de manera esporádica dadas las intrincadas formas de comunicarse para la época.

Anécdotas como estas eran la evidencia de que Mario tenía profundamente arraigado el compromiso que había hecho el día que en la Escuela Militar juró bandera: “no abandonar a vuestros jefes, superiores y compañeros en acción de guerra ni en ninguna otra ocasión”.

Transcurrían los días en medio de la complejidad del orden público en Norte de Santander. Tibú es uno de los municipios que, históricamente, ha sido escenario de enfrentamientos, masacres y toda clase de actos bélicos en el marco del conflicto armado. Rodeado de este panorama que puede parecer intimidante, el teniente Ortiz fue designado como comandante de la base militar ubicada en el corregimiento de La Gabarra.

Debido a las condiciones de seguridad y el constante riesgo que corrían los militares, Mario prefería no informarle a su familia lo que tenía que vivir a diario por causa de la violencia, ni dónde se encontraba. El hoy teniente coronel de la reserva Hoover Palencia recuerda que su gran amigo le contaba que “la familia no se imaginaba que él estaba por allá (...) Mario les decía que él estaba, no en orden público ni nada, sino en otras zonas de operación, porque tengo entendido que la mamá se deprimía mucho, entonces él me decía que no podía comentarle muchas cosas, ella lloraba mucho por él”.

El 5 de abril de 1993, tras una larga jornada, el teniente Ortiz le pidió al cabo Gustavo González que se vistiera de civil y se alistara para cumplir una misión que los podría ayudar a dar un golpe certero a la guerrilla que hacía presencia en la zona. Era de noche, Ortiz y el cabo González salieron de la base y se dirigieron hacia un sitio en zona urbana de La Gabarra donde se encontrarían con un informante que aseguraba tener una valiosa información que les daría ventaja militar sobre su enemigo. Ambos uniformados llegaron al lugar, tomaron asiento y esperaron atentamente a su interlocutor. La charla inició de forma casual y sin contratiempos. Sin embargo; de forma inesperada, el encuentro se interrumpió: el fluido eléctrico del lugar fue cortado y todo quedó en una densa penumbra. Pasaron varios segundos y el silencio de la incertidumbre se cortó de tajo en un agitado forcejeo cuando hombres desconocidos se abalanzaron sobre el teniente Ortiz y su acompañante quienes fueron atacados sin piedad. Ortiz y González habían caído en una trampa mortal.

Una vez se reestableció la electricidad, la realidad se hizo visible ante los ojos de los lugareños: el teniente Mario Édgar Ortiz Atuesta había sido asesinado y su compañero estaba gravemente herido, los autores del hecho habían huido luego de cometer el atroz crimen.

Un informe de la Policía (Archivo de DD. HH. PONAL, 1993) registró los hechos, así como el periódico El Tiempo que relató lo ocurrido de la siguiente manera:

En Tibú (Norte de Santander), un teniente y un suboficial del Grupo Mecanizado de Caballería Número Cinco Maza fueron asesinados por presuntos guerrilleros, a las 8 de la noche del pasado domingo, en el corregimiento La Gabarra, jurisdicción de esta localidad, a 105 kilómetros al noroccidente de Cúcuta. (El Tiempo, 1993, p.1)

Para esa época, Ortiz Atuesta era teniente de tercer año y llevaba seis meses como comandante de la base militar. Hoover, su *lanza*, sintió un profundo dolor al enterarse de lo ocurrido, fue como si le hubieran arrebatado a un hermano. También recuerda que fue él quien tuvo que darle la noticia del fallecimiento de Mario a su novia: “eso fue durísimo porque ella nos conocía a nosotros allá y yo llamarla y comentarle la situación fue muy duro para

la familia, sobre todo para la novia (...) Me acuerdo tanto que ella le decía mi Mario porque Mario era lo máximo para ella”.

El cuerpo de Mario Édgar fue trasladado a su ciudad natal para ser entregado a sus padres. A pesar del incalculable vacío que dejaba la muerte de Mario, la bandera tricolor que cubría su féretro era un recuerdo constante de que ser militar había sido hasta el final la razón de su vida.

Por cientos de años se ha dicho que ser militar significa ser uno entre mil; sin duda, Mario Ortiz, tanto en la vida castrense, como en la personal fue uno entre mil. A su paso fue dejando un legado que permanecerá en la memoria del Ejército Nacional y de quienes tuvieron el privilegio de compartir con él, una corta, pero inigualable vida al servicio, no solo de las personas con las que compartió en la cotidianidad de sus días, sino de toda una nación.



Gustavo Adolfo Calderón Monsalve (11-06-1993)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC²⁴.

“Gustavo era muy consagrado a su carrera, se había ganado una medalla de orden público, seguro hubiera llegado muy lejos”.

Michelle está sentada en la sala de su casa y de una pequeña caja tejida en mimbre con bordes de madera saca un sobre que contiene una hoja delgada de papel, un poco amarillenta por el paso de los años. En ella resaltan los membretes azules de Telecom y un breve párrafo con tipografía de máquina de escribir:

“EN MI MENTE SIEMPRE ESTÁS COMO LO MÁS HERMOSO DE MI VIDA QUE JUNTO AL RECUERDO DE NUESTROS MOMENTOS VIVIDOS SE CONVIERTE EN MI MÁS BELLA FANTASÍA TE QUIERE Y RECUERDA GUS”.

Como ese, hay varios sobres dentro de la caja con los telegramas, algunas cartas y una rosa púrpura seca de los tantos ramos que enviaba su papá, el teniente Gustavo Adolfo Calderón Monsalve a su mamá, Mery Lobo, cuando estaba en las espesuras de la selva colombiana, pero con su corazón ansioso de volver a casa para ver a su familia.

Ella tenía apenas un año cuando la guerra le arrebató a su papá; por eso las cartas, las fotografías y las historias que le cuenta su mamá han sido la manera en la que Michelle,

que ahora tiene 30 años, se ha hecho una idea de quién era Gustavo Adolfo; sus gustos, su sentido del humor y sin duda, el gran amor que lo llevó a dar la vida por su patria, esa que siempre quiso ver grande, respetada y libre.

Por cosas del destino, Gustavo no nació, como sus otros tres hermanos, en la clínica Palermo en Bogotá; el lugar en el que vino al mundo fue bastante particular: la iglesia del Carmen de Acacias, Meta, un 04 de agosto de 1965; era el cuarto hijo y el menor de su familia. El escenario donde transcurrió su infancia fue la finca de sus abuelos, ubicada entre Acacias y Guamal; no en vano se ganaría en la escuela militar el apodo de llanero.

Una vez terminó su bachillerato, decidió seguir los pasos de algunos de sus tíos y de su hermano, y se presentó como aspirante en la ESMIC. La elección del arma por parte del cadete Calderón estuvo marcada también por el legado familiar; todos sus predecesores en el Ejército habían sido infantes y él se sumaría a la lista de miembros de la reina de las armas.

Desde sus primeros días en la compañía Reyes, empezó a forjar una amistad con el que sería su *lanza* de risas, bromas y el apoyo en los días difíciles, el hoy teniente coronel de la reserva, César Cárdenas. Este recuerda que los primeros meses para el cadete Calderón Monsalve fueron muy duros; para él no era nada fácil estar lejos de casa y del cariño de su familia. A pesar de lo mucho que le costara la distancia, se destacaba por ser muy estudioso, entregado a la carrera y perspicaz en la instrucción militar: “era una persona muy alegre, demasiado descomplicada, muy patriota, un hombre que dio mucho ejemplo, que vivía la vida como si fuera el último día siempre. Era un joven muy humilde, pero con grandes sueños”.

Cuando los días en la escuela llegaban a su fin y la mente se ponía en calma, los *lanzas* Calderón y Cárdenas hablaban de los objetivos que querían cumplir en la vida, el de Calderón era poder darle una mejor calidad de vida a sus padres.

Una de las cualidades por las que se destacaba Gustavo era su habilidad para el deporte. Para él, los juegos Intercompañías eran todo un acontecimiento digno de celebración; competía constantemente en atletismo y tiro, era muy hábil para el polígono.

Sin lugar a dudas, uno de los momentos que más se disfrutaba en la ESMIC era cuando había oportunidad de hacer bromas entre compañeros; César recuerda con gracia: “yo le tomaba mucho del pelo a él, le hice una pilatuna, le amarré las botas al catre, y en una diana lo regañaron. En su momento se disgustó, pero luego se ríe conmigo, eso fue siendo cadetes. Ese primer y segundo año siempre estuvimos juntos”.

Por otra parte, sus padres, don Alberto y doña Lucy, siempre estuvieron muy orgullosos de su hijo, no solo por sus virtudes profesionales, sino por su calidad humana, su buen sentido del humor y carisma. Uno de los días que recuerdan con más orgullo es el 3 de diciembre de 1987 cuando Gustavo obtuvo la reluciente estrella que lo identificaba como subteniente.

Todo oficial sabe que, al salir por el arco de la escuela, después de tres años de formación, tendrá que enfrentarse a desafíos inesperados; pero lo que no tenía presente el subteniente Gustavo Calderón es que una de las misiones más difíciles que tendría que alcanzar era conquistar a Mery Lobo, el amor de su vida.

La primera unidad de Gustavo fue el Batallón de Infantería Mecanizado N.º 11 General José María Córdova, con jurisdicción en el departamento del Magdalena y zonas aledañas. Entre los ires y venires de la vida militar conoció a Mery, quién recuerda con nostalgia que Gustavo era amigo de su papá y que, desde que se conocieron, sintió que él se enamoró a primera vista: “buscaba cualquier pretexto para ir a la casa, hasta los domingos; pero nunca me encontraba, incluso se sometió a un tratamiento odontológico para ser mi amigo y empezar a conocernos”. No obstante, Mery no confiaba en las pretensiones de Gustavo, pues creía firmemente que los militares tenían un amor en cada pueblo; sin embargo, los detalles y la perseverancia del joven subteniente finalmente lograron conquistarla el día del amor y la amistad de 1989.

Gustavo Adolfo, no solo logró robarse el corazón de Mery, sino que, a los pocos meses, el 10 de febrero de 1990, decidieron conformar un hogar con la bendición de Dios, en la capilla del Batallón Córdova. Fruto de esa relación nació Michelle Andrea Calderón Lobo, el 07 de febrero de 1992.



Dos de los momentos más especiales en la vida de Gustavo Adolfo, el día de su matrimonio y con su hija entre sus brazos.

Fuente: Fotografías brindadas por la familia o compañeros del oficial.

A la par que construía su hogar, Gustavo Adolfo crecía como militar. Después de su paso por el Magdalena, fue enviado al Batallón de Infantería N.º 16 Patriotas, donde, junto con sus hombres, patrullaba por entre la manigua y las improvisadas trochas del departamento del Tolima. Se destacaba por ser un comandante dedicado y disciplinado, lo que le mereció ocupar un puesto en múltiples ocasiones en el cuadro de honor de su unidad y obtener numerosas felicitaciones por su desempeño.

Indudablemente, su reconocimiento más importante lo recibió en enero de 1993 cuando tuvo el privilegio de portar en su uniforme la Medalla de Servicios Distinguidos en Orden Público por primera vez, otorgada por el presidente de la República de ese entonces, César Gaviria, como una distinción a sus acciones de valor en el área de operaciones.

En medio de sus labores diarias, el teniente Calderón vivía una de las realidades del soldado: estar dividido; con los pies en la selva y el corazón en su hogar, junto a su familia. Es por eso que nunca dejaban de llegar a casa las cartas y telegramas para su esposa Mery y su hija, Michelle, donde les hablaba de lo mucho que las extrañaba y de los proyectos que realizarían juntos: tener su apartamento propio; conocer Europa juntos y brindarle lo mejor a su hija.

Con el paso de los días el teniente Calderón continuaba abonando el terreno para cumplir los sueños familiares y su objetivo de ser un excelente oficial dentro y fuera del área de combate. Transcurría el año de 1993, Gustavo Adolfo hacía parte del Batallón de Contraguerrillas N.º 11 Cacique Coyará, que para la época operaba entre el Urabá Antioqueño y el Magdalena Medio.

Para esa época, el Gobierno nacional y la guerrilla del EPL habían firmado un acuerdo de paz; sin embargo, surgieron grupos de disidencias que continuaron cometiendo acciones delictivas. En Turbo, hacía presencia el Frente Bernardo Franco y con el fin de combatir a este grupo, el teniente Calderón y sus hombres fueron enviados a la zona.

Cada vez que un soldado se interna en la manigua sabe que se expone a un encuentro directo con la muerte; sin embargo, su deber de patria lo impulsa a seguir avanzando hasta lograr su objetivo. Con esta convicción, los militares partieron para cumplir con su misión. La mañana del 11 de junio, el grupo comenzó a romper la selva, siguiendo las huellas de los guerrilleros. Hacia media mañana el teniente Calderón y su pelotón fueron atacados por los subversivos; el ruido de la selva empezó a mezclarse con el sonido de las balas que salían de los cañones de las armas de militares y disidentes.

Un helicóptero en el que se desplazaban integrantes del Ejército y de la Policía, tripulado por la FAC, partió desde el municipio de Carepa, Antioquia, para prestar apoyo a los uniformados que habían entrado en confrontación. Mientras tanto, en tierra, Calderón y sus soldados seguían enfrentando a su implacable enemigo; los árboles crujían con el impacto de los proyectiles. El teniente Calderón y sus hombres se empeñaron en resistir el ataque; pero, mientras llegaba la ayuda, las balas enemigas alcanzaron a Calderón, obligándolo a enfrentar una lucha con la muerte que no pudo ganar.

Los combates se prolongaron a lo largo del día y el helicóptero, después de haber desembarcado el apoyo, fue derribado por los disidentes. El diario El Tiempo fue uno de los medios de comunicación que registró los hechos:

El helicóptero de la FAC, 4404 UH1H, salió a las 10:00 de la mañana de ayer de las instalaciones del batallón Voltígeros, con sede en Carepa, para prestar apoyo al grupo del batallón de Contraguerrilla de la XI Brigada, con sede en Montería, que perseguía a un grupo de guerrilleros. La nave se estrelló, luego de entregar las provisiones a las tropas que combaten contra las Farc, cuando empezaba a despegar del sitio Ocaña, corregimiento El Dos, jurisdicción de Turbo. En los combates que se registraron en ese mismo lugar murieron el teniente Gustavo Calderón Monsalve y el soldado voluntario León Manuel Meneses Arcia. Desapareció un suboficial del Ejército, cuya identidad no fue suministrada. (El Tiempo, 1993-a, p.3)

Según el diario, alias Gavilán o Diomedes, quien era el segundo al mando del Frente Bernardo Franco perteneciente al Ejército Popular de Liberación (EPL) fue el responsable de la muerte del teniente Calderón Monsalve.

Mery recuerda que la noche del 10 de junio, horas antes de la muerte de Gustavo, habían hablado por teléfono; por eso, cuando llegó la noticia, le parecía estar ante una escena de ficción: “yo estaba en un evento social, cuando llamaron al consultorio, mi asistente recibió la noticia. Ella buscó a la señora Cenaida, la suegra de mi hermana, que es como una mamá para mí, y ella fue quien me dio la noticia (...). Yo pensé que algo le había ocurrido a mi papá, pero no, fue a Gustavo. Apenas iba a cumplir 28 años, era muy joven. Nuestra hija tenía un año cuando Gustavo murió, eso fue muy duro. Han pasado casi 30 años, pero todavía me duele mucho”.

Hasta el día de hoy, el vínculo entre Mery y Gustavo continúa traspasando todo tiempo y espacio: “yo le dije a él, que si algún día le pasaba algo yo nunca me volvería a casar, y así lo he hecho. No creo que pueda encontrar a otro igual. Me he dedicado a estudiar, a sacar adelante a nuestra hija, a trabajar muy duro”. Michelle decidió seguir los pasos de Mery y es odontóloga; actualmente vive con ella en Aracataca, Magdalena.

La temprana partida de Gustavo no solo fue un momento difícil de superar para su esposa, sino para sus padres y hermanos. La madre de Gustavo, principalmente, cargó con todo ese peso en su corazón, e infortunadamente falleció antes de cumplirse un año de la partida del menor de sus hijos. Carlos, hermano de Gustavo, prefiere recordar los momentos de complicidad entre ambos; recuerda a Gustavo con mucho cariño, “tenía un muy buen humor, de la casa era el que siempre nos hacía reír, tenía mucho de mi mamá, eran muy dedicados ambos a sus cosas y proyectos”.

Por su parte, su *lanza*, César Cárdenas, aún lamenta no haber podido decirle adiós a su gran amigo: “yo estaba en Ocaña cuando ocurrió la muerte del Llanero, me enteré por un radiograma de la situación. Tengo entendido que murió en una emboscada. Desafortunadamente, no pude acompañarlo en su descanso. No era fácil tener un permiso. A los de infantería nos conmovió mucho, él era demasiado bueno”, recuerda algo melancólico.

A pesar de su pronta partida, Gustavo dejó sembrado en el corazón de quienes lo conocieron una gran lección de vida: dar lo mejor de sí en cada momento y vivir cada día como si fuera el último. A sus 28 años, logró sus dos grandes sueños: construir un hogar y ser oficial del Ejército Nacional, entregando todo por los colombianos y por un país que amó hasta el final.



XI - Escalada terrorista 1994-1997

Una vez finalizada la Octava Conferencia Nacional Guerrillera, en mayo de 1993, se dio una verdadera reestructuración de las FARC. La injerencia de las reformas en lo político y la creación de las estructuras clandestinas para generar un nuevo trabajo de masas a partir del Movimiento Bolivariano por la Nueva Colombia y del Partido Comunista Clandestino, empezó a implementarse sobre todo en las ciudades, desde el mismo momento de las conclusiones de la cumbre.

Era una nueva estrategia para acercarse al poder; a la postre, no les dio el resultado planeado, pero intentaron romper la vulnerabilidad de seguridad en las ciudades, que siempre había acompañado a las FARC desde su creación. Su génesis rural les permitió mimetizarse y hacerse clandestinos en lo rural, incluso adaptando la doctrina maoísta en lo atinente a la manipulación del campesino por medio de sofismas marxistas de lucha de clases. Las nuevas milicias, creadas en la última conferencia, hicieron que células urbanas tuvieran responsabilidades de inteligencia y una relación directa con los responsables de las finanzas de los bloques y de los frentes, que ya podían manejar más información de algunos ciudadanos que fueron víctimas de la extorsión y el secuestro en este periodo.

Es destacable el papel criminal que se inició con las mal llamadas pescas milagrosas, especializadas por alias Romaña, que sobre todo en la vía que comunicaba la capital de la República con Villavicencio, a la altura de un punto conocido como el cerro del Águila, y a través de retenes ilegales, logró secuestrar personas de la vida nacional que fueron víctimas de grandes extorsiones y pagos por los rescates para recuperar su libertad. A la vez, se practicaron manipulaciones de las pruebas de supervivencia que, en muchos casos, engañaron a las familias de los secuestrados para conseguir ingentes cantidades de dinero ocultando que su familiar secuestrado ya había sido asesinado; sin embargo, seguían cobrando altas sumas de dinero. Se ha llegado a tal magnitud de las violaciones al derecho internacional humanitario, que, veinticinco años después de estos secuestros, algunos desaparecidos no han sido encontrados por sus familiares, a pesar de los nuevos mecanismos de la justicia transicional.

Otro parámetro de análisis después de desarrollada la Octava Conferencia, que es preciso abordar, es la creación de nuevas estructuras así: el país se dividió en 7 regiones, y a cada una se le asignó un Bloque de Frentes o Comando Conjunto. Así, por ejemplo, para el Caribe Colombiano se creó el Bloque Caribe. Para el oriente del país se creó el EMBO o Bloque Oriental. Ello permitió adquirir una organización armada, si bien centralista en la toma de

decisiones, descentralizada en términos militares. Lo que se hizo es que cada uno de los miembros del Secretariado de las FARC, 7 en total, se iba como un comandante político a cada Bloque y a su vez cada Bloque tenía su Estado Mayor (Ávila, 2020).

En lo militar, las FARC definen sus líneas de mando jerarquizadas y crean los Estados Mayores de los Frentes y los Bloques, siempre buscando la alta movilidad, de manera que, se puede afirmar, luego de la Octava Conferencia, se produce el paso de la fase de guerra de guerrillas a la guerra de movimientos, con el objetivo de ir copando zonas en la geografía nacional. Estudios profundos, sobre bases parametrizadas, han concluido que la ubicación geográfica de Las estructuras de las FARC y los ataques sobre poblaciones guardan relación directa con la ubicación de los cultivos de coca.

En el estudio de Martha Bottía Noguera (2002), luego de correlacionar la ocurrencia de ataques indiscriminados de las FARC con sus nuevas estructuras y sobre la base de su nueva organización, se encuentra una relación directa con sus actividades terroristas y el narcotráfico, variable que obviamente no se incluyó abiertamente en los documentos de las FARC, pero que, definitivamente, es la esencia de su financiación.

El derramamiento inmisericorde de sangre inocente fue la característica de este lapso, hecho que violaba todos los convenios internacionales, pero, sobre todo, el principio de distinción entre combatientes y no combatientes, como insisten los protocolos adicionales a los Convenios de Ginebra.

Quizá los principales hechos de ese periodo son: masacre de la Chinita (enero 1994); asesinato del mayor general Carlos Juli Gil Colorado comandante de la Cuarta División (julio 1994); tomas de poblaciones de La Calera, Chuza y Pasca Cundinamarca (junio 1994); incursión en cárcel de Mocoa por las FARC, que liberó a 93 reclusos (enero 1995); toma de la base de Policía de Miraflores, Guaviare (agosto 1995); masacre en Chalán, Sucre, contra la Policía (marzo 1996); emboscada de Puerres, Nariño, que dejó más de 30 muertos del Ejército (abril 1996); toma de la base militar de Las Delicias, Putumayo, 27 muertos y 60 secuestrados (agosto 1996); emboscada de La Carpa, Guaviare, 24 soldados muertos (septiembre 1996); ataques indiscriminados entre Carepa y Apartadó, en el Urabá antioqueño (octubre 1996); ataque indiscriminado en Juradó, Chocó (enero 1997); derribamiento de un helicóptero MI-17 en caño Hormiga, Arauquita, Arauca (julio 1997); emboscada en Arauquita, Arauca, que dejó 10 militares muertos (julio 1997); ataque al cerro de Patascoy, Nariño, que dejó 11 militares muertos y 18 secuestrados (diciembre 1997).

Efraín Caro López (03-03-1994)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC²⁵.

“Entre 55 y 60 soldados componían esa compañía y yo creo que el 95% de los soldados le tenían un respeto a Efraín por todo lo que él representaba”.

“El Ministro de Defensa certifica que

*Por Decreto 1647 del 19 de agosto de 1993 el Presidente de la República de Colombia confiere al **Te. Efraín Caro López** por actos de valor en el mantenimiento de la seguridad pública la **Medalla Servicios Distinguidos en Orden Público** por primera vez.*

Firma: Rafael Pardo Rueda – Ministro de Defensa

General Ramón Emilio Gil Bermúdez – comandante general de las Fuerzas Militares.”

Es inevitable imaginarse la emoción que inundaba al teniente Efraín Caro López el día que recibió la medalla de plata quemada con el escudo de armas de la República de Colombia, rodeado por un sable y un fusil entrelazados con una rama de laurel, que lo distinguían como uno de los selectos miembros del Ejército Nacional que, prestando sus servicios en Orden Público, sobresalieron por una acción distinguida de valor, fuera del común cumplimiento de su deber.

25 Te. Efraín Caro López en sus años de cadete.

Ese 19 de agosto de 1993, se dio cuenta de que habían pasado ya siete años desde el día en que dejó a su familia y a sus amigos con los que había crecido en las calles del tradicional barrio El Diamante, en la ciudad de Bucaramanga, y se había aventurado a viajar a Bogotá para incorporarse a la Escuela Militar de Cadetes.

Cambiar el clima cálido y las comodidades de su casa fueron poco frente a lo que para él representaba ponerse las botas y el camuflado del Ejército Nacional. Desde sus años de escuela demostró que estaba hecho para dejar huella. Su rostro pálido y de mejillas rosáceas se mantenía siempre sereno, a pesar de los días difíciles y las dificultades propias de la formación castrense; tenía la convicción de aquel que sabe que, al final de un camino pedregoso, siempre está la meta.



Los compañeros Efraín Caro López y Carlos Enrique Martínez Mesa.

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

Precisamente, el 1 de diciembre de 1987, Efraín Caro López, rodeado de su familia, alcanzaría esa primera meta al convertirse en Oficial del Ejército Nacional. A partir de ese día, sería conocido como el subteniente Caro, del Arma de Ingenieros e iría por diferentes partes de Colombia construyendo caminos y enfrentando las amenazas crecientes en un país que día tras día parecía estar más inmerso en el complejo entramado del conflicto armado.

Su primer destino fue el Batallón de Ingenieros N.º 2 Francisco Vergara y Velasco, ubicado en el Municipio de Malambo. Desde su llegada a esta zona del Caribe colombiano, empezó a destacarse como un oficial con un liderazgo y habilidades únicas. Esto le mereció el reco-

nocimiento de sus superiores por su excelente espíritu de cuerpo, que refleja todo el esmero y las cualidades de un soldado en su trabajo diario; el cual, unido al de sus compañeros, forma una sola fuerza encaminada a un objetivo común: la construcción de una nación. El subteniente Caro, desde sus inicios en la escuela, siempre tuvo claro que ahora pertenecía a una nueva familia compuesta por miles de hombres en la que sus superiores eran sus padres y mentores; sus compañeros se convirtieron en hermanos y sus subalternos en sus hijos; todos cobijados bajo una misma bandera a la que debían respetar y servir.

Tras su paso de dos años y medio por esta unidad, su siguiente destino sería el Batallón de Contraguerrillas N.º 14 Cacique Palagua. Allí, siendo comandante de pelotón, tendría que preparar de tal manera a sus soldados para que estuvieran listos a enfrentarse a la realidad del conflicto armado en el Magdalena Medio, donde la población civil estaba atrapada entre la disputa de la guerrilla de las FARC y las Autodefensas por el dominio territorial.

Luego de su paso por esta región, la vida le tenía preparada una grata sorpresa: Efraín regresó a su tierra natal al ser trasladado a su tercera unidad, el Batallón de Ingenieros N.º 5 Francisco José de Caldas, con sede en Bucaramanga. Estar cerca de casa alivia el corazón de cualquier soldado: sin embargo, al poco tiempo fue enviado a Saravena, Arauca, donde estaba apoyando la construcción de la vía que, de ese municipio, conduce a la capital del departamento. Este fue el escenario para el reencuentro entre el subteniente Caro y su compañero de escuela y de arma, el subteniente Roberto Perdomo Mosquera.

“Efraín era una persona de mucho carácter. En Arauca los grupos guerrilleros sabían de Efraín Caro y trataban de ponerle precio porque era muy estratégico. Era un buen estratega y un buen combatiente”, relata el hoy teniente coronel Perdomo, remontándose a aquellos días en los que conoció a profundidad la personalidad de Efraín, no solo en el área de operaciones, sino también en los quehaceres diarios de la vida militar, y, al final de la jornada, en los breves espacios donde se quitaban las botas y volvían a su memoria con total libertad los recuerdos de sus familias, los sueños por cumplir, su plena humanidad.

La familiaridad casi inherente de los *courses* hizo que se forjara entre Caro y Perdomo una estrecha amistad, tanto así que cuando fueron trasladados nuevamente a la sede del batallón en Bucaramanga, no solo compartían habitación, sino también la compañía de la familia de Efraín y sus amistades en los días de permiso: “recuerdo muchas veces estar con Efraín y sus amigos los sábados o los domingos por la tarde, ir a asados, tomarnos un par de cervezas, reírnos y hablar”. Estos espacios eran los mejores momentos para recobrar fuerzas para

continuar con su misión en los tiempos difíciles por los que atravesaba el país en aquella época.

A finales de 1992, los *cursos*, ya en el grado de tenientes, tuvieron que despedirse. Perdomo fue trasladado a Leticia y Caro recibió el mando de la compañía de Intendencia Local, que hasta la fecha había estado a cargo de su gran amigo. Allí pasó Efraín un poco más de seis meses siguiendo con la instrucción que había iniciado su compañero, hasta que fue trasladado, en junio de 1993 a la Cuarta División con sede en Villavicencio.

En este año, ante el crecimiento de los actos terroristas cometidos por los grupos armados organizados, el Comando del Ejército decidió crear los Batallones de Contraguerrillas, compuestos por hombres especialmente entrenados para combatir los embates cometidos por las organizaciones insurgentes que ganaban terreno sin cuartel. El teniente Caro tuvo el honor de ser uno de los pioneros en la conformación de estas unidades: “esa división tenía una compañía de contraguerrillas. Efraín comenzó a formar esa compañía”, recuerda Roberto Perdomo.

Recién había llegado trasladado y empezaba a recibir felicitaciones por parte de sus superiores por su excelente desempeño. Casi de inmediato, los hombres al mando del teniente Caro empezaron a verlo, no solo como su superior, sino como un ejemplo a seguir, fuera y dentro del área de operaciones; según Perdomo, “la verdad es que no le tenía miedo a nada, era más bien frentero y eso hacía que se ganara el respeto de la tropa”. Era uno de esos comandantes que no se olvidan.

Sus pasos firmes, sus ojos fijos en su objetivo y la convicción con la que cumplía su deber hicieron que, a pesar de llevar apenas unos cuantos meses en la Cuarta División, fuera merecedor de la Medalla de Servicios Distinguidos en Orden Público por primera vez, un logro que, sin duda, marcó su carrera militar.

Transcurrieron los meses de 1993. Las dinámicas del conflicto obligaron a que el teniente Caro y sus hombres se trasladaran a las inmediaciones del Huila para combatir las amenazas que hacían presencia en la zona, considerada un corredor estratégico en el que la guerrilla de las FARC quería imponer su dominio a toda costa.

Era un escenario evidentemente complejo. Sin embargo, los soldados, al mando de Caro, se sentían capaces de vencer a cualquier enemigo: “en un enfrentamiento que habían tenido en el sur del Huila ellos decían que ver pelear a Efraín los llenaba de mucha seguridad y

que tenían que tener un alto grado de compromiso porque Efraín iba siempre hacia adelante en medio de los disparos”, narra el coronel Perdomo, rememorando las historias que más adelante escucharía de viva voz de los hombres que compartieron el día a día de la guerra con Caro López.

Para 1994, Efraín ya era teniente de tercer año. Continuaba destacándose por su excelente trabajo, habilidades para el combate y la especial dedicación que invertía en la formación de sus soldados. En medio de las vicisitudes propias de la vida en la milicia, como un jueves cualquiera, llegaría el 3 de marzo de ese año. Caro, junto con sus soldados, se preparó para hacer parte de una operación en el sur del Huila. Con sus uniformes, equipos y armamento listos, abordaron el vehículo que los conduciría hacia su objetivo.

Avanzado el trayecto, casi a medianoche, se encontraban en zona rural del Municipio de San José de Isnos, transitando por la ruta que conduce a Popayán. A la altura de un lugar conocido como El Mármol, el golpe seco de las balas que impactaban el vehículo rompió de tajo el silencio de aquella noche; estaban siendo atacados por la guerrilla. Inmediatamente, en medio de la oscuridad, Caro y sus soldados tomaron posiciones e iniciaron a repeler el nutrido ataque. No obstante, en el intercambio de disparos, un proyectil salido de entre las sombras impactó el cuerpo del teniente Caro. La adrenalina se sobrepuso al dolor mientras que a su alrededor un sargento y un soldado cayeron también, heridos por las balas enemigas.

Caro intentó seguir luchando, pero la gravedad de la herida le fue arrebatando las fuerzas hasta que sucumbió en medio del combate. Su muerte no pasó desapercibida en los medios de comunicación nacionales:

El teniente Efraín Caro López, de Bucaramanga, el sargento Fernando Cardona Cifuentes y el soldado Fernando Moreno Londoño murieron ayer en combates con la guerrilla, en jurisdicción de los municipios de Isnos y Neiva (Huila). En el enfrentamiento murieron dos guerrilleros. El combate se produjo en desarrollo de operativos de rastreo en zonas limítrofes de Huila y Cauca, donde opera la cuadrilla 13 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). (El Tiempo, 1994, p.1)

La pérdida de Efraín Caro López no solo marcó a su familia; sus soldados sentían que habían perdido a un excelente oficial, a un norte y a un amigo. Tras este trágico suceso, la compañía comandada por el teniente Caro fue enviada a Villavicencio, su lugar de origen.

Por aquellos azares de la vida que son difíciles de entender, dos meses después de la muerte de Efraín; Roberto, su *lanza*, que no pudo despedirse de él, fue trasladado a la Cuarta

División y recibió el mando de la Compañía que meses atrás había sido comandada por el teniente Efraín Caro López: “para mí fue mucha nostalgia recibir esa compañía donde había estado mi gran amigo, la mayoría eran soldados huilenses; entre 55 y 60 soldados componían esa compañía y yo creo que el 95% de los soldados le tenían un respeto a Efraín por todo lo que él representaba”.

Su valentía, su carácter y su entrega diaria hicieron de él un oficial destacado que hoy sigue siendo recordado con admiración: “con los soldados nos sentábamos muchas veces a hablar de Efraín y sus hazañas, del entrenamiento que les daba, que los tenía bien formados; los soldados apreciaban mucho a Efraín”, menciona Roberto Perdomo, quien sostiene que, indudablemente, Efraín Caro López, el ser humano y el militar, dejó una huella imborrable en quienes lo rodeaban; honrar su memoria es un signo de gratitud por todo lo que, con coraje y entrega, hizo por sus soldados y por su país.



José Gabriel Ruiz Salgado (17-03-1995)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC²⁶.

“Dígale a Mónica que la amo”.

“- ¿Qué dice la novia mía?”

“¡Que viva la Caballería! ¡Brindo por mi caballo Alazán, por mi hermosa bandolera, y por mi estilo de montar!”

Ese era el “ritual” de despedida cada vez que José Gabriel hablaba con su novia Mónica María por teléfono. En ese sencillo momento se condensaban los tres grandes amores de la vida del capitán Ruiz Salgado: su familia, los caballos y el Ejército.

La vocación militar le vino desde la cuna; su abuelo había sido coronel del Arma de Caballería y muy seguramente verlo con su uniforme puesto había logrado recrear en su imaginación, desde muy pequeño, la imagen de sí mismo vestido de oficial.

El mono, como lo llamaban de cariño, creció en Tunja junto a sus cinco hermanos, rodeado de naturaleza y animales; sentía un especial aprecio por los caballos y, gracias a que dos de sus tíos maternos eran instructores de equitación, se convirtió en un experto jinete apenas siendo un niño.

26 My. José Gabriel Ruiz Salgado en sus años de cadete.

Su forma de ser amable y alegre hizo que durante su adolescencia cultivara muchas amistades y que, entre charlas y risas conociera a Mónica María Londoño, el amor de su vida. Sin embargo, para esa época, sus estudios no clasificaban entre sus prioridades; por eso, un poco a manera de castigo, sus padres, don Francisco y doña Alicia, decidieron enviarlo a cursar sus últimos dos años de bachillerato en la Escuela Militar.



José Gabriel en sus años de escuela, usando su uniforme de clima cálido.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Si bien José Gabriel no comenzó su aventura en la ESMIC buscando el sueño de ser oficial del Ejército, las vivencias diarias, los nuevos amigos y mentores, el descubrimiento de nuevas habilidades y las constantes prácticas deportivas en equitación y boxeo le reafirmaron aquel sueño de pequeño.

No obstante, su mamá, quien había visto e incluso vivido en carne propia las implicaciones de la vida militar, le advirtió que el camino de la milicia estaba lleno de sacrificios que podían acarrear un alto costo. Pero para José Gabriel la decisión ya estaba tomada y al término de su formación escolar pasó a ser parte del grupo de *ovejos* del Curso Centenario del

Himno Nacional, al igual que su *lanza* y cómplice, Juan Carlos Rodríguez, a quien conoció cuando ingresó a cursar su 5to grado de bachillerato en la ESMIC.

Las visitas eran todo un acontecimiento para la familia Ruiz Salgado. Su mamá le preparaba la comida favorita y le llevaba cuanto ‘repelo’ podía; su papá se sentía muy orgulloso de verlo portar el uniforme e incluso sus abuelos asistían de vez en cuando para compartir un rato con él. María Fernanda, otra de las hermanas de José Gabriel, recuerda especialmente el primer día que fueron a verlo después de haber iniciado su formación como cadete: “estaba muy flaco y con las orejas quemadas, como era muy blanco, se notaban sus orejas rojas”, el común denominador de los reclutas.

Los cadetes Rodríguez y Ruiz, ambos caballeros, eran inseparables; compartieron la transición de la adolescencia a la juventud y de la vida civil a la militar entre libros, aulas de clase, limpieza de alojamientos, lavado de uniformes, trotes, órdenes, una que otra broma y algunas hazañas deportivas como la de José Gabriel cuando a puño limpio se ganó una medalla de oro en una de las competencias de boxeo de la escuela.

Al graduarse como subtenientes, fueron trasladados al Grupo de Caballería Mecanizada N.º 16 Guías de Casanare, junto con siete centenarios más, entre ellos el subteniente Ricardo Hernán Escobar Tovar. Las extensas llanuras colombianas les tenían reservados nuevos desafíos como oficiales; uno de los que más recuerdan fue la importante misión de garantizar la seguridad de los primeros comicios electorales de alcaldes en un país plagado de guerrilla.

Una de las virtudes que caracterizaba a José Gabriel era la dedicación con la que cumplía sus labores, algo que no pasó desapercibido ante sus superiores pues, a escasos 15 días de haber llegado al Guías del Casanare, recibió su primera felicitación por su excelente espíritu de cuerpo, algo que se reflejaba en el trabajo que realizaba a diario con sus hombres en la instrucción y en el área de operaciones.

Con el paso de los años y a pesar de que ahora estaban separados, la relación de José Gabriel y Mónica o Monigote, como le decía de cariño, era cada vez más fuerte. Permanecían en contacto de la manera en la que las comunicaciones de la época y las dinámicas del conflicto lo permitían. Rodríguez recuerda que Mónica, cada ocho días, le enviaba comida a Ruiz y que, en los días de descanso, el plan de los *lanzas*, quienes compartían habitación, era “dormir y acabar con el repelo que mandaba la novia”.

Cumplidos casi 30 meses de su llegada a Yopal, los amigos fueron enviados a diferentes destinos; en el caso de José Gabriel, lo esperaba el Batallón de Contraguerrillas N.º 10 General Rafael Uribe, que para la época hacía parte de la Brigada Móvil N.º 1, la cual tenía como objetivo para el año 1990 lanzar una ofensiva al EPL, que estaba generando grandes afectaciones a la población en el departamento de Córdoba.

Luego, Ruiz Salgado regresaría a Bogotá para hacer parte del Batallón de Policía Militar N.º 13 Tomás Cipriano de Mosquera, donde permanecería 17 meses, antes de realizar el curso básico de inteligencia y, posteriormente, el curso de ascenso para el grado de capitán, en el que se reencontraría con sus compañeros centenarios antes de partir nuevamente para enfrentar a un enemigo creciente en número y en estrategias.

Para los *lanzas* Rodríguez y Ruiz, la culminación del curso de ascenso les traería una grata sorpresa: nuevamente compartirían el área de operaciones; José Gabriel, como parte de la Compañía Especial N.º 33, con sede en Yopal y Juan Carlos ejerciendo sus labores en una de las unidades de la Octava División.

José Gabriel no solo continuaba cosechando éxitos y adquiriendo experiencia y experticia en el área de combate; a finales del año 1994, dio uno de los grandes y más afortunados pasos de su vida, luego de más de 10 años de relación se casó con Mónica; él usó su uniforme de gala y ella, su vestido blanco con corte de princesa. Ambos sabían que formar una familia en medio de las adversidades de la guerra no era tarea fácil, pero estaban convencidos que el amor hacía que todo valiera la pena.

Después de este gran acontecimiento y de un par de días de descanso, José Gabriel regresó a Yopal. Eran tiempos difíciles en los llanos orientales; la presencia del ELN se hacía sentir cada vez con más fuerza, y los habitantes de la región estaban cada vez más atemorizados. Para cuidar de la población y proteger los oleoductos, el capitán Ruiz Salgado fue asignado como comandante de un grupo de hombres motorizados que prestaba seguridad en las zonas rurales del Casanare.

Para el mes de marzo de 1995, el capitán Ruiz Salgado era uno de los oficiales más destacados de su unidad, así que, como reconocimiento a su trabajo, sus superiores decidieron otorgarle un plan vacacional con destino a San Andrés. José Gabriel recibió con mucho entusiasmo esta noticia; era la oportunidad perfecta para pasar tiempo con su esposa, con la que apenas llevaba cuatro meses de casado.



José Gabriel y Mónica el día de su boda.

Fuente: *Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.*

El 17 de marzo, como de costumbre, José Gabriel se levantó antes que los primeros rayos del sol se asomaran; se dio una ducha y se puso su camuflado, las botas altas del caballero, una pava y las gafas Ray Ban que lo acompañaban a todo lado; “él era muy pinchado”, recuerda el hoy brigadier general de la reserva Miguel Ángel Rodríguez, uno de sus compañeros de escuela y de su primer batallón.

El capitán Ruiz salió de la habitación y se dirigió hacia el casino de oficiales, donde se encontró con su *lanza* Rodríguez. Mientras desayunaban, le contó que después de salir a probar las motos de su grupo que hacía un par de días habían estado en mantenimiento, lo esperaba un avión con rumbo a Bogotá donde se encontraría con su familia y luego se iría a disfrutar sus días libres con Mónica, en San Andrés. Terminado el desayuno, los amigos se despidieron; Juan Carlos fue a encontrarse con su escuadrón y José Gabriel con sus hombres para alistarse y hacer el recorrido de prueba.

Hacia el mediodía, el capitán Rodríguez se encontraba almorzando en el casino cuando llegó la información sobre una unidad motorizada que había sido emboscada entre el municipio de Aguazul y Yopal. Inmediatamente Juan Carlos recordó la charla que había tenido horas antes con José Gabriel y salió hacia el hospital, donde, según el informe, ya estaban siendo trasladados los heridos.

Mientras llegaba, los reportes dieron cuenta de lo que había ocurrido. Ruiz Salgado y sus hombres habían partido a hacer el recorrido de prueba para verificar el estado de las motos. El grupo venía de regreso hacia Yopal, en el puente que pasa sobre el río Charte; en ese punto, guerrilleros del ELN, al mando de Marco Antonio Velásquez alias el tuerto, emboscaron a los uniformados que cerraban el grupo motorizado. Ruiz, que iba encabezando la tropa, regresó hacia el puente y encontró varias motos en el suelo, a uno de sus hombres muerto y otro que había resultado herido; los demás habían entrado en combate con el enemigo.

El capitán Ruiz dejó su moto y con sus botas altas, impropias para el terreno, y una pistola en la mano como única defensa, se internó en zona agreste río arriba para apoyar a sus hombres mientras recordaba en su cabeza el juramento de bandera: “no abandonar a vuestros jefes, superiores y compañeros en acción de guerra, ni en ninguna otra ocasión”. Pasados un par de minutos, uno de los subversivos lanzó una ráfaga de disparos que impactó a José Gabriel.

Juan Carlos llegó primero que la ambulancia y la espera sumada a la incertidumbre, hicieron que los minutos parecieran una eternidad. Finalmente, frente a la entrada del hospital el vehículo parqueó a toda prisa y en seguida fue bajada una camilla en la que yacía José Gabriel con sus botas altas y su camuflado manchado de escarlata. Rodríguez se acercó a su *lanza*; los ojos de Ruiz, que eran azules como el cielo, ahora se veían negros, rodeados apenas por un halo azul, debido al grado de dilatación de sus pupilas: “lo único que me dijo fue “dígle a Mónica que la amo”; fue lo último que me dijo y se fue”, recuerda Juan Carlos con la voz resquebrajada. Con él murió el soldado voluntario Edison Ortiz Camacho y resultaron heridos el cabo primero Franco Solarte Lucero y los soldados Nelson Rozo y Didier Javier Tumay Moncada.

Rodríguez no solo tuvo la fortuna de pocos de poder acompañar al que fue su *lanza* desde los 15 años hasta el último momento de su vida, sino que se convirtió en su escolta hasta la sepultura. Acompañó el traslado de su féretro en helicóptero hasta el Batallón de Infantería N.º 1 General Simón Bolívar. Recordar el recibimiento de José Gabriel en Tunja, su ciudad natal, también remueve fibras en su corazón: “Estaba toda la familia, todos los amigos, toda la gente de la sociedad, fue un momento muy triste, muy duro eso”.

María Fernanda comenta que la partida del Mono ocasionó un dolor muy profundo en la familia, incluso casi 30 años después, aún pesa su ausencia. Quizá las más afectadas fueron Alicia, su mamá y Mónica, su esposa. Por su parte, Marcela recuerda que su hermano le comentó alguna vez que si pudiera escoger dónde morir sería en el Llano. Él amaba con el alma esa región del país.



El teniente José Gabriel Ruiz en uniforme N.º 3, luciendo los distintivos obtenidos durante su carrera.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Juan Carlos Rodríguez, hoy coronel de la reserva activa, también concluye que José Gabriel murió por no dejar a sus hombres solos. Se enfrentó a su enemigo, aún en desventaja, por su formación militar, por su responsabilidad de comandante.

Como homenaje póstumo a su valentía, José Gabriel Ruiz Salgado fue ascendido al grado de mayor; pues quienes lo conocieron tienen la certeza de que su amor incondicional por su labor como soldado de Colombia fue, de principio a fin, la consigna de su vida.



Hernán Ricardo Escobar Tovar (22-04-1995)



Fuente: Fotografía brindada por un familiar del oficial²⁷.

“Yo quería que Ricardo fuera como yo, pero él me ganó en todo”.

El 21 de abril de 1995 no era un día cualquiera para el capitán Hernán Ricardo Escobar Tovar. Esa madrugada salió de la cama de un salto, incluso antes de la hora habitual; se bañó con la acostumbrada rapidez de los soldados; se puso su uniforme tipo americano, las botas bien lustradas y tendió por última vez la que había sido su cama durante 11 meses. Aprovechó los minutos de ventaja que le había ganado al reloj para recoger algunas cosas de su habitación y terminó de empacarlas en su maleta. Estaba a escasas horas de partir hacia un lugar muy lejano: el Batallón de Infantería Colombia N.º 3, ubicado en la península del Sinaí.

Llegar a esta unidad, reservada para los mejores hombres del Ejército Nacional, era un sueño cumplido. Su misión sería ahora hacer parte del relevo N.º 41 de los embajadores de las Fuerzas Militares colombianas en suelo egipcio; por eso no podía esperar para llegar a Bogotá, donde se presentaría a sus superiores y desde allí iniciaría el viaje hacia el que sería su nuevo hogar en los próximos meses.

Hernán Ricardo salió de su habitación y mientras caminaba por los pasillos terrosos de la Novena Brigada, no podía evitar pensar en cada circunstancia que lo había llevado hasta este punto de su carrera. Conoció los uniformes gracias a su hermano, Germán, quien era

27 My. Hernán Ricardo Escobar Tovar en sus años de cadete.

oficial del Arma de Caballería. La admiración que sentía por él cada vez que lo veía llegar a casa con sus botas impecables y su camuflado, gestó en su mente la idea de convertirse también en militar.

Sin embargo, la situación de orden público que para los años 80 era cada vez más compleja, sumada a la vida rigurosa que llevaba Germán, hicieron que sus padres estuvieran en desacuerdo con los planes de Hernán Ricardo. Así que la familia ideó una estrategia para que el menor de la casa desistiera de su deseo: decidieron inscribirlo en la Escuela Militar para que cursara allí los últimos dos años de bachillerato, pensando que, seguramente al enfrentarse al ajetreado ritmo de la vida militar, renunciaría a su decisión.

No obstante, al término de los estudios escolares, los resultados fueron totalmente contrarios a lo planeado; Hernán Ricardo se enamoró de tal manera del uniforme que no hubo poder humano que le hiciera cambiar de opinión y, con mayor determinación que antes, decidió continuar en la ESMIC para convertirse en oficial del Arma de Caballería.

Solo basta con mirar su fotografía para entender por qué, al inicio de su formación, se ganó el apodo de cadete de mentiras. Cualquiera que lo viera con el uniforme puesto y detallara su rostro de rasgos infantiles podría pensar que estaba vestido para una fiesta de Halloween. Pero, su apariencia de niño contrastaba con la forma dedicada y responsable con la que realizaba todas las actividades en la escuela. Con el paso de los meses, dejó de ser el “cadete de mentiras” y empezó a destacarse en las filas de formación de la compañía Bolívar por su prominente estatura.

Concluida su formación como oficial y con un mundo de conocimientos adquiridos, llegó el momento de enfrentarse a los desafíos del área de operaciones. Su primer destino como subteniente fue el caluroso y húmedo municipio de Yopal, sede del Grupo de Caballería Mecanizado N.º 16 Guías del Casanare, donde fue bautizado junto con ocho de sus compañeros de escuela, entre los que se encontraba José Gabriel Ruiz Salgado.

Allí no solo experimentó por primera vez el rigor del conflicto, sino que también empezó a ser comparado con su hermano, quien para la época tenía el grado de capitán y ya era reconocido en las unidades de Caballería. Sin embargo, en palabras de Germán, él y Hernán Ricardo eran polos opuestos; mientras que el hermano mayor era más riguroso y estricto con sus subalternos, Ricardo era noble y colaborador. Justamente esta virtud, junto con su iniciativa y resultados operacionales, lo hizo merecedor de varios reconocimientos en esta unidad, los cuales lo llevaron a ser elegido para realizar el curso de lancero.

Pasados tres años en Yopal y con una buena experiencia ganada en el combate, el subteniente Escobar partió con rumbo al Batallón de Contraguerrillas N.º 11 Cacique Coyará. Las dinámicas de la guerra en Córdoba y las zonas aledañas le enseñaron a afinar sus habilidades como líder para conducir acertadamente a sus hombres en un campo de batallas donde los enemigos eran certeros e impredecibles.

En medio de estas realidades, se cumplió el tiempo para su ascenso a teniente y, luego de obtener la segunda estrella de su uniforme, fue trasladado a la Escuela de Caballería en Bogotá; en este escenario, el destino uniría a los hermanos Escobar Tovar. Al contrario de lo que se podría pensar, esta no fue una época fácil para Hernán Ricardo pues, como lo reconoce Germán, solía ser muy estricto con él, a tal punto que sus superiores tuvieron que intervenir para que el teniente Escobar no se desmoralizara debido al trato exigente del entonces mayor Escobar.

Luego de su paso por Bogotá, su próximo destino sería la ciudad de Cúcuta, donde haría parte del Grupo de Caballería Mecanizada N.º 5 General Hermógenes Maza. En esta unidad, sumó a su hoja de vida varias felicitaciones en apenas siete meses. Cumplido este tiempo, tuvo que trasladarse nuevamente a Bogotá para realizar el curso de ascenso a capitán, donde se encontraría nuevamente con sus compañeros de escuela. Este era un espacio en el que los *cursos* no solo se instruían, sino que retomaban contacto con viejas amistades y podían compartir, desde las más divertidas, hasta las más crudas experiencias vividas en diferentes puntos de la geografía nacional.

Pasados cinco meses en la Escuela de Armas y Servicios y con el corazón cargado de nuevas motivaciones, el capitán Escobar Tovar partió con rumbo al Batallón Contraguerrillas N.º 9 Los Panches, adscrito a la Novena Brigada, en el Huila. En esta unidad obtuvo varios reconocimientos por llevar a cabo operaciones exitosas y, debido a su gran desempeño, en abril de 1995 le notificaron su traslado al Batallón Colombia N.º 3, en la península del Sinaí, un privilegio de pocos en el Ejército Nacional.

Con esa gran oportunidad a pocas horas de convertirse en realidad, el capitán Escobar salió de sus pensamientos sobre lo que significaba para él portar el uniforme de desierto en Egipto y, con paso firme, ingresó a las oficinas de la Brigada donde se enteró de que había llegado una información de inteligencia que daba cuenta de la ubicación exacta de un grupo de guerrilleros que buscaban afectar a la población del municipio de Rivera, ubicado a 30 minutos de Neiva.



Hernán Ricardo en sus años de teniente, cuando hacía parte de la Escuela de Caballería.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

En cuanto se enteró de la información, el capitán Escobar Tovar le pidió al comandante de la unidad que lo autorizara para acompañar la operación porque sabía cómo llegar al sitio donde se encontraban los subversivos sin que las tropas fueran detectadas. Sin embargo, el comandante sabía que, dentro de pocas horas, el oficial debía partir hacia la capital del país y se negó a que Escobar participara en el golpe.

Luego de insistir unas cuantas veces y dada la confianza de su superior en el profesionalismo de Hernán Ricardo, decidió autorizarlo para que acompañara la operación, con el compromiso de llegar a tiempo para su viaje. El grupo asignado para cumplir con la misión se preparó con prisa y partió rápidamente. Una vez ubicados, caminaron durante toda la noche, bajo una lluvia ligera y constante, para llegar al lugar señalado por el grupo de inteligencia.

Ricardo se caracterizaba por ser un hombre tranquilo y observador, lo que le permitía dar los mejores resultados en el área de operaciones. Esa madrugada, estaba particularmente silencioso y algo inquieto, como si presintiera que algo extraño estaba por suceder.

Una vez llegaron al sitio, decidieron esperar el momento adecuado para el ataque. Contra el respeto de toda norma, los guerrilleros habían usado una casa para atrincherarse y allí

se encontraban. A las 5 de la mañana las tropas decidieron moverse hacia la vivienda y, en ese momento, una ráfaga de disparos inició el ataque contra los uniformados. Uno de los integrantes del grupo armado, a pesar de encontrarse rodeado, se negó a entregarse. Ricardo se encontraba justo frente a la puerta de la vivienda, el único lugar por el que el guerrillero podría escapar. El enemigo salió disparando e hirió a Escobar en una de sus piernas; pero en ese momento no importaba el dolor, ni el escandaloso color rojo escarlata de la sangre que empezaba a correr. Ricardo entró en combate cuerpo a cuerpo con su adversario.

Los soldados se percataron de lo que estaba ocurriendo y comenzaron a disparar para apoyar a su comandante. En medio del fuego cruzado, una de las balas surcó el aire y se alojó en la espalda del capitán Escobar. Pese a los esfuerzos sobrehumanos de sus subalternos por tratar de salvarlo, la gravedad de la herida esfumó rápidamente la vida de Hernán Ricardo a sus 26 años de edad. Eran casi las 6 de la mañana.

El combate cesó y un silencio sobrecogedor se apoderó de los soldados. El cielo se cerró y solo hasta las 5 de la tarde pudieron evacuar a las tropas que durante todo el día custodiaron el cuerpo de Hernán Ricardo que, para esa hora, debería estar en Bogotá, próximo a partir hacia el Sinaí.

La operación fue reconocida a nivel del Comando del Ejército como exitosa, ya que se logró neutralizar a dos cabecillas de la cuadrilla Cacica Gaitana del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y 16 subversivos más, en una época en la que la institución había sufrido varios reveses militares. Sin embargo, el precio de la victoria fue la muerte del capitán Ricardo Hernán Escobar Tovar, a quien su compromiso con el deber de combatir las amenazas contra la población de Rivera, Huila, le costaría la vida.

Así relató, en su momento, el periódico El Tiempo lo ocurrido en las primeras horas del 22 de abril de 1995:

Un Capitán del Ejército y 18 guerrilleros muertos era el resultado ayer de los fuertes combates que libran desde la madrugada del sábado tropas de la Novena Brigada con subversivos del Eln, en el Huila (...) Las primeras informaciones militares, indican que trece guerrilleros de la cuadrilla Cacica Gaitana del Eln, que opera en las montañas de la vereda La Legía, jurisdicción de Rivera, fueron muertos cerca a la población, por un grupo de contraguerrilla de Los Panches. Entre los subversivos muertos se encuentran el cabecilla de la cuadrilla conocido como Esper Martínez Chacón o Juan Narváez, y el jefe de finanzas del grupo conocido como Fabio. (El Tiempo, 1995, p.2)

“A los cinco minutos que murió Ricardo, a mí me llamaron porque allá, en el Batallón Los Panches, había un oficial de Caballería que estaba de comandante del Gaula, el mayor

Humberto Sánchez Rey. Él me llamó como a las 6:30 de la mañana, eso era como un sábado, entonces yo dije “algo pasó”, yo oí la voz de Humberto Sánchez y le dije: “Mataron a mi hermano ¿Cierto?” Y me dijo “sí, pero murió como un héroe” (...) entonces a mí me tocó salir a avisarle a mi mamá. Para ella el impacto fue tan grande que pasó así como en las novelas, se desplomó”, relata su hermano, el coronel de la reserva Germán Escobar Tovar.

El cuerpo de Hernán Ricardo llegó a Bogotá e inmediatamente se iniciaron todos los preparativos para realizar su sepelio: “Cuando llegamos a la sala de velación, me abordó mi Cr. Uribe Naranjo y me dijo “oiga, dónde está su hermano que ni siquiera para irse al Sinaí cumple con los requisitos, tenía que presentarse aquí”, yo le dije: “mi Cr, mi hermano está aquí y lo estamos velando”, cuenta Germán.

Durante las exequias, el féretro del capitán Escobar Tovar fue cargado por el entonces comandante del Ejército, el general Harold Bedoya, junto con los generales del Estado Mayor y el comandante de la Novena Brigada. Ricardo recibió varios homenajes póstumos: el Batallón de Contraguerrillas N.º 74 con sede en Leticia lleva su nombre. Casualmente, su hermano fue comandante de esta unidad cuando estuvo a cargo de la Brigada Móvil N.º 9.

También, un curso de comando de las Fuerzas Especiales y la Sala de Guerra de la Escuela de Caballería rinden homenaje a su nombre y legado como soldado de Colombia. Con posterioridad, fue ascendido póstumamente al grado de mayor y su mamá fue condecorada con la medalla de Orden Público, la medalla Córdoba y la medalla de San Jorge.



Fuente: Fotografía obtenida en el Salón de Banderas Glorias del Ejército (ESMIC).

“Son muy pocos los oficiales en el Ejército que tuvieron ese reconocimiento de que tres instancias militares llevaran su nombre, como ejemplo de un soldado valiente que organiza, planea, ejecuta una operación con lujo de detalles y el único muerto de la operación de las propias tropas fue él. Una entrega de vida completa”, relata su hermano.

No obstante, en el ámbito familiar, enfrentar una pérdida repentina deja huellas imborrables, como fue el caso de la señora Josefa, quien hasta sus últimos días cargó con el dolor de la pérdida de su hijo menor, su querido Tití, como lo llamaban de cariño:

Mi mamá adoraba a Ricardo, nunca se pudo recuperar de la pérdida de ese muchacho, lo lloró hasta antecitos de morirse. Todos los años, el día del cumpleaños de Ricardo, el día del aniversario de la muerte de Ricardo, mi mamá organizaba la misa con todas las pompas del caso, con tarjetas de invitación, eran misas cantadas, instrumentadas (...) el tiempo no logró mitigarle la pérdida de su hijo.

Su familia recuerda a Ricardo como un ser de luz. Su pérdida, para toda la familia, tuvo un gran impacto. Hernán Ricardo está constantemente en su memoria; pero aún, en medio del dolor, tiene presente que su amor incondicional por su labor como soldado de Colombia lo llevó a cumplir la promesa final de morir por defender a su país.



Luis Alfredo Fonseca Salamanca (05-08-1996)



Fuente: Fotografía extraída del Anuario de la ESMIC²⁸.

“Tenía en su mente llegar lejos, ser un general de la República y si mi Dios lo hubiera tenido para llegar a eso, seguramente hubiera sido así”.

Como de costumbre, es una fría mañana en Bogotá. Los cadetes reclutas, que integran la compañía Reyes, a cargo del capitán Jorge Victoria, están formando antes de iniciar sus actividades diarias en la Escuela Militar. Entre las filas del cuarto pelotón se encuentra Luis Alfredo Fonseca Salamanca, un joven de rasgos campesinos, ojos oscuros y pequeños, que se destaca entre sus compañeros por su corpulencia, probablemente adquirida por su dedicación a las labores del campo.

A su lado, en la formación, está Edwin Franco Toloza, con quien compartirá alegrías, tristezas, momentos de risa y será un gran apoyo en las encrucijadas por las que pasarán en la escuela. Al otro lado, se encuentra el cadete Mauricio Flórez Hernández, otro de sus grandes amigos. Los tres compartían no solo el mismo amor por el uniforme, sino también su ascendencia boyacense, razón por la que Luis Alfredo les decía “paisanitos”.

Fonseca, era oriundo de Duitama; creció en un hogar lleno de vida, compuesto por don Luis y doña María Teresa, además de 10 hermanos, entre los cuales ocupaba el séptimo lugar. En medio de juegos infantiles, tareas escolares, el cuidado de las ovejas y la recolección de

28 Ct. Luis Alfredo Fonseca Salamanca en sus años de cadete.

los frutos de la tierra que sus padres cultivaban con especial dedicación, transcurrieron sus años de infancia y adolescencia.

Fue particularmente llamativo para sus padres que, en una familia tan numerosa en la que ninguno de sus hermanos, tíos o abuelos pertenecía a la milicia, Luis Alfredo, con una determinación inquebrantable, desde temprana edad, se había propuesto ponerse un día las botas y el camuflado del Ejército Nacional e incluso sabía con certeza que, llegado el momento, elegiría el Arma de Ingenieros.



Luis Alfredo con sus compañeros en uno de los pasillos de la Escuela Militar.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Tanto su familia como sus compañeros de la escuela recuerdan que era especialmente dedicado a las matemáticas y la física. Se caracterizaba por ser un joven decidido, con objetivos claros, ponía en función de ellos toda su energía y dedicación. Su *lanza* de escuela, el hoy capitán de la reserva Edwin Franco Toloza, fue testigo de ello: “Luis era una persona

correcta, honesta, buen estudiante. Siempre muy dedicado a la carrera. Tenía en su mente llegar lejos, ser un general de la República y si mi Dios lo hubiera tenido para llegar a eso, seguramente hubiera sido así porque fue muy buen oficial”.

Ser un excelente oficial requiere un gran cúmulo de cualidades. Una de ellas, tal vez la que más pasa factura a los cadetes reclutas, es la condición física. Los infaltables ejercicios diarios de gimnasia básica sin armas, con armas y con maderos, el paso por la pista de infantería o las órdenes de hacer abdominales y flexiones de brazos a cualquier hora del día y en cualquier circunstancia podían hacer rendir a cualquiera; sin embargo, para Luis Alfredo, nada de esto era un problema; incluso se destacaba por sus habilidades durante las famosas competencias Intercompañías, un evento esperado por todos. Franco recuerda que, para uno de esos juegos, ambos, posiblemente motivados por el desgaste físico de las extensas jornadas de formación, se habían inscrito en el torneo de ajedrez; pero no contaban con que su comandante de pelotón vería en ellos habilidades de luchadores, así que tuvieron que participar en ese deporte, con tan buenos resultados para Fonseca que obtuvo una medalla.

A pesar de ser bastante competitivo, sobre todo en el trote, que era una de sus grandes fortalezas, -tal como lo recuerda el coronel de la reserva Carlos Estupiñán, uno de sus compañeros de pelotón-, Luis Alfredo tenía un temperamento tranquilo y estaba siempre presto a apoyar a los demás en cualquier circunstancia.

Pasados los tres años de formación en la escuela y luego de haber creado grandes lazos de amistad con sus paisanos, cada uno debió seguir su camino, no sin antes esperar que pronto, las dinámicas del conflicto les permitieran reencontrarse. Luis Alfredo partió con rumbo a la húmeda zona selvática del Amazonas para hacer parte del recién creado Batallón de Ingenieros N.º 18 General Carlos Bejarano Muñoz, donde recibiría su primer pelotón al mando como subteniente. No había pasado un mes de su llegada y ya contaba con su primera felicitación por su excelente espíritu de cuerpo, un resultado del esmero con el que Fonseca inculcaba a sus soldados en cada instrucción la importancia de permanecer unidos, no solo en área de combate, sino en cualquier situación; su propósito era que se imprimiera a fuego en sus corazones las palabras con las cuales habían hecho el juramento a la bandera.

Pasado un año en el Amazonas, y tal como lo había vaticinado su *lanza*, Edwin Franco, ya se podía vislumbrar la prometedora carrera que le esperaba a Fonseca Salamanca. Allí vivió por primera vez la experiencia de ser comandante de una base militar y, en tan solo 12 meses obtuvo 12 felicitaciones y fue enviado por sus superiores a realizar el Curso

Básico de Ingeniero de Combate en la Escuela de Ingenieros Militares en Bogotá. Luego de pasar tres meses entre las aulas y el frío inclemente de la capital, regresó a Leticia, donde permaneció hasta julio de 1990.

Su próximo destino, ya como teniente, sería el Batallón de Policía Militar N.º 4 con sede en Medellín, donde se dedicaría de lleno a la formación de los soldados de su pelotón. Fonseca tenía claro que él y sus hombres debían ser uno solo para cumplir con el objetivo de proteger a la población civil que estaba cada vez más expuesta a la rudeza de la guerra.

En 1992 continuaría cumpliendo su misión, esta vez desde el Batallón de Contraguerrillas N.º 15 Libertadores y, posteriormente, llegaría al Batallón de Ingenieros N.º 3 Coronel Agustín Codazzi, en el caluroso municipio de Palmira, Valle del Cauca; allí llegó en enero de 1993. Sus resultados y espíritu de cuerpo seguían convirtiéndolo en un oficial destacado. Esto le abriría la puerta para ser seleccionado como candidato al curso de Construcciones Militares, el segundo que realizaría en la Escuela de Ingenieros.

Con esta formación pudo ponerse al servicio de los colombianos en los lugares más recónditos de Colombia, ahora a través de la transformación de incipientes trochas en vías transitables, la creación de nuevas rutas de acceso para que decenas de personas pudieran desplazarse a otros lugares y la construcción de otras obras de las que cientos de familias podrían beneficiarse.

Con el paso de los años, el teniente Fonseca se hizo merecedor de distintivos como el de Especialidad Técnica de la Escuela de Ingenieros y, posteriormente, estando en el Batallón de Ingenieros N.º 5 Cr. Francisco José de Caldas, recibió el de Operaciones Psicológicas.

Para 1994 llegaría el momento de ascender al grado de capitán. En este momento, Luis Alfredo ya había estado en cinco unidades militares ubicadas en diferentes puntos cardinales del territorio nacional y había conocido no solo la deslumbrante biodiversidad del país, sino también la cruda realidad que vivía diariamente la población colombiana, que se hacía más compleja por causa de la violencia.

En el curso de ascenso, los *lanzas* Franco y Fonseca volvieron a encontrarse. Edwin recuerda que, como en los tiempos de la escuela, Luis Alfredo estuvo en el momento preciso para darle una mano y hacerlo persistir en las circunstancias más complejas: “me acuerdo mucho que para esa época yo estaba muy aburrido y charlaba mucho con él porque tenía un problema en la piel, que me afectó bastante; yo quería pedir la baja estando en el curso;

pero él me decía que no, que no me fuera, que esperara y yo a esa conversación le ‘paré bolas’ y no me retiré”.

Los *cursos* se despidieron al término de su formación y partieron nuevamente con destinos diferentes, cargando ahora en sus hombros las tres estrellas, ganadas a pulso y con un esfuerzo admirable. El capitán Fonseca Salamanca regresó a Bucaramanga, para continuar con su labor en el Batallón de Ingenieros N.º 5 Francisco José de Caldas, donde continuó sumando felicitaciones al destacarse por su excelente dedicación al trabajo, desempeño en el cargo, responsabilidad y profesionalismo.



Luis Alfonso Fonseca saludando a sus superiores.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Sin embargo, el empeño que ponía en su labor no era impedimento para que estuviera siempre al tanto de su familia. Cuenta su hermano que siempre buscaba al menos un par de minutos para comunicarse con los de la casa, saber cómo estaban, preguntar por sus sobrinos, cantar con ellos la canción del ‘Collar de perlas finas’ de Marbelle e incluso, cuando era necesario, darle uno que otro tirón de orejas a sus hermanos, quienes lo recuerdan también, al igual que su *lanza*, por dar los consejos más apropiados en el momento preciso.

El 5 de agosto de 1996, el capitán Fonseca fue enviado, junto con un grupo de suboficiales y soldados a supervisar algunas obras de infraestructura que se estaban llevando a cabo en zona rural del municipio de El Tarra, en Norte de Santander. La histórica complejidad de la zona que, por décadas ha sido testigo de la presencia, principalmente, del ELN y de otros

grupos armados, no ha sido impedimento para que el Ejército Nacional cumpla allí su misión y la comisión que integraba Fonseca Salamanca también haría su deber.

Los uniformados se prepararon para llegar a la zona, embarcaron su vehículo y se trasladaron al lugar indicado; la jornada transcurrió sin contratiempos. Al caer la noche, un pequeño grupo del que hacía parte también un ingeniero civil y en el que se encontraba el capitán Fonseca, salió hacia el casco urbano de la población. Después de una larga jornada, buscaban la oportunidad de hablar con sus familiares y hacerles saber que se encontraban bien. Sin embargo, no contaban con que, desde su llegada a la zona, se habían convertido en un objetivo militar.

Los uniformados ingresaron al modesto local de luz amarillenta donde se encontraban algunas cabinas de Telecom, charlaron un par de minutos con sus seres queridos, se despidieron con la ilusión de que la próxima vez la espera para poder comunicarse no fuera tan larga y salieron del lugar para dirigirse hacia la unidad. Pasarían apenas un par de segundos cuando se escucharon los primeros impactos de bala que, finalmente, acabarían con la vida del capitán Fonseca y de dos militares más. Los transeúntes quedaron atónitos ante lo sucedido y el hecho no pasó desapercibido ante la prensa nacional que registró así lo ocurrido aquella noche de agosto:

La noche del lunes, un comando del ELN atacó al grupo, que salía de la oficina de Telecom de El Tarra (Norte de Santander). Vestidos de civil, los militares habían ido allí a llamar por teléfono a sus familias. Según se conoció, 20 hombres del Frente Carlos Armando Cagua Guerrero, del ELN, que estaban escondidos a pocos metros de la empresa de telecomunicaciones, esperaron a que los militares hicieran su aparición (...) En el sitio murieron el capitán Luis Fonseca Salamanca, el teniente Harold Carrillo Guillombo, y el sargento viceprimero Pedro Patiño Ardila. Además, resultaron heridos el mayor José Sandoval Cuevas, y el ingeniero civil Édgar Sánchez López. Según fuentes oficiales, los militares muertos hacían parte de la línea de mando del Batallón de Ingenieros No. 14 Francisco José de Caldas, adscrito a la V Brigada. (El Tiempo, 1996, p.2)

El diario El Tiempo también publicó que, el entonces Comandante de la II División del Ejército, el mayor general Rafael Hernández López, rechazó lo ocurrido y dijo que “una vez más la guerrilla atenta contra el derecho internacional humanitario”, destacando que las acciones de los grupos armados organizados “contrastan con las obras de progreso y desarrollo que, en bien de los más necesitados, adelanta el Ejército en las zonas marginadas del país”. (El Tiempo, 1996, p.9)

En los días posteriores, el cuerpo de Fonseca Salamanca fue enviado a su madre y sus hermanos, quienes lo despidieron con una conmovedora ceremonia religiosa en la conocida

iglesia de Las Nieves en Tunja, donde en ese entonces vivía la familia. Sus restos mortales quedaron sepultados en los límites entre Tunja y Cómbita. Luis Alfredo cumpliría 30 años el 8 de agosto de 1996, dos días después de su muerte.

“Como al año de haber ascendido fue que me llegó la lamentable noticia de su fallecimiento. Me dolió bastante porque era una persona muy allegada a mí, éramos compañeros de escuadra y de pupitre y siempre fue un apoyo”, recuerda Edwin, recalcando que, más que amigo, Luis Alfredo, para él, era como su hermano.

A pesar de haber pasado más de dos décadas de su muerte; sin duda, tanto sus compañeros, como el capitán Franco, sienten el impacto de la pérdida de Fonseca y de los demás centenarios con los que compartieron un momento crucial en sus vidas: “me dio muy duro la muerte de Flórez, la muerte de todos y cada uno de ellos; de Pinto Puentes, de Vidal Apon- te... Todos porque básicamente nosotros en la escuela... para uno ya a 35 años es motivo de regocijo y de felicidad que algunos lleguen a generales, les vaya bien y se proyecten en la fuerza. Pero también muy triste por los que se han ido por diferentes causas. Eso nos afecta”.

“Grandes en la adversidad, modestos en la fortuna próspera, mantened siempre un alma igual y digna de un soldado generoso y firme”; este es el código que identifica a los ingenie- ros militares y que, sin lugar a dudas, el capitán Luis Alfredo Fonseca Salamanca hizo parte de su vida desde el primer día que cruzó la entrada de la Escuela Militar para convertirse en un soldado de su amada Colombia, hasta sus últimos instantes.



José Iván Hernández García (18-10-1996)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC²⁹.

*“Mis papás querían que estudiáramos medicina,
nos enviaron a los dos a Bogotá,
pero uno terminó siendo abogado y el otro militar”.*

Don José Ignacio Hernández está sentado en una de las sillas de la sala de su casa con la última edición del periódico El Tiempo entre las manos. Una mezcla entre expectativa y ansiedad lo invaden, mientras que desliza entre sus dedos las hojas de papel hasta llegar a la página donde se encuentra el listado de los aspirantes aceptados para ingresar a la escuela militar a comienzos de 1985.

Con ojo de águila revisa uno a uno los diminutos números organizados en largas columnas. Una sensación de alivio le devuelve la respiración al darse cuenta que su hijo, José Iván, no está entre los seleccionados. Momentos después, José Iván coge el periódico y tras revisar la lista nuevamente, interrumpe emocionado la alegría del padre; quien por error había pasado por alto el número que anunciaba que, a partir del mes de enero, irremediablemente sería uno de los nuevos integrantes de la ESMIC.

El entusiasmo que inunda a José Iván contrasta con la frustración y una cierta preocupación que experimenta su padre. Él siempre quiso que sus hijos mayores fueran médicos; ahora,

²⁹ Ct. José Iván Hernández García en sus años de cadete.

uno de ellos, Fabián, estaba *ad portas* de ingresar a la facultad de derecho y el otro, el mayor de la casa, sería oficial del Ejército Nacional.

La familia Hernández García, encabezada por don José Ignacio y doña Luz, vivía en el cálido municipio de Tocaima, Cundinamarca con sus cuatro hijos, entre los que José Iván se destacaba por su carácter bromista y alegre. Su hermana menor recuerda con risas que en el colegio vivía enamorado y era muy noviero. La voluntad de servicio también era uno de sus rasgos característicos; se tomaba muy en serio su interés por ayudar a las personas y a su comunidad, a tal punto que, en su juventud, hizo parte de la Defensa Civil y de la Cruz Roja de su municipio.

Probablemente, fue en esos escenarios en los que se forjó su vocación militar. Para su hermano Fabián, “el destino estaba para que Iván fuera militar” y recuerda particularmente la forma en la que ambos se convirtieron en cómplices y decidieron cada uno perseguir sus sueños: “el último formulario que se vendió ese año para entrar a la escuela fue el de Iván, recuerdo que costó 15.000 pesos, era justo lo que teníamos; nos quedamos sin con qué devolvemos a la casa donde nos estábamos quedando”.

Tras su ingreso a la escuela, sus padres y hermanos no perdían ocasión para visitarlo. Lo primero que notaron fue cómo las duras rutinas diarias, sumadas al ejercicio constante le quitaron unos cuantos kilos de encima; pero con el paso del tiempo, se fue adaptando a las dinámicas de la formación militar. Uno de los momentos que la familia tiene fresco en su memoria es la imagen de José Iván entrando por la puerta de la casa con una caja de donas cada vez que llegaba de permiso; ellos nunca dejaron de ser su prioridad, a pesar de la distancia y las escasas oportunidades para comunicarse. A cambio de eso, ellos siempre fueron sus cómplices y su apoyo incondicional: “mi hermano era muy despalomado, le pasaron la lista de las cosas para llevar a una campaña, no compró unos plásticos y cosas que necesitaba, así que nos llamó a nosotros para ayudarle a buscar todo eso. Tuvo que ir la esposa de mi tío a llevarle todo. Pero no se podían dar cuenta en la Escuela porque lo regañaban. Ella tuvo que lanzar las cosas por encima de la cerca de la ESMIC en un punto específico acordado con anterioridad. Pero se dieron cuenta, y llevaron a mi tía a la guardia por lanzar el paquete negro; a él lo regañaron por eso”, cuenta con cierta gracia su hermano Fabián.

Sorteadas todas las pruebas y culminada la formación en la escuela, llegó el momento de decir adiós al que fue su hogar y el lugar de grandes e inolvidables aprendizajes durante tres años. El 26 de diciembre de 1987, partió rumbo al Batallón de Infantería Mecanizado N.º 4

General Antonio Nariño, en la costa Caribe. En esta unidad, en la que permaneció por dos años y medio, se ganó el reconocimiento de sus superiores por su consagración al trabajo y desempeño, lo que le mereció tener un lugar en el cuadro de honor.

En 1992, ya en el grado de teniente, se distinguió junto con sus hombres por la efectividad de su labor en el área de operaciones y producto de su participación en misiones exitosas, se le otorgó el distintivo de Contraguerrilla en tercera categoría. Sin duda, el mayor logro de su carrera lo obtuvo el 5 de agosto de 1996, durante su segundo año de capitán. Ese día vistió en su uniforme la Orden al Mérito Militar José María Córdova en el grado de oficial. Esta es una condecoración otorgada por el presidente de la República, reservada para los miembros del Ejército Nacional que se destacan por sus actos de valor, servicios distinguidos y virtudes militares.

Ese día, motivo de orgullo para sus padres y sus hermanos, quienes lo habían acompañado en cada uno de los acontecimientos importantes de su vida militar, no solo relucía la medalla con la efigie del General José María Córdova en la Batalla de Ayacucho que colgaba de una cinta color rojo cereza; sino también el rostro erguido y radiante del capitán Hernández García que veía en este reconocimiento el fruto de sus esfuerzos para lograr que muchas familias, como la suya, pudieran vivir en paz.

Para ese año, José Iván ya había pasado por siete unidades en diferentes puntos cardinales del país y conocía no solo los deslumbrantes y diversos paisajes de la geografía colombiana, sino que también tuvo la oportunidad de ver a través de su mirada de soldado y de ser humano, las graves afectaciones causadas a su paso por los grupos armados organizados.

Corría el mes de octubre de 1996. El capitán Hernández, que pertenecía en ese entonces al Batallón de Contraguerrillas N.º 34 Coronel Jaime Fajardo, acudió con la prontitud del caso a cumplir una orden de operaciones en inmediaciones del municipio de San Juan de Rioseco, en Cundinamarca. Para esa época, las FARC tenían varios frentes en los municipios cercanos a la capital del país, que hacían parte de una zona denominada como el Centro de Despliegue Estratégico en la cordillera Oriental; esto, con miras a alcanzar su objetivo de llegar a Bogotá y tomarse el poder.

Hernández García se desplegó con sus hombres y, mientras que realizaban un desplazamiento, él y sus tropas fueron emboscadas. Esta fue la última misión cumplida por José Iván, la que le costaría la vida.

Los días siguientes a su muerte fueron, sin duda, bastante dolorosos para la familia Hernández García. Sentir la ausencia del hombre alegre, desparpajado, atento y cariñoso, recordar su especial afecto y alcahuetería con su primera sobrina, Manuela, fue un proceso doloroso. Como una forma de mantener viva la memoria de su hermano, Fabián decidió llamar a su hijo Carlos Iván.

Quizá algo que logró reconfortar en esos momentos difíciles de sobrellevar fue el homenaje que José Iván recibió por parte de los habitantes de su natal Tocaima. En el parque central del pueblo, reposa una placa en memoria de él y de su compañero centenario, el teniente Álvaro Hernán Bolaños Bonilla, oriundo de esa tierra y que también hace parte de la lista interminable de héroes que murieron defendiendo su patria. El reconocimiento a su valor, su entrega y su vida de servicio quedó escrito en la memoria de su comunidad que busca recordar hasta la posteridad el legado de dos de sus hijos que siempre quisieron darlo todo por su querida Colombia.



Carlos Enrique Vidal Aponte (02-07-1997)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC³⁰.

*“Sin exagerar quizá, podré decir, que vivió más
en función de los otros que de sí mismo”.*

**“¡Lealtad, valor, sacrificio!
Tres palabras que yo llevo ante mí
Soy lancero de Colombia y me llama el servicio
¡Ya me voy por mi patria a morir!”.**

Bajo el inclemente sol que suele cobijar a los soldados en el Fuerte Militar de Tolemaida, el subteniente Carlos Enrique Vidal Aponte, un hombre alto y robusto, de tez morena y ojos negros, va animando el trote a todo pulmón. Sus compañeros, que golpean al unísono el pavimento caliente mientras cantan con él, se admiran del temple y el buen ánimo que lo caracterizan, a pesar de las constantes y agotadoras exigencias del curso de lancero.

Evidentemente, para Vidal el camuflado era su segunda piel. Durante sus años de infancia y adolescencia, transcurridos en Cartago, Valle, junto a sus padres, don Jorge y doña Zulma, había pertenecido a los Boy Scouts, un grupo que exigía organización, destreza, trabajo en equipo y habilidades para sobrevivir en condiciones adversas; en ese contexto de hermandad y disciplina comenzó a forjarse su vocación militar.

30 My. Carlos Enrique Vidal Aponte en sus años de cadete.

Su amigo de adolescencia, James Posada, con quien no solo compartía la cotidianidad del colegio, sino también las experiencias en el grupo de scouts, recuerda el esmero con el que Carlos Enrique dirigía a los novatos; era casi un presagio de lo que sería su vida como oficial del Ejército.

Al finalizar el año de 1984, los amigos culminaron sus estudios y emprendieron caminos distintos: James ingresó a la universidad para estudiar Ingeniería Agronómica y Carlos dejó su natal Cartago y partió rumbo a Bogotá, donde iniciaría una nueva etapa como cadete de la Escuela Militar.

Vidal Aponte se destacaba entre los reclutas de la compañía Ricaurte por su personalidad alegre y bromista. Su *lanza*, el cadete Álvaro Diego Tamayo Hoyos recuerda que incluso su comandante, el capitán Alejandro Navas, lo hacía pasar frente a sus compañeros a contar chistes; nunca perdía el buen ánimo por más largas e intensas que fueran las jornadas.

Durante su tiempo en la escuela, también conoció a uno de sus grandes amigos, el cadete Álvaro Villarreal Neira con quien integraba la cuarta escuadra del cuarto pelotón. El hoy teniente coronel de la reserva tiene muy presentes los dotes de líder que caracterizaban a Vidal. Su carácter recio y aguerrido lo hicieron propicio para pertenecer al Arma de Infantería; desde la escuela se veía recorriendo con paso aplomado la densidad de la selva, llegando a los lugares donde los colombianos necesitaban la presencia de un soldado que les tendiera la mano, que los ayudara a sentirse tranquilos.

El primer lugar al que fue destinado para cumplir su misión como oficial fue el Batallón de Infantería N.º 46 Voltígeros, en tierra antioqueña. Allí llegó con uno de sus *lanzas* de escuela, Tamayo Hoyos, con quien haría parte de la misma compañía de instrucción de soldados; en medio de los retos y las realidades que representaba llegar a su primera unidad, los *cursos* se convirtieron en hermanos de trinchera. A donde quiera que llegara, Vidal impregnaba su buena energía.

Por sus cualidades, en el año 1989, siendo subteniente de segundo año, fue seleccionado para hacer el curso de lancero en el que estuvo entre los primeros 10 puestos; ese sería el punto de partida de una formación intensa que lo llevaría a convertirse en uno de los portadores de la boina terracota, reservada para los hombres destacados que integran las Fuerzas Especiales; parecía que la vida, desde niño, lo había preparado para estar allí.

Luego de su paso por el Voltígeros, el Batallón de Infantería N.º 14 General Antonio Ricaurte sería su nuevo lugar de destino. Como cuando era apenas un joven que tenía a su cargo a los scouts más pequeños y les enseñaba que juntos eran más fuertes, Vidal se destacaba por inculcar en sus soldados ese espíritu de cuerpo que podía hacerlos invencibles, lo que le mereció obtener varias felicitaciones por parte de sus comandantes.

Posteriormente, fue llamado a realizar el curso de paracaidismo. Estar de pie por primera vez en la plataforma de un avión, con una infinidad de nubes a sus pies, y saltar al vacío impulsado por un estallido de adrenalina sería una de las sensaciones que jamás olvidaría. Poco a poco, con paso de vencedor, el teniente Vidal Aponte iba forjando una prometedora carrera.

Uno de los años más fructíferos en la vida militar de Carlos Enrique Vidal Aponte sería 1993. En el mes de enero, haciendo parte del Batallón de Comandos N.º 1, Ambrosio Almeida, con sede en Tolemaida, tuvo la oportunidad de hacer intercambio de alas³¹ y recibir el distintivo de paracaidista americano. Más adelante, su dedicación y audacia lo harían digno de portar una de las condecoraciones más codiciadas por un uniformado: la Medalla de Servicios Distinguidos en Orden Público, otorgada por el presidente de la República.

En 1994, el teniente Vidal no solo sumó otro distintivo más a su uniforme, el de Contraguerrilla Rural, gracias a su participación en operaciones exitosas, sino que también siguió sumando experiencia en el aire, esta vez, con el curso de empacador³² y, posteriormente, como jefe de salto. A mediados de este año, se daría el escenario para tener un reencuentro con sus compañeros en el curso de ascenso a capitanes. Innumerables anécdotas se cruzarían entre los centenarios en medio de las clases y los momentos de descanso.

Luego de sumar la tercera estrella a su uniforme, el capitán Vidal partió con destino al Batallón de ASPC N.º 7 Antonia Santos, con sede en Villavicencio. En esta unidad su trabajo hablaba por sí solo: “como militar creo que presentaba su mejor faceta, su uniforme lo convertiría en todo un ejemplo a seguir, en el líder que sus hombres querían emular: profesional, honesto, justo, leal, táctico, aguerrido, calculador y combatiente nato” destaca su *lanza*, Álvaro Villarreal, con quien compartió las vivencias de la guerra en más de una unidad.

El camino para llegar a ser miembro de las Fuerzas Especiales está labrado por una extrema disciplina; el esfuerzo, muchas veces sobrehumano, para enfrentar las condiciones más

31 Acto simbólico que sella el salto en paracaídas entre los Ejércitos de dos países.

32 Curso en el que se imparten conocimientos sobre la fabricación y empaque de los paracaídas de línea estática, utilizados en el desarrollo de operaciones aerotransportadas.

adversas e inimaginables; y una absoluta convicción de que cada paso dado, por difícil que sea, escribe a fuego la historia de un país. El capitán Carlos Enrique Vidal Aponte dio cada una de esas pisadas de manera tan perfecta e impecable que, tras prestar sus servicios durante 20 meses en los Llanos Orientales, fue finalmente destinado a ocupar las filas del Batallón de Fuerzas Especiales Rurales N.º 3 Pedro A. Herrán.

Su retorno a Tolomaida le daría nuevamente la oportunidad de reencontrarse con su gran amigo, Tamayo Hoyos, quien para ese entonces era instructor de la Escuela de Lanceros. Los *lanzas* se encontraban constantemente cuando Vidal regresaba del área de operaciones. Uno de esos tantos golpes victoriosos trajo consigo un reconocimiento más para el capitán vallecaucano: la Orden del Mérito Militar José María Córdova, que hace un reconocimiento a los miembros del Ejército destacados por sus actos de valor, disciplina, virtudes militares, servicios eminentes y compañerismo.

En medio de las dinámicas de un conflicto que para mediados de los años 90 arreciaba en gran parte del país, los militares encontraban un espacio para compartir y recargarse de energía antes de regresar al teatro de operaciones. Tamayo recuerda, particularmente, una anécdota que refleja cómo, a pesar del paso del tiempo y las experiencias, Carlos Enrique seguía conservando su carácter extrovertido y jovial: “un día nos reunimos algunos compañeros y Vidal cargaba con una máquina de peluquería. En medio de su mamadera de gallo, cogía la máquina y se la pasaba a uno; que tocaba, pues tusarse, porque ya quedaba uno ahí todo trasquilado”.

El año 1997, se caracterizó por el recrudecimiento de los ataques en masa perpetrados, especialmente por las FARC, a estaciones de Policía, bases militares y poblaciones enteras, con el fin de demostrar su poderío y capacidad de combate, usando incluso medios y métodos de guerra prohibidos por los daños indiscriminados y las muertes que causaban y de las cuales el país entero fue testigo.

Cada vez con más frecuencia se requería la presencia de las Fuerzas Especiales para dar golpes estratégicos y certeros que permitieran mermar las acciones de las guerrillas y proteger a la población civil de las amenazas causadas por estos grupos. Para inicios del mes de julio, Vidal y sus soldados fueron enviados con destino a la zona rural del municipio de Turbo, en Antioquia, el lugar donde había iniciado su camino como oficial; su misión: dismantelar el principal campamento del Bloque Nororiental de las FARC.



Carlos Enrique luciendo la boina que lo identificaba como miembro de las Fuerzas Especiales. Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

El capitán Vidal era el comandante de la compañía Destructor. Siguiendo con la operación, él y sus hombres desembarcaron y emprendieron camino, abriendo trocha entre la manigua para llegar al punto indicado donde asentarían el golpe. Los militares caminaban a paso aplomado, como tanteando la selva, con la sutileza que los caracterizaba. Era el mediodía del 2 de julio cuando los sonidos propios de la selva fueron reemplazados por ráfagas de fusil que alertaron a los hombres de Fuerzas Especiales. Habían llegado al punto donde se encontraba la guerrilla, que no se dejaría derrotar sin dar la pelea a como diera lugar.

Los soldados, comandados por Vidal, ganaban posiciones y hacían lo propio para diezmar a los guerrilleros que no bajaban la guardia. En medio del combate, el capitán se percató de que dos de sus hombres habían desaparecido; él, que era hijo único y que había aprendido el valor de la hermandad desde que hacía parte de los Boy Scouts, reunió a su tropa y regresó a buscar a los soldados. Avanzando entre la inclemente humedad y la tupida vegetación, Vidal y dos uniformados más fueron alcanzados por las balas de la guerrilla.

Inmediatamente, el enfermero de combate, junto con un sargento, acudió a socorrer a los militares. Mientras que el soldado trataba de contener el daño causado por los proyectiles, se escucharon los pasos de los subversivos acercándose al grupo de uniformados que habían quedado fuera de combate.

Una vez los encontraron, fueron tomados como rehenes y llevados al campamento guerrillero. Es difícil para alguien que no ha vivido la guerra en carne propia imaginarse lo que pasa por la mente de un soldado cuando siente que la muerte comienza a rondar a su

alrededor. Si está preparado para partir, cierra los ojos y espera su destino con la convicción de haber cumplido su deber, de haber portado su uniforme con dignidad y haber cumplido a cabalidad el juramento que un día hizo frente a la bandera colombiana; finalmente, es un ser humano enfrentándose cara a cara al final de su vida.

Vidal y sus soldados habían llegado a ese momento; los hombres que los retuvieron hicieron caso omiso a su condición de desventaja y los asesinaron estando desarmados y en estado de indefensión, mientras que el suboficial empezaría ese día el tortuoso e inhumano camino del secuestro que tuvo que trasegar durante casi seis años.

Por estos hechos, a comienzos del 2022, la Fiscalía General de la Nación acusó a Luciano Marín Arango, alias Iván Márquez, comandante de las disidencias de las FARC, por el homicidio del capitán Carlos Enrique Vidal Aponte, los soldados profesionales William Amado Suárez, Fabio Pineda Serna e Iván Ramírez Muñoz y el secuestro del sargento Pedro José Guarnizo Ovalle. El ente acusador consideró que la guerrilla cometió un crimen de guerra, desconociendo el principio de humanidad, dado el estado de vulnerabilidad de Vidal y sus hombres (Fiscalía General de la Nación, 2022).

El teniente coronel Tamayo Hoyos recuerda que el capitán estaba próximo a casarse cuando fue asesinado. Por su parte, James, su amigo de infancia, se enteró de la muerte de Carlos Enrique por su padre; a pesar de los innumerables intentos que hizo por contactarse con don Jorge y doña Zulma, no le fue posible.

Para el teniente coronel Villarreal Neira es difícil y fácil a la vez hablar de Carlos Enrique Vidal Aponte; la nostalgia y la gratitud lo invaden al referirse a su lanza: “Perdió el Ejército a un gran combatiente, a un gran profesional de las armas, a un infante único y aguerrido; perdió la vida a un gran ser humano: noble, virtuoso, alegre, amigo y compañero, perdió la familia a un hijo inmejorable. Perdimos todos, porque sencillamente se marchó sin darnos siquiera la oportunidad de conocerle en todo su potencial”.

Como reconocimiento a su servicio y entrega por su institución, por sus hombres y especialmente por su país, Carlos Enrique no solo fue ascendido póstumamente al grado de mayor, sino que el 11 de diciembre de 1997 se creó el Batallón de Contraguerrillas N.º 55 Mayor Carlos Vidal Aponte³³.

33 Esta unidad se creó mediante disposición N° 000016 del 11 de diciembre de 1997 expedida por el comandante del Ejército Nacional. El 1 de junio de 2010, a través de la disposición N° 0025 se cambió el nombre de Batallón de Contraguerrilla a Batallón de Combate Terrestre (BACOT55); Finalmente, a través de la disposición N° 02173 del 01 de noviembre de 2017 se desactivó esta unidad.



Fuente: *Fotografía obtenida en el Salón de Banderas Glorias del Ejército (ESMIC).*

Su hoja de vida, en la que reposan 73 felicitaciones recibidas durante su corta carrera, al igual que la gratitud que guardan hacia Carlos Enrique sus compañeros y subalternos, son la evidencia del gran oficial y la gran persona que perdió el Ejército, la familia Vidal Aponte y los colombianos en medio de la guerra que se ha librado en las selvas del país durante décadas. 26 años después de su muerte, perdura el anhelo de que su nombre y el de los demás centenarios que dieron la vida defendiendo el derecho a la paz, sean escritos con tinta indeleble en la historia de Colombia.



Pedro Elías Solaque Chitiva (24-10-1997)



Fuente: Fotografía tomada del anuario de la ESMIC³⁴.

*“Uno habla a veces de mi papá y no se habla como si él estuviera muerto.
Mi mamá y yo tenemos la sensación de que en cualquier momento
entra por la puerta diciendo “Hola, estaba en una misión por allá en ...”.*

Ver a Pedro Elías era ver al típico campesino cundinamarqués de sombrero, ruana, cachetes quemados por el frío de la sabana y una noble sonrisa. Así recuerdan sus compañeros de escuela a este hombre, oriundo de Junín, un municipio de Cundinamarca, donde nació el 21 de agosto de 1965. Era el mayor de los seis hermanos que componen el hogar de Pedro Luis Solaque y Eulalia del Carmen Chitiva.

Pedro creció entre cultivos de papa, vacas y terneros que eran propiedad de sus padres y abuelos maternos, a quienes tenía un especial afecto. Amaba la vida de campo y estaba siempre al tanto de las labores cotidianas de la ruralidad. Uno de sus hermanos recuerda que podían caminar horas y horas con maletas al hombro, para ir a ver el ganado de su abuelo y regresaban en la tarde al pueblo con las cantinas de leche fresca, sin un ápice de cansancio.

34 My. Pedro Elías Solaque Chitiva en sus años de cadete.

Pedro era un amante de la naturaleza y desde que era niño tuvo una especial predilección por las caminatas en zonas montañosas porque le gustaba husmear entre los árboles y la espesa vegetación por si tenía la suerte de encontrarse algún día a un animal salvaje o simplemente por el placer que le producía avistar las aves silvestres que suelen habitar estos lugares.

Quienes lo conocieron coinciden en que era un excelente ajedrecista y un completo aficionado a la lectura: “le gustaba mucho instruirse, leer, decía que él tenía que conocer el mundo, así fuera a través de los libros”, recuerda su esposa, Nubia González.



Pedro Elías junto a sus padres en una de las ceremonias de la Escuela Militar.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Pedro Elías terminó sus estudios de bachillerato en 1982; por iniciativa propia decidió ingresar a la Escuela Militar. Su objetivo: crecer en su vida profesional y mejorar la calidad

de vida de su familia. Recuerdan sus hermanos que, pasados unos meses desde su incorporación a la escuela, veían en él un especial entusiasmo con todo lo que veía y aprendía, además de los sitios que la formación militar le permitía conocer. También aprovechaba para aprender de negocios porque no dejaba de pensar en montar un negocio familiar.

Si bien la vida en la ESMIC no era nada fácil para ninguno, las costumbres y labores del campo, además de ser el ejemplo para sus hermanos, le habían enseñado a ser disciplinado y entregado en todo lo que hacía. Pero especialmente, destacaba en la escuela por su nobleza y amabilidad. El hoy coronel de la reserva César Oswaldo Morales Ramírez, uno de sus compañeros de escuela y quien se convertiría en uno de sus grandes amigos en su primera unidad, veía en Pedro a “un hombre al que uno se podía acercar fácilmente porque era de un carácter muy simple”.

Cabalgar era otra de las aficiones de Pedro Elías, así que era casi inevitable que el cadete Solaque eligiera el Arma de Caballería. Listo para enfrentar los desafíos de un país en conflicto y cargando en sus hombros la preciada estrella de subteniente, fue enviado a cumplir su primera misión en el Grupo de Caballería Mecanizado N.º 12 General Rincón Quiñónez, ubicado al norte de Bogotá. Allí fue encargado de la instrucción de los soldados, actividad a la que se entregaba con total dedicación: “eran las 10, 11 de la noche y él estaba todavía elaborando a mano los planes de lección para la instrucción del día siguiente y leyendo muchísimo, porque como no era docto con la palabra, leía muchísimo para no fallarle a sus hombres con la instrucción”, cuenta César, haciendo memoria de sus tiempos de grandes amigos en el Rincón Quiñónez.

Este primer escalón en su vida militar no fue nada fácil, pues tuvieron que enfrentarse a uno de los hechos que ha dejado las marcas más profundas en la historia de Colombia: la guerra sin cuartel generada por los carteles del narcotráfico a finales de los años 80 y principios de los 90. César recuerda que “fue una época en la que todo se paralizó y en Bogotá nos dedicamos exclusivamente a hacer retenes por toda la ciudad para evitar los carros bomba. Pedro era de los que se entregaba de lleno a esa situación, no dormía, vivía permanentemente ocupado en el cumplimiento de su deber”.

Sorteadas estas dificultades y pasados 18 meses, el subteniente Solaque fue trasladado al Batallón de Infantería de Selva N.º 49 Soldado Juan Bautista Solarte Obando en Putumayo, donde lo esperaba algo más que los aprendizajes de la vida militar. Allí conoció a Nubia, una jovencita a la que, a punta de serenatas y canciones, le robó el corazón. Después de

un año y medio de relación, Pedro Elías y Nubia se casaron en Bogotá y, fruto de su amor, nacieron dos niñas: Karent Giseth y Shirley Andrea.



Los recorridos por las zonas selváticas le recordaban el amor que desde niño sintió por los animales y la naturaleza.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

A su vez, la dedicación e indiscutible calidad de líder hicieron que la carrera militar del teniente Solaque avanzara cosechando grandes reconocimientos y prestando su servicio como oficial en el Batallón de Infantería N.º 37 Guardia Presidencial y en el Batallón de Contraguerrillas N.º 24 Héroes de Pisba, donde obtuvo un gran número de felicitaciones por su responsabilidad, consagración al trabajo, espíritu de cuerpo y desempeño, pues sabía cómo inspirar a sus hombres para que estuvieran siempre al servicio de todos.

Pero más allá de su gran labor, Solaque continuó destacándose por su humanidad, que no pasaba desapercibida entre los soldados a su cargo: “su bondad la transmitía a sus hombres, los cuidaba y protegía como a sus hijos, entonces le tenían mucho cariño (...) convencía a sus hombres con el ejemplo”, destaca César, su *lanza*.

Para diciembre de 1994, Pedro Elías avanzaba otro escalón en su carrera militar, ascendió al grado de capitán y entre las múltiples ocupaciones, los rigores de la vida castrense y las limitaciones para comunicarse, Nubia se las ingeniaba para verlo. En tres oportunidades llegó de sorpresa a las bases militares donde Pedro se encontraba para celebrarle sus cumpleaños o incluso compartir, así fuera unos momentos con él.

Para Pedro Elías, su familia era lo más importante. Sin embargo, uno de los grandes sacrificios de ser soldado es, sin duda, dejar el hogar, para cumplir con el deber de proteger a todo un país: “pensábamos que cuando viniera a hacer el curso de mayor era cuando podríamos tener un poquito la vivencia de familia, compartir con la familia, los hijos. En algún momento le decía ‘yo necesito un esposo’ porque a uno le toca prácticamente solo con los hijos”, relata su esposa Nubia anhelando que hubieran sido muchos más los momentos compartidos con Pedro en el calor del hogar.

Así transcurrieron los años y en 1996, el capitán Solaque fue trasladado al Grupo de Caballería Mecanizada N.º 5 General Hermógenes Maza, con sede en Cúcuta. Una zona crítica en materia de orden público e históricamente caracterizada por la presencia del ELN. En octubre de 1997, Pedro Elías completaba 15 meses en esta unidad y continuaba destacándose por su dedicación, disciplina y compromiso con su labor.

Para ese entonces, Karen Lizeth y Andrea, sus hijas, tenían 5 y 3 años respectivamente. Nubia recuerda, como si fuera ayer, un hecho curioso que ocurrió la mañana del 21 de octubre. “Nosotras estábamos en la casa en Cúcuta y había tres mariposas negras en la casa. Siempre tengo ese agüero o mi mamá me enseñó que cuando hay mariposas negras hay que matarlas porque eso es una *contra* de alguna tragedia. Y resulta que yo ese día intenté con la escoba y no pude”. Nubia, inquieta por lo que acababa de ocurrir, llamó inmediatamente a Pedro para advertirle que podría tratarse de un mal presagio; sin embargo, su respuesta, impregnada de tranquilidad fue contundente: “a la muerte no hay que tenerle miedo”.

Tres días después, el 24 de octubre de 1997, el capitán Solaque preparó a sus hombres y juntos salieron rumbo al municipio de Puerto Santander, específicamente a un sitio denominado Puente angosto, donde había sido reportada la presencia de un vehículo abandonado,

que posiblemente estaría cargado con explosivos. El capitán Solaque llegó a la zona con su pelotón, se puso al tanto de lo ocurrido y, cautelosamente, se dirigió a inspeccionar el carro sospechoso. Infortunadamente, en ese momento la carga explosiva fue activada, causándole la muerte instantánea a él y a un miembro de la Policía Nacional que se encontraba apoyando la labor de los militares en la zona.

Nubia recuerda cada detalle de ese viernes con total claridad; parece que el tiempo no hubiera pasado en su memoria. Cuenta que justo ese día, la empleada que la apoyaba con las labores del hogar no había llegado. Así que ella se dispuso a lavar en el patio la ropa de una de sus hijas, mientras que ellas se divertían jugando con una manguera. Los chorros de agua iban y venían incontrolables de un lado al otro. De repente, una sensación extraña e indescriptible, lo que en Colombia se conoce como una corazonada, la invadió de pies a cabeza.



Pedro Elías y Nubia en una de las visitas relámpago que ella hacía a las unidades.

Fuente: Fotografía brindada por la familia o compañeros del oficial.

Con una firme determinación dijo a sus hijas: “vengan nos alistamos y vamos a visitar a su papá”; inmediatamente el juego terminó. Nubia cruzó la cocina y caminaba por la sala hacia las habitaciones para irse a vestir y arreglar a sus hijas. Un puño seco y firme golpeó la puerta de la casa. “Cuando yo me asomo, sale el padre, el médico y creo que el coronel Matamoros. Yo les dije, “qué pasó con Pedro, qué Pasó con Pedro”. Ya uno sabe, cuando hay esas visitas, que es el anuncio de una tragedia”, relata Nubia, mientras pasa por su

mente el momento en que su vida y la de su familia dio un giro de 180 grados. Pedro Elías había celebrado su cumpleaños número 32 dos meses antes de su asesinato.

El cuerpo del capitán Solaque fue trasladado a Bogotá para ser velado en el Cantón norte y luego llevado a su destino final en el cementerio Jardines de Paz. Para su esposa y sus dos hijas, la muerte de Pedro fue el punto de partida de un camino que no sería nada fácil: “yo duré un año en un estado así que no dormía, yo no reaccionaba a la realidad. Vivía, como dice la canción, en el limbo”, dice Nubia.

Pero en medio del dolor, la vida continuaba. Para ella, sus hijas se convirtieron en el motor que la impulsaba a levantarse cada mañana de la cama y seguir con la vida. Así que buscó un trabajo y, en medio de múltiples adversidades, se dedicó de lleno a luchar por el futuro de Karent Gisseth y Shirley Andrea, no solo por su bienestar, sino también como una forma de honrar la memoria de Pedro: “lo que yo le hice de honores a su padre, fue educar a esas dos niñas y no me arrepiento de haber hecho todo lo que hice por ellas porque en realidad es lo más bonito que me ha pasado”.

La institución también rindió un homenaje al legado y sacrificio del capitán Pedro Elías Solaque Chitiva otorgándole el ascenso póstumo al grado de mayor y perpetuando su memoria en la historia del Ejército con el nombramiento del Batallón Contra el Narcotráfico N.º 3 Mayor Pedro Solaque Chitiva.

A pesar del paso de los años y de la ausencia de uno de los pilares de la familia, Nubia, Karent Gisseth y Shirley Andrea tienen la certeza de que Pedro nunca se ha ido: “Pedrito mantiene con nosotros, todavía lo sentimos con nosotros. Yo creo que parte de las cosas que me pasan en la vida es que, cada que voy a hacer algo y tengo una dificultad, hay alguien que siempre me da la mano y nunca me he explicado cómo y creo que es él y mi Dios que nos acompañan”.

Hoy en día, Karent y Andrea mantienen vivo el recuerdo de su papá. Karent es el reflejo físico y personal de Pedro, hasta le sacó el lunar que tenía en el rostro; y Andrea, siguió sus pasos, no portando el uniforme, sino poniendo sus conocimientos y habilidades como abogada al servicio del Ejército Nacional. Aunque en principio, Andrea no quería tener nada que ver con la vida militar, de manera inesperada, apareció la oportunidad de trabajar con la institución, una experiencia que le hizo entender el sacrificio diario que había hecho su padre hasta el fin de sus días: “acá uno se da cuenta que el Ejército no es un trabajo normal, en un trabajo normal trabajas de 8 a 6; acá tú trabajas de lunes a domingo”.

Por su parte, César, su *lanza*, lo recordará siempre como un buen amigo: “Entre todos los soldados de caballería se destacaba por ser un soldado humilde, lleno de una nobleza incommensurable (...) La grandeza de Pedro Solaque radica en su humildad. Pedro se debía a sus hombres, él enseñaba con el ejemplo, eso lo hizo un gran líder y así como protegió a sus hombres, desde el cielo está protegiendo a su familia”.

Tampoco duda en afirmar que su amor por Dios, su familia y su país convirtieron al mayor Pedro Solaque Chitiva en un hombre que dejó huella en la vida de quienes lo conocieron y que por siempre permanecerá en la memoria de cada uno de ellos.



XII - FARC: proceso de paz en el Caguán 1998-2002

Según el Observatorio de Memoria y Conflicto, 1998 fue el año en que más tomas guerrilleras se presentaron en el país: 58 en total. De estas, 44 fueron responsabilidad de las FARC. Producto de la Octava Conferencia, las FARC ampliaron su influencia a 718 municipios, se consolidaron en 91 estructuras urbanas y rurales, alcanzaron una fuerza efectiva superior a los 13.000 hombres -sin contar las redes de milicias-, dieron los instructivos para la creación de los núcleos clandestinos de seguridad, incrementaron la estructura del secretariado a siete miembros -incluyendo a Jorge Briceño el “Mono Jojoy” y a Efraín Guzmán “El viejo”- como integrantes del Secretariado.

Sin embargo, cuando ya se preveía que lo subyacente era pasar de la guerra de movimientos a guerra de posiciones, se dio la toma de Mitú, el 1 de noviembre de 1998, con un resultado trágico de 56 muertos y 61 secuestrados. Este fue un punto de ruptura, pues se demostró que las FARC habían llegado a un poderío militar de tal magnitud que ya eran capaces de mantener una ciudad sitiada, tomada y bajo su dominio, sin dejar la posibilidad que la Fuerza Pública pudiera recuperarla. No obstante, las Fuerzas Militares, que venían en un constante reentrenamiento, lograron recuperar el control de todas las localidades atacadas indiscriminadamente por la guerrilla.

Luego de la activación de las brigadas móviles, el Ejército logró neutralizar el factor de alta movilidad que las estructuras guerrilleras habían utilizado a su favor, pues la principal vulnerabilidad se presentaba cuando se atacaba un objetivo terrorista y su ubicación geográfica estaba en las fronteras de las jurisdicciones de dos unidades operativas menores o mayores. Sin embargo, la madurez del dominio de la Fuerza Aérea y la creación de aviación Ejército en los momentos de confrontación, lograron derrotar la iniciativa de las FARC. Se podría decir que esta ofensiva tuvo su máximo punto en la toma a Mitú y luego se redujo a medida que las Fuerzas Militares comenzaron a mejorar la aviación y la inteligencia. Desde el año 2000 comenzaría el declive que llevaría a las FARC a la Novena Conferencia guerrillera a mediados de la primera década del nuevo siglo.

XIII - Gobierno del presidente Andrés Pastrana

El 7 de agosto de 1998, en su posesión, el presidente Pastrana anunció su compromiso de iniciar conversaciones de paz con la guerrilla de las FARC, y dos meses después, el 14 de octubre, expidió el decreto que ordenó el despeje militar de los municipios San Vicente del Caguán; Uribe, Macarena; Vista Hermosa; y Mesetas, ubicado en los departamentos de Meta y Caquetá. En total 42.130 kilómetros cuadrados.

El juego inicial de la guerrilla consistió en hacer pensar al mundo que lo que se estaba conformando era un estado dentro de otro estado, y de una manera muy sutil, buscó que algunos países vecinos, afines a su ideología, de manera tácita e informal, reconocieran su estatus de beligerancia, pensando en conseguir el nacimiento de un nuevo sujeto de derecho internacional público en el escenario mundial.

El 13 de noviembre de este mismo 1998, el comisionado de paz advierte que, ni de manera expresa ni tácita, las conversaciones de paz con las FARC, serán tenidas en cuenta para el reconocimiento del estatus de beligerancia y que el despeje del Caguán tampoco corresponde a un estado independiente en esta extensión del territorio colombiano, sino que el Gobierno, para facilitar los diálogos de paz y la concentración de las guerrillas, optó por esa decisión de carácter temporal.

Seis meses después, durante los cuales las FARC intentaron terminar con los acercamientos de paz como una estratagema permanente para tomar una posición de supremacía frente al Gobierno, se conoció el contenido de la Agenda Común por el cambio hacia una nueva Colombia, que definió esta fase de diálogos de paz, que aunque inició las conversaciones el 6 de mayo de 1999, no produjo esperanzas ni en el país ni fuera de él, pues el Gobierno aceptó adelantar los diálogos en medio de la confrontación armada.

No había subtemas, solo se esboza el temario, ya de por sí extenso y sin una metodología que concretara una implementación de discusiones, que augurara éxito en el abordaje de cada tema. Los negociadores por las FARC, Raúl Reyes, Joaquín Gómez, y Fabián Ramírez, no se caracterizaban por ser de la línea política de la guerrilla, sino por el contrario formaban parte de lo que se conocía como la línea dura o de la guerra.

Este hecho ya dejaba ver que la dureza de la confrontación no se iba a amainar, sino que la ofensiva se planeó desde la zona desmilitarizada y se irradió hacia el resto del país. El reclutamiento de menores y las tomas y ataques a municipios limítrofes con la zona de des-

peje se incrementaron y se planeaban desde allí. Al enfrentarse a una persecución por parte de las autoridades a quienes eran infractores de los límites, se refugiaron en esta zona que se volvió una retaguardia estratégica de los frentes de las FARC, que inclusive estuvieron amenazados por las Autodefensas ilegales que amenazaron con atacar “en caliente” la zona desmilitarizada.

Los secuestros y las extorsiones se incrementaron; los pagos y contactos con familiares y empresas de las víctimas eran citados en algunos de los municipios despejados para recibir altas sumas de dinero, en la mayoría de los casos sin la liberación de los secuestrados.

Contrario a lo que había esperado el Gobierno, se incrementó la ofensiva sobre el “centro de despliegue estratégico”, definido por las mismas FARC como la capital de la República y sus alrededores. De hecho, desde que la Octava Conferencia, realizada en 1993, definió el asentamiento de algunas de sus estructuras en la cordillera oriental para esperar la “insurrección de sus simpatizantes” y lanzar la ofensiva final, que nunca se dio, se desarrollaron ataques a poblaciones y a infraestructura vial y energética desde estos frentes que a la vez consolidaron corredores de movilidad para trasladarse con secuestrados de un lado a otro, e impedir operaciones de rescate.

De la misma manera, contrario a lo esperado por las FARC, al haber aceptado las negociaciones de paz desde que Andrés Pastrana era candidato a la presidencia y luego como titular de la primera magistratura, se logró el diseño y aprobación del Plan Colombia, que recibió el apoyo desde Estados Unidos hacia Colombia para lograr la lucha frontal contra el narcotráfico que tenía concentrado el 65% de los cultivos de coca en los departamentos de Caquetá y Putumayo, en los cuales el Bloque Sur de las FARC tenía una injerencia directa y desarrollaba sus acciones criminales en cumplimiento de su deber.

En medio de este fallido proceso de paz, desde el inicio irrespetado por los cabecillas de las FARC, con el famoso y bochornoso hecho recordado como la “silla vacía”, que demostró que la palabra clave iba a ser *incumplimiento* de lo pactado por la guerrilla, y luego de múltiples visitas de personajes de la vida nacional e internacional como algunos integrantes de Wall Street, que se reunieron con el Secretariado, y el posterior lanzamiento del Movimiento Bolivariano por la nueva Colombia y el Partido Comunista Clandestino de las FARC el 8 de abril de 2000, se produce el 20 de febrero de 2002 el secuestro del congresista Jorge Eduardo Gechem Turbay con la decisión fulminante desde el gobierno, de dar por terminada la zona de distensión.

Wilson Enrique Beltrán Sánchez (20-03-2000)



Fuente: *Fotografía tomada del anuario de la ESMIC³⁵.*

“Su principal afición era su acordeón, incluso lo llevaba a las campañas”.

Nada podía separar a Wilson de su acordeón. A pesar de ser bumangués, tenía la envidiable habilidad de un valduparense para convertir el aire en armonías que ponían a bailar a todos los que lo rodeaban. Incluso en las fiestas de 15 años, él era uno de los invitados infaltables; llegaba impecablemente vestido con su pantalón de dril, su camisa de manga larga a cumplir con su función: hacer que los invitados pasaran un rato agradable al son de los clásicos de Leandro Díaz y Alfredo Gutiérrez.

Su talento musical lo llevó a conformar un conjunto vallenato que animaba incluso las ferias y fiestas de la ciudad. Wilson era un joven serio y alegre a la vez; provenía de una de las familias más reconocidas de Bucaramanga. Conoció al hoy coronel de la reserva Javier Parada en sus años de adolescencia cuando ambos estudiaban en un colegio militar; estaba acostumbrado a ser muy disciplinado y a seguir las instrucciones de sus padres; por eso, en una ocasión cuando Javier lo convenció de ir a jugar billar con sus amigos, los nervios no lo dejaron concentrarse y no hallaba la hora de regresar a su casa para evitarse un castigo. Los amigos también disfrutaban de las tardes de fútbol, su deporte favorito; Wilson alcanzó a participar incluso en algunos torneos.

35 My. Wilson Enrique Beltrán Sánchez en sus años de cadete.

Cuando terminaron sus estudios de bachillerato, tanto Javier como Wilson iniciaron sus carreras profesionales; sin embargo, no pasó mucho hasta que se dieron cuenta de que su vida no estaba allí; algo más grande los estaba esperando. Así que dejaron la universidad y decidieron presentarse como aspirantes a la Escuela Militar de Cadetes, en Bogotá.

Javier aún recuerda la emoción que sintió aquel domingo en el que esperaba con ansias los resultados de admisión a la escuela: él y Wilson acordaron verse en una droguería para comprar el periódico e ir después a una cafetería para revisar con calma el interminable listado de números. Una vez se enteraron de que el próximo año, 1985, harían parte de los futuros oficiales del Ejército Nacional, Wilson, sin titubeos, le dijo a Javier: “hermano, ya tomamos la decisión y vamos a entrar a la escuela, pero nos vamos primero toda una semana a Cartagena”.

Una vez ingresaron a la escuela, Wilson y Javier quedaron en compañías distintas, la Nariño y la Reyes respectivamente. Por esa razón, el tiempo que solían compartir se redujo bastante. No obstante, cuando salían a vacaciones, de permiso o en Semana Santa, y coincidían en su ciudad natal, volvían a las andanzas, como en sus años de adolescencia.

A pesar de su carácter serio, Wilson hizo nuevos amigos en la escuela; uno de ellos fue el hoy coronel de la reserva Alexis Cantillo, con quien compartió gratos, pero también los más difíciles momentos en la escuela. Uno de los que más recuerda Alexis fue el viaje que hicieron de alféreces a Estados Unidos donde encontraron la forma de salir de la unidad en la que se estaban alojando, se presentaban como voluntarios para donar sangre y con el dinero que les daban, se iban a conocer la ciudad y a divertirse.

Otro de los momentos que vivió Wilson durante su formación y que sin duda marcó su vida fue la inesperada muerte de su mamá, quien falleció en un accidente automovilístico cuando viajaba hacia Bogotá para acompañarlo en una de las ceremonias de la escuela. Este hecho causó un dolor muy grande en la familia, pero en especial a Wilson quien, a partir de ese día, cambió drásticamente su forma de ser: “era un tipo flaco, bien presentado, serio, impecable, pocas veces se le veía una sonrisa; era una gran persona. A pesar de su temple de dureza, tenía un corazón muy grande”, recuerda Cantillo.

Una vez graduados, los subtenientes tuvieron la oportunidad de compartir su primera unidad, el Batallón de Infantería N.º 14 General Antonio Ricaurte, con sede en Bucaramanga; sin embargo, fueron enviados a diferentes zonas de patrullaje por lo que no tenían contacto muy seguido. Pero eso no impidió que Cantillo fuera tratado como un miembro más de la

familia Beltrán Sánchez cuando se encontraba en la capital santandereana. Alexis también recuerda que, producto de su amistad, Wilson conoció a la cuñada suya, con quien entabló una relación durante siete u ocho meses.

El siguiente destino del subteniente Beltrán sería la Séptima División, con jurisdicción en parte del Urabá, Magdalena Medio y Antioquia. Pasó los siguientes cuatro años y medio en esta región, conociendo milímetro a milímetro el área de operaciones y andando tras los pasos de los grupos armados organizados que asediaban a las tropas y atacaban a los habitantes de estas poblaciones.

Su última unidad, antes de realizar el curso de ascenso para capitán, fue el Batallón de Policía Militar N.º 4 con sede en Medellín. Por una temporada, su *lanza*, Cantillo, también se encontraba en la capital antioqueña, siendo parte de otra unidad; sin embargo, los *cursos* encontraban la manera de reunirse y compartir así fuera por breves espacios de tiempo pues, en medio de la guerra, contar con una mano amiga ayuda a aliviar las cargas y reconforta en los momentos difíciles. De esa época, recuerda en particular el coronel Cantillo que, estando en Urabá, cuando era muy peligroso el desarrollo de actividades, Wilson le dijo: “*curso*, nada de nervios, todo nos va a salir bien”.

Posterior a su ascenso a capitán, Wilson Beltrán fue enviado al Batallón de Infantería N.º 19 General Joaquín París, en San José del Guaviare, un lugar donde la guerra se recrudecía con el paso de los días. Allí estuvo desde el 1 mayo de 1994 y a los 10 meses de su llegada, decidió pedir su retiro de la Institución y emprender un viaje hacia España.

En 1996, luego de una larga estadía en el país ibérico, Wilson regresó a Colombia. Estando en su casa, tal vez abría su closet y vería su camuflado americano y las botas negras que solía usar, siempre perfectamente lustradas y atalajadas; tal vez recordaba el día que, estando en la universidad, se dio cuenta que estaba hecho para convertirse en un héroe. Decidió que era hora de volver a portar el uniforme y defender la bandera ante la que un día había jurado darlo todo, su vida si era necesario.

Justamente por esas fechas, el Ejército estaba llevando a cabo un proceso de reincorporación de uniformados pues, los tiempos eran difíciles y el país necesitaba soldados que protegieran a los colombianos, ya que los grupos armados habían comenzado a implementar nuevas estrategias, entre ellas el ataque a poblaciones enteras, sin discriminación entre combatientes y población civil; unidades militares, iglesias u hospitales.

Su lugar de regreso a la milicia sería el Urabá Antioqueño como miembro del Batallón de Infantería N.º 32 General Francisco de Paula Vélez. Durante los dos años y medio que permaneció en esta unidad, su excelente trabajo lo hizo merecedor de numerosas felicitaciones. A pesar de haberse apartado de la fuerza por un periodo de tiempo, el capitán Beltrán no había perdido su temple, pulcritud, rigurosidad y una de las características por la que era particularmente recordado: la constante revisión de la embolada americana.

El tiempo corría y para el año 2000, el capitán Beltrán era parte del Batallón de Infantería N.º 36 Miguel Antonio Caro; ya había ganado gran experiencia y habilidades para diezmar a sus enemigos. Transcurría el mes de marzo y su fotografía portando el uniforme número 3 relucía en el cuadro de honor de su unidad.

Con la rigurosidad que lo caracterizaba, el 20 de marzo preparó a sus hombres para partir rumbo a cumplir una orden de operaciones. Los soldados subieron a la parte trasera del camión, mientras que él ocupó su lugar en la parte delantera. El vehículo andaba sorteando una a una las diminutas, pero inclementes montañas de la trocha que iba encontrando a su paso. Un súbito estrépito estremeció de pies a cabeza a Beltrán y a sus tropas, que de inmediato entendieron que habían sido emboscados y entraron en combate. Pocos segundos después, una bala letal alcanzó al capitán Beltrán, causándole la muerte en cuestión de segundos.

Este hecho fue registrado así por los medios de comunicación:

Un capitán del Ejército identificado como Wilson Enrique Beltrán Sánchez murió y un cabo primero resultó herido, en fuertes combates que se presentan a esta hora en el sitio “Las Torres” municipio de Villeta en Cundinamarca, con guerrilleros de las Farc. En los hechos se incautaron dos fusiles y 8 mil cartuchos pertenecientes al frente 22 de las Farc, que se enfrentaron a las unidades del batallón “Miguel Antonio Caro” de la décima tercera brigada. (Caracol Radio, 2000)

Los procesos vividos por Alexis Cantillo y Javier Parada frente a la muerte de su gran amigo de infancia y de escuela fueron distintos. El entonces mayor Cantillo se enteró de inmediato de lo que había ocurrido y, por fortuna, pudo asistir a sus honras fúnebres, estuvo al lado de la familia de su *lanza* y logró despedirlo por última vez; mientras que el mayor Parada solo se enteraría de la muerte de su gran amigo, el talentoso acordeonero y excelente militar, cinco meses después de lo ocurrido.

Como un homenaje a su valor y compromiso, no solo con la institución, sino con sus compañeros y subordinados, el comandante del Ejército le otorgó el ascenso póstumo al grado

de mayor. Además, se creó una unidad de contraguerrillas, mediante disposición N.º 0008 del 19 de mayo de 2005 que llevó su nombre: el Batallón de Contraguerrillas N.º 91 Mayor Wilson Enrique Beltrán Sánchez³⁶.



Fuente: Fotografía obtenida en el Salón de Banderas Glorias del Ejército (ESMIC).

En la memoria de sus compañeros, Alexis Cantillo y Javier Parada, siempre quedará el legado de ese gran amigo, con el que compartieron momentos arduos, pero también felices y que los llenaron de orgullo; del que recibieron aprecio y cariño, y quien, desde el cielo, sienten que los cuida e ilumina. El vínculo es tan fuerte que constantemente ambos oficiales visitan su tumba, pues Wilson fue una persona transparente, confiable, sincera, dedicada al servicio y excelente amigo; ciertamente, dejó una huella imborrable en quienes lo conocieron.

El mayor Wilson Enrique Beltrán Sánchez fue el último integrante del Curso Centenario del Himno Nacional que cumplió hasta las últimas consecuencias con la oración que todo soldado lleva tatuada en lo más hondo de sus entrañas: “y llegado el caso, morir por defenderte”.

36 Dicha unidad tenía como misión conducir operaciones de combate de contraguerrillas en las áreas críticas del territorio nacional, para destruir y neutralizar el accionar de los grupos subversivos y otras organizaciones al margen de la ley. El 1 de junio de 2010 mediante disposición N.º 0025 cambió el nombre de Batallón de Contraguerrilla a Batallón de Combate Terrestre (BACOT91); Finalmente, mediante disposición N.º 02173 del 01 de noviembre de 2017 se desactivó esta Unidad.

APÉNDICE 1



HOMENAJE A CENTENARIOS MUERTOS FUERA DE COMBATE

Aymer Alonso Atehortúa Echeverry



Fuente: Fotografía tomada del anuario ESMIC³⁷.

“Él adoraba a los perros,
incluso perdió el primer puesto del curso Kaibil por ello”.

Esa es una de las primeras anécdotas que llegan a la memoria de la señora Margot Echeverry Mojica al preguntarle por la faceta militar de su tercer hijo, el capitán Aymer Alonso Atehortúa Echeverry. Fue el tercero de cuatro hermanos. Nació en Cali el 24 de octubre de 1963, estuvo toda su infancia y adolescencia en la capital del Valle del Cauca, donde compartió mucho con sus hermanos y familiares. La señora Margot recuerda con nostalgia esa época en la que, junto a su esposo, el señor Marino Atehortúa, criaban y cuidaban de sus hijos: Luz Stella, Francisco, Aymer y Mario.

Aymer Alonso decidió seguir el ejemplo de servir a la patria que le dio su hermano Francisco; pero, a diferencia de él, privilegió el Ejército Nacional sobre la Policía Nacional, donde éste se desempeñaba como jefe de explosivos. La señora Margot recuerda que Aymer Alonso, durante su tiempo de formación en la ESMIC, tuvo momentos difíciles debido al nivel de exigencia, rigor y “trajín” físico diario. Esto lo llevó incluso a pensar en retirarse; pero finalmente pudo más su amor por el camuflado, que lo impulsó a continuar con su carrera militar.

Se graduó como subteniente del Arma de Infantería. Durante sus ocho años y diez meses de carrera como oficial, estuvo en varias unidades, entre las que se destacan la Escuela de Infantería, Escuela de Lanceros, Escuela Militar de Cadetes y Batallón de Contraguerrilla.

37 Ct. Aymer Alonso Atehortúa Echeverry en sus años de cadete.

llas N.º 32 Libertadores de la Uribe. Gracias a sus destacadas habilidades militares, el Ct. Atehortúa Echeverry realizó curso de Mantenimiento de vehículos M113 (1989), curso de Lancero (1989), curso de Paracaidismo (1991), curso de Kaibil (1991) y curso de ascenso al grado de capitán (1993).



Aymer Alonso en diversas facetas dentro de su vida militar.

Fuente: Fotografías brindadas por la familia o compañeros del oficial.

Su gran desempeño como oficial lo hizo meritorio de recibir la condecoración de Orden al Mérito Militar General José María Córdova en la categoría de caballero en 1994. Sus compañeros recuerdan su entusiasmo y liderazgo en la vida militar, destacan su buen sentido del humor, su amistad y lealtad a toda prueba; fue un hombre de gran capacidad intelectual y camaradería.

Pese a sus capacidades y aptitudes en las ciencias militares, un trágico evento hizo que Aymer Alonso decidiera retirarse del servicio activo: la muerte de su hermano, el oficial de la Policía Nacional Francisco Atehortúa Echeverry en actos del servicio en Cúcuta, Norte de Santander. La señora Margot Echeverry manifiesta que esta situación generó en Aymer Alonso un profundo dolor. Todavía hace eco en su cabeza el grito espantoso que dio su hijo al enterarse de lo sucedido con su hermano.

En medio de su proceso de retiro el Ct. Atehortúa Echeverry se casó con quien era su pareja sentimental hasta el momento. Producto de esa unión, nació María Camila, quien actualmente estudia leyes en Alemania.

Tras finalizar su faceta como militar, Aymer Alonso decidió estudiar administración de empresas, así como montar una empresa con un *lanza* de escuela, Martín Orjuela, denominada *A seguir Ltda*, donde fungió como gerente operativo hasta su asesinato por parte de un grupo armado organizado en zonas aledañas a Lizama, Santander el 16 de diciembre de 1998.

Aymer Alonso se encontraba acompañando el traslado de una mercancía de su empresa desde la costa atlántica hasta Bogotá; en medio del camino se percató de que unos metros adelante había un retén ilegal por parte de una cuadrilla del ELN. Pese a que trató de evitar dicho retén, no logró hacerlo. Según Margot Echeverry, madre del oficial, lo estaban esperando, habían avisado que en ese camión venía un militar. Ella relata que su hijo pudo avisar al personal que trabajaba en temas de seguridad en las empresas petroleras de la zona, y ellos a su vez informaron al Ejército para pedir apoyo.

Adicionalmente, menciona que Aymer Alonso emprendió la huida en el vehículo que se movilizaba, con tan mala suerte que los impactos de bala de los guerrilleros dieron en las llantas haciendo que perdiera el control de este. Su instinto de supervivencia, así como su entrenamiento militar, salieron a flote y trató de escapar corriendo, pero un impacto de fusil en su pierna hizo que su intento fracasara.

Posterior a ello, la señora Margot Echeverry manifiesta que, según la versión de un tercero que presencié los hechos, a su hijo lo golpearon a patadas hasta que escucharon que se acercaba un helicóptero militar. Es ahí cuando los subversivos emprenden la huida, no sin antes uno de ellos darle al Ct. Atehortúa Echeverry una supuesta medicina para el dolor, que resultó siendo cianuro, el cual acabaría con su vida.

Los días posteriores fueron de profundo dolor para la familia Atehortúa Echeverry. No obstante, tienen en su memoria de forma incondicional a Aymer Alonso; recuerdan su cariño genuino por sus padres y hermanos, así como su desprendimiento por lo material y gusto por los animales.

Pese a no portar el uniforme en el final de su vida, su condición de militar lo acompañó hasta el último día. Se es soldado una vez y para siempre. Su recuerdo pervive en sus familiares y amigos.

Listado de Centenarios fallecidos - en actos de servicio y otras circunstancias

Centenario	Grado	Arma
Abad Arango José Fernando	Subteniente	Artillería
Flórez Hernández Mauricio	Teniente	Artillería
Delgado Martínez Juan Carlos	Subteniente	Artillería
Pinto Puentes José Manuel	Subteniente	Artillería
Pardo Velásquez Braulio	Capitán	Artillería
Guevara Gaona German	Teniente	Caballería
Chamorro Velásquez Luis	Teniente	Caballería
Cabezas Castillo Héctor Alonso	Teniente coronel	Caballería
Cortés Herrera Alejandro	Coronel	Caballería
Rey Linero Teófilo	Subteniente	Infantería
Pedroza Cepeda Pedro Vicente	Subteniente	Infantería
Navarro Dulce Álvaro Wilson	Subteniente	Infantería
Herrán Vélez Jaime Humberto	Subteniente	Infantería

Centenario	Grado	Arma
García Mora Luis Carlos	Subteniente	Infantería
Rojas Parra José Adalberto	Capitán	Infantería
Restrepo Osorio Carlos Arturo	Mayor	Infantería
Bravo Benavides Oscar Raúl	Teniente coronel	Infantería
Pinzón Arévalo Julio	Coronel	Infantería
Jaramillo Vargas Carlos Mario	Coronel	Infantería
Ruiz Ospina Ricardo	Teniente	Infantería
Rozo Chaparro Mauricio	Subteniente	Infantería
Ramírez Bustos Wilson Ferney	Teniente	Infantería
Páez Caicedo Miguel Ángel	Teniente	Infantería
Muñoz González Héctor	Subteniente	Infantería
Medina Gallego Juan Carlos	Capitán	Infantería
Gutiérrez Sandoval Fernando	Teniente	Infantería
Gutiérrez Sánchez Fredy	Teniente	Infantería
Zapata Ramírez Gustavo Adolfo	Teniente	Infantería
Tarazona Abreo Nelson	Teniente	Ingenieros
Gallego Taborda Álvaro Fabio	Mayor	Ingenieros
Barrios Torres Gustavo	Subteniente	Logísticos
Niño Sanpedro Jaime Andrés	Teniente coronel	Logísticos
Germán Riveros Victoria	Teniente	Artillería

APÉNDICE 2



HOMENAJE A CENTENARIOS HERIDOS EN COMBATE

Centenarios Heridos en Acción

Se recibió información por los uniformados directamente relacionados en esta sección del libro en aras de conocer sus impresiones al respecto de los hechos; se respeta a cabalidad la profundidad con la que cada uno quiso detallar su hecho victimizante. A continuación, se resaltan los centenarios que fueron heridos en el cumplimiento de su quehacer profesional:

Centenario	Unidad	Fecha	Hechos Relevantes
Subteniente Medina López Lorenzo Antonio	Batallón Infantería Aerotransportado N.º 29 Rifles	23 de agosto de 1989	En el nordeste antioqueño, jurisdicción de Zaragoza, Antioquia, el oficial perteneciente al Batallón Rifles, cuando pertenecía a la compañía Escorpión recibió dos impactos de bala en el tobillo izquierdo y gemelo derecho a manos de una columna del ELN.
Subteniente Sánchez Ramos Alberto	Batallón de Infantería 40 D'elHuyar	08 de febrero de 1990	Tropas orgánicas del Batallón D'elHuyar acantonadas en la base militar rancho grande, sufren un ataque con cargas explosivas improvisadas, que causa la muerte a cinco soldados, un civil (guía) y heridas a tres miembros de la patrulla entre estos al St. Sánchez Ramos Alberto.
Subteniente Troncoso Bonilla Alejandro	Batallón de Infantería N.º 1 Simón Bolívar	18 de febrero de 1990	Agregado operacionalmente al comando operativo N.º 8 en Arauca; en desarrollo de operaciones contra terroristas del ELN, hubo un combate donde murieron 5 subversivos; un soldado y resultaron heridos un suboficial, un soldado y el St. Troncoso, producto de las esquirlas de granada.
Subteniente León Therán Édgar Humberto	Batallón contra guerrilla Palagua	19 de junio de 1990	Después de desarrollar un golpe de mano en combate contra terroristas del ELN, en el sur de Bolívar, en uno de los cerros cercanos al objetivo, activaron un campo minado, donde resultaron asesinados dos SIV. para la época, y heridos por esquirlas tres SIV., un SV., y el St. León.

Centenario	Unidad	Fecha	Hechos Relevantes
Teniente Buitrago Rueda Oscar Ashley	Sexta Brigada	17 de enero de 1991	En la vereda El Palomar, jurisdicción de Anzoátegui, Tolima, el Te. Buitrago hace contacto con una mina antipersonal que le ocasiona la pérdida del pie derecho y posterior amputación de la pierna derecha cuando cumplía una orden de operaciones contra el Frente 21 de las FARC.
Teniente Callejas Garay Edilberto	Batallón de Contraguerrillas No. 10 General Rafael Uribe Uribe	28 de enero de 1991	Lesión trauma raquimedular por herida por arma de fuego L3, L4 y L5 cercenamiento de la médula a nivel cola de caballo secuela desplazamiento en silla de ruedas.
Teniente Delvasto Freddy Fernando	Escuela de Artillería	30 de enero de 1992	Fue instalada una emboscada en la salida sur del municipio de Usme, los puestos de observación y escucha interceptan un grupo de cinco sujetos, que, aprovechando la oscuridad, disparan ráfagas con armas largas hacia el sitio de la emboscada; el oficial resulta impactado en su pierna derecha.
Teniente Gómez Cifuentes Óscar Orlando	Batallón de Infantería N.º 10 Atanasio Girardot	07 de octubre de 1994	Agregado al Plan Energético Vial N.º 10 sufre una emboscada mediante ráfagas de ametralladora, fusil y explosiones indiscriminadas; son atacados los dos vehículos. El Te. Gómez sufrió dos disparos, uno le raspó la cabeza sin causarle herida profunda, el otro proyectil ingresó sobre la corona, pero sin perforar el cráneo.
Capitán Villarreal Neira Álvaro	BCG 34 Coronel Jaime Fajardo Cifuentes	11 al 13 de abril de 1995	En medio de combates en el Tunque, zona rural del municipio de Guayabetal, en el suroriente de Cundinamarca. El oficial sufrió esquirlas en extremidades superior e inferior derecha, producto del estallido de una granada de mortero 81mm y granadas de fusil.

Centenario	Unidad	Fecha	Hechos Relevantes
Capitán Becerra Avellaneda Julio César	Batallón de Ingenieros Pedro Nel Ospina	16 de septiembre de 1995	Próximo a un desembarque aéreo cerca al municipio de Nariño en el departamento de Antioquia, el helicóptero en que se transportaba fue impactado por bandoleros de las cuadrillas 9 y 47 de las FARC; el oficial resultó herido en la arteria femoral de la pierna derecha.
Capitán Orozco Yepes Alberto	Batallón de Contraguerrilla N.º 13 Cacique Timanco	febrero de 1996	Contra los frentes de la FARC, Teófilo Forero -Policarpa y otro que no lo tengo presente, me hirieron a la altura del cuello con proyectil de AK 47 a más o menos 10 metros de distancia y solo me rozó causándome un ligero corte, la bala no entró.
Capitán Cárdenas González César Augusto	Batallón de Contraguerrilla N.º 42 - Brigada 4	26 de junio de 1996	Herido en operación de rescate de tres secuestrados; entre los cuales estaba el mayor Yepes de contrainteligencia militar; área general del municipio de Cocorná Antioquia.
Capitán Ramírez Cedeño Robinson	BCG08 QUIMBAYA (BRIM-1)	17 de diciembre de 1992	En Desarrollo de operaciones militares en el sur del país, es localizado y desmantelado un campamento del bloque sur de las FARC, resultando herido Él TE Ramirez Cedeño, logrando la incautación de gran cantidad de material de guerra e intendencia y la neutralización de varios guerrilleros.
Teniente (Reserva activa) Troncoso Bonilla Alejandro	Reserva activa	18 de noviembre de 2001	Un grupo de terroristas del Frente 53 de las FARC efectuaban una pesca milagrosa. Fue retenido, iba a ser acribillado por haber pertenecido al Ejército, pero se lanzó por un precipicio hasta terminar en un río, durante esta caída le dispararon varias ráfagas que lo impactaron en brazo derecho, costillas y hombro. Sus familiares fueron secuestrados.
Teniente coronel Peña Bermeo Oswaldo	Batallón Energético vial N.º 4	12 de octubre de 2006	En un ataque guerrillero perpetuado por el Noveno Frente de las FARC en la vereda Falditas, municipio de San Rafael, Antioquia, con granadas hechizas y disparos de fusil ak-47, resulté herido al igual que 4 soldados del pelotón delta 1.

Epílogo

El Ejército Nacional de Colombia desde su creación, y, posteriormente, en virtud del cumplimiento de lo establecido en la Constitución y la ley, siempre ha procurado cumplir a cabalidad con su misión principal: defender la soberanía, la independencia, la integridad del territorio nacional y el orden constitucional. Esto lo ha llevado a desarrollar múltiples campañas, operaciones y maniobras militares que han contado con la participación de sus integrantes, entre ellos, los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional en todos los grados y de forma constante desde 1987 hasta la fecha.

Este legado, en defensa de la patria como signo providencial, se proyecta con dos centenarios bajo banderas, que, en los momentos en los que se cierra esta edición en honor a nuestros héroes caídos en cumplimiento de su deber, asumen el liderazgo del Comando General de las Fuerzas Militares y del Comando del Ejército Nacional, respectivamente, el mayor general Helder Fernán Giraldo Bonilla y el mayor general Luis Mauricio Ospina Gutiérrez, ambos de la misma estirpe de este destacado curso de egresados de la Escuela Militar de Cadetes.

Este libro es la primera apuesta narrativa que nace del interior del Curso Centenario del Himno Nacional para rendir un merecido y sentido homenaje a nuestros compañeros de armas, que, en el marco del conflicto armado, fueron víctimas del accionar indiscriminado y sistemático de los grupos armados organizados, en los que infortunadamente, valientes soldados de la patria partieron al más allá, dejando a sus familias, amigos y cercanos sumidos en un profundo dolor.

Nadie ha definido con exactitud el alma de los héroes que murieron por defender esta patria linda, esta patria sagrada. Tal vez, la más cercana podría ser la que hizo el poeta de la raza:

En lo más alto de la cordillera, en las estribaciones del monte, por el silencio de los caminos, en los llanos donde la candela del trópico juega con el cascabel embrujado de los ríos, y junto a los dos mares que se pasan las horas escribiendo su monoritmo de nostalgias en la pizarra de la arena primigenia, está la patria... este corazón de tierra enamorada... esta amada imposible a la que custodian, defienden y celan los soldados de Colombia, esos hombres con estatura de bandera... edad de porvenir y sangre enloquecida por la libertad!

Jorge Robledo Ortiz.

Los miembros del Curso Centenario del Himno Nacional hacen parte de lo que comúnmente se conoce como “uno entre mil”, es decir, son un grupo particular de hombres dispuestos a afrontar lo que no cualquiera tiene la voluntad de hacer; están expuestos a un peligro constante, a altos riesgos producto de un sinfín de condiciones adversas, a entrenamientos demandantes, a días y noches extenuantes en medio de la inhóspita geografía colombiana, a la brutalidad y sevicia de los actores armados ilegales y, tristemente, sujetos a la invisibilización y olvido de una gran parte de la sociedad colombiana. Su incommensurable amor patrio, su vocación de servicio, y deseo de contribuir con el fortalecimiento y construcción de un mejor país, han hecho que continúen sirviendo al pueblo colombiano, camino en el que lamentablemente, un puñado de valientes hombres ofrendaron lo más valioso de cada ser humano: su propia vida. Sentimos su presencia desde el infinito, y en compañía del Dios de los ejércitos, estamos seguros que desde el cielo, han seguido acompañando esta causa justa por la libertad y la paz de Colombia

Uno a uno, con sus virtudes, alegrías y sueños, hemos querido que sus nombres se immortalicen y que, en este gesto de exaltación que nos sale del alma, queden para siempre grabados en nuestros corazones, construyendo además un valioso testimonio para las jóvenes generaciones y entregando un aporte, que consideramos valioso, a la verdad de lo ocurrido en este largo y casi interminable conflicto armado.

Sin lugar a dudas, los 23 apreciados y recordados centenarios protagonistas de este homenaje, tuvieron en mente, en medio de sus jornadas liderando a sus soldados, lo que muy bien plasmó el teniente Nelson Darío Bedoya en la vibrante Oración de Guerra:

Que mi alma, Señor, esté siempre tensa, pronta al sacrificio y al dolor; que no rehuya, ni en la imaginación siquiera, el primer puesto en el combate, la guardia más dura en la trinchera, la misión más difícil en el avance.

Frente a nuestros padres, en la década de los ochenta, juramos ante Dios darlo todo por proteger a Colombia. Recibimos la heredad, el honor y la lealtad; algunos, como los aquí homenajeados, entregaron su existencia en el altar de la patria, abonando con su sacrificio, al compromiso que hoy en día mantenemos vigente, con el uniforme, o sin él, de salvar este legado que debemos entregar, con la satisfacción del deber cumplido.

Como derrotero, más vigente que nunca, resuena en nuestros oídos esta estrofa del himno nacional que nos invita a no desfallecer y a contribuir a buscar la victoria, pero también,

nos recuerda la nostalgia que significó cada honra fúnebre en honor a nuestros compañeros caídos cumpliendo con su misión:

*Mas no es completa gloria
vencer en la batalla,
que el brazo que combate
lo anima la verdad.
La independencia sola
al gran clamor no acalla;
si el sol alumbra a todos,
justicia es libertad.*

La condición humana es inherente e inalienable a los militares, tanto así que logran mantener sus rasgos más humanos en medio de la realidad y degradación de la batalla. Siguen construyendo lazos familiares, personales, laborales y sociales en medio de las trincheras; se ven afectados por situaciones como la pérdida de un compañero de armas o un ser querido; viven, a la distancia y en soledad, cumpleaños, celebraciones y festividades; afrontan la ingratitud e indiferencia de algunos sectores de la población; soportan las inclemencias ambientales con un equipo al hombro subiendo cordilleras y montañas; afrontan cada segundo de su vida como el último cuando están en medio del combate y aprecian, más que cualquier otra persona, la calidez y el amor del hogar.

En esencia, en este libro se rinde tributo de forma directa a los héroes de la patria pertenecientes al Curso Centenario del Himno Nacional, como ha sido manifestado, pero también de forma indirecta, a todos quienes han portado con orgullo el uniforme y han desenvainado su espada para defender la patria. Esta obra es una remembranza a su heroísmo, un reconocimiento a su grandeza de espíritu y una exaltación a la nobleza de su corazón. Lo anterior, se logra plasmar desde el relato de sus familiares, amigos y compañeros centenarios, quienes logran traer al presente anécdotas del pasado que reflejan el carácter de cada uno de los 22 oficiales centenarios asesinados por los grupos armados ilegales. Este relato es una amalgama de testimonios llenos de alegría, sueños, complicidad, nostalgia, dolor, liderazgo, compañerismo, ejemplo, amor, y, sobre todo, de entrega profunda por quienes siempre tuvieron fe en la causa.

Contribuciones Alumni

A continuación, se resaltan los centenarios que brindaron su aporte económico para la realización de esta obra.

Mg. (RA) Robinson Ramírez Cedeño



Gracias a Dios, a mi familia y a mi Ejército, por permitirnos crecer personal y profesionalmente con principios y valores. Dios nos bendiga, ETERNA GRATITUD.

Cr. (RA) Carlos Rueda Vásquez



Especial homenaje a los compañeros héroes que entregaron su vida o fueron heridos defendiendo la patria y un agradecimiento a mi familia, mis superhéroes favoritos.

Cr. (RA) Wilson Díaz Ortiz



Homenaje a Jorge Delgado Martínez, verdadero hermano, inseparable colega y cómplice, extraño los momentos inolvidables que disfrutamos juntos y en familia <<una verdadera amistad>> que perdurara para siempre en el corazón.

Cr. (RA) Juan Manuel Padilla



Extiendo este homenaje a ti padre querido, mi general Rafael Padilla Vergara. Fuiste un gran ejemplo como ciudadano, padre y militar, el mejor consejero, y un líder justo y respetuoso. Tu luz brillará por siempre.

Dr. Sergio Mauricio Páez Arenas, Ed.D.
Boston College 2005, Harvard 99, ESMIC 85



Dedicación especial a mis padres, en particular mi papá quien murió en agosto 18 de 1987 y no pudo acompañarme en este lindo camino de la vida.

Dr. Sergio Mauricio Páez Arenas, Ed.D.
Boston College 2005, Harvard 99,
ESMIC 85



This is dedicated to my family, in particular my wife Andrea who has been with me every step of the way accomplishing the American Dream.

Mg. Germán López Guerrero



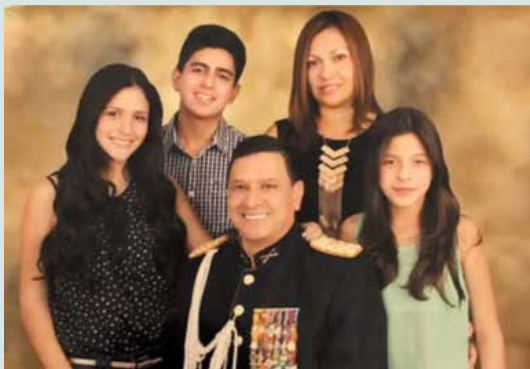
La gratitud nace del corazón, del alma y de la forma como queremos agradecer a aquellos, que sin esperar nada, lo dieron todo movidos por su amor a la Patria.

Te. (P) Lorenzo Medina López



Para mis hermanos de armas que lo dieron todo, paz en sus tumbas. Seguro que están al lado del Creador. Familia, los amo, gracias por existir.

Cr. (RA) Javier Parada Contreras



A mis superhéroes favoritos: Familia y Ejército, total gratitud. Rindo homenaje a nuestros compañeros que entregaron su vida defendiendo la patria. Honor y Gloria por siempre.

Cr. (RA) Juan Carlos Rodríguez Valencia



My. (RA) Víctor Raúl Robinson Vallejo

My. (RA) Juan Manuel Pineda



Esta contribución en agradecimiento y honor a mi padre quien en vida me motivó para seguir la carrera de las armas y sus pasos en defensa de la Patria.



Un sentido homenaje a todos los compañeros que ofrendaron sus vidas por una Colombia soberana, amada, respetada y libre. Mi hijo Samuelito, te amo.

Cr. (RA) Carlos Estupiñán del Castillo



Un puñado de valientes hombres, juraron
defender la patria, ofrendando hasta su
propia vida y lo cumplieron, honor y gloria
por siempre.
Patria, Honor, Lealtad.

Cr. (RA) Javier Lozano Osorio

Agradecimiento perenne a Dios, familia
y amigos. A mi Ejército, por fraternidad y
hermandad, ¡por siempre!

Óscar Mauricio Valcarcel Nova

Dedicado a mis compañeros de curso, a mis
padres, tías y especialmente a mi esposa
Érika y a mis hijos Ana, Camila y Sebastián.

Cr. (RA) Néstor Camilo Piñeros

En honor a mis compañeros de cuna
Militar, quienes dieron su vida por nuestra
Colombia.

Referencias

- Aguilera P. Mario (2013). Guerrilla y población civil Trayectoria de las FARC 1949-2013, Centro Nacional de Memoria Histórica, Tercera Edición 2014 (pág. 72)
- Archivo DD.HH. PONAL (1993). Oficio N. 17 Policía Nacional departamento Norte de Santander. Recuperado de: ZZ-100-103.pdf (archivodelosddhh.gov.co)
- Arenas, Jacobo (1985). Cese el fuego. En Conversaciones de Paz (págs.19-36); en Acuerdo de la Uribe (págs.63-70).
- Arenas, Jacobo (1989). Correspondencia secreta del Proceso de paz. En Texto del acuerdo firmado entre el gobierno y las FARC-EP (págs..119-123); en Acuerdo de prolongación de la tregua (págs..249-253).
- Arenas, Jacobo (1990). Vicisitudes del proceso de paz. En Respuesta de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar al Plan de Paz del Gobierno (págs.80-82).
- Arenas, Jacobo (1990). Paz, amigos y enemigos. En Exposición de motivos hecha por el estado mayor de La FARC-EP sobre el documento de los “Términos de la prolongación de la tregua” (Págs. 181-188).
- Ávila, Ariel (2020). Antecedentes autodefensa campesina y guerrillas liberales y revolucionarias.
- Bottía, Martha (2002). Determinantes de la presencia y expansión de las Farc. En Tasa Promedio de ataques de las Farc en municipios sin y con presencia de coca en 1994.
- Caracol Radio (2000). Muere oficial del ejército en enfrentamiento con guerrilla. Recuperado de: Muere oficial del Ejército en enfrentamiento con guerrilla | Judicial | Caracol Radio
- Cartilla Los Cantos del Héroe, Himnos Militares (2010). Recuperado de https://issuu.com/acore/docs/cartilla_cantos_militares_ejercito_masivo.
- Constitución Política de Colombia (1991). Recuperada de http://www.secretariasenado.gov.co/senado/basedoc/constitucion_politica_1991.html
- El Tiempo (1990). Arrasado campamento de las FARC. Recuperado de: El Tiempo - Búsqueda en el archivo de Google Noticias

El Tiempo (1990-a). Otra emboscada del ELN: cuatro militares muertos. Recuperado de: El Tiempo - Búsqueda en el archivo de Google Noticias

El Tiempo (1991). Gobierno: Brigada Móvil respuesta al terrorismo. Recuperado de: GOBIERNO: BRIGADA MÓVIL RESPUESTA AL TERRORISMO - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com

El Tiempo (1991-a). Dos policías muertos en ataques de las Farc. Recuperado de: DOS POLICÍAS MUERTOS EN ATAQUE DE LAS FARC - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com

El Tiempo (1993). Coordinadora Guerrillera mata a 2 suboficiales del Ejército y a un Teniente. Recuperado de: CG MATA A 2 SUBOFICIALES DEL EJÉRCITO Y A UN TENIENTE - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com

El Tiempo (1993-a). Muertos 8 militares al caer helicóptero. Recuperado de: MUERTOS 8 MILITARES AL CAER HELICÓPTERO - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com

El Tiempo (1995). Muertos 18 guerrilleros. Recuperado de: MUERTOS 18 GUERRILLEROS - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com

El Tiempo (1996). Asesinados por el ELN 3 militares. Recuperado de: ASESINADOS POR EL ELN 3 MILITARES - Archivo Digital de Noticias de Colombia y el Mundo desde 1.990 - eltiempo.com

FARC (1982). Séptima Conferencia Nacional Guerrillera. Recuperado de <https://verdadera.com/wp-content/uploads/2020/08/5-Septima-conferencia.pdf>

FARC (1993). Octava Conferencia Nacional Guerrillera

FARC (1993). Estatuto de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia Ejército del Pueblo FARC-EP.

Fiscalía General de la Nación (2022). Fiscalía acusa a Iván Márquez por el asesinato de cuatro militares. Recuperado de: Fiscalía acusa a Iván Márquez por el asesinato de cuatro militares | Fiscalía General de la Nación (fiscalia.gov.co)

- Pécaut, Daniel (2008). Las Farc: ¿Una guerrilla sin fin o sin fines? En El proyecto político de las FARC: la plataforma de diez puntos (Pág.144).
- Sanabria, Alejandro (2017). Fenomenología y transformación del discurso de las FARC para la estrategia y el poder. En Séptima Conferencia, salto estratégico evolutivo. (pags.51-79).
- Tercera División Ejército Nacional (2021). Reseña Histórica Vigésima Segunda Brigada de Selva. Recuperado de: Reseña Historica - Tercera División del Ejército Nacional de Colombia (terceradivision.mil.co)
- Van Dijk (2000). Traído por Deisy Liliana Rojas Bautista, en Fenomenología y transformación del discurso de las FARC para la estrategia y el poder. (Págs.50-63). Recuperado el 10 de agosto de 2022 de <https://esdeguelibros.edu.co/index.php/editorial/catalog/download/26/41/668?inline=1>
- Vega, Miguel (1986). Ministro de Defensa. Intervención ante el Senado de Colombia. Las Fuerzas Armadas de Colombia y la defensa de las instituciones democráticas. En Cuarto criterio: Unas palabras del soldado colombiano desconocido.



HÉROES

Los actos heroicos merecen ser contados, este libro recoge la historia de 22 oficiales del Ejército colombiano, del Curso Centenario del Himno Nacional, quienes entregaron su vida en actos del servicio en acción directa con el enemigo o que fueron asesinados en estado de indefensión por los grupos guerrilleros activos de aquel momento. Este libro busca honrar su sacrificio y el de sus familias quienes ofrendaron a sus hijos, padres y esposos por defender la soberanía y el orden del país en uno de los periodos más violentos en la historia de Colombia.

La recolección de sus memorias se hizo con entrevistas a familiares, compañeros y amigos, removiendo sentimientos hasta el llanto. Los escritores tomaron este material y lo tradujeron en historias que recrean los momentos más íntimos en su entorno familiar, con sus amigos y compañeros y finalmente los hechos trágicos de su muerte.

Esta es la historia no contada de miles de militares y policías asesinados en medio del conflicto armado en Colombia. Héroes que para muchos son una estadística más, pero para sus familiares, amigos y compañeros son héroes; su sacrificio no fue en vano.

Paz en sus tumbas y fortaleza para sus seres queridos.

